Cosmópolis



Madrid, Agosto 1929

Precio: 1.75 ptas.


TABLEAU
d'ALFRED de DREUX
COLLECTION HERMÈS
DRAEGER


MAR Y MONTAÑA
KURSAAL Y CASINO
Todos los SPORTS elegantes
Carreras de caballos
Circuito automovilista
Golf · Tennis
Regatas de balandros
Grandes corridas de toros
Fiestas típicas vascas
Frontones de pelota vasca
Maravilloso aquarium
LORENZ
SAN SEBASTIAN
La playa Real
Pidan folletos ilustrados gratis escribiendo al C. A. T. (Centro de Atracción y Turismo), Gran Casino, Sección P. G.
Para toda clase de informes dirigirse al C. A. T. (Centro de Atracción y Turismo). Gran Casino, Sección P. G., que contestará por correo

Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año . . . . . . 19 pesetas
un semestre . . . . 10 pesetas
Extranjero: un año. . . . . . . 25 pesetas

SUMARIO

«COSMÓPOLIS» agradece muy de veras la gentil ayuda que ha recibido de los escritores y artistas gallegos, que, atentos a nuestra invitación, trajeron a las presentes páginas los más bellos motivos artísticos de su tierra natal para ofrendar a nuestros lectores el regalo de tan interesantes trabajos como los que engalanan este número.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 3 AGOSTO 1929 NÚM. 21

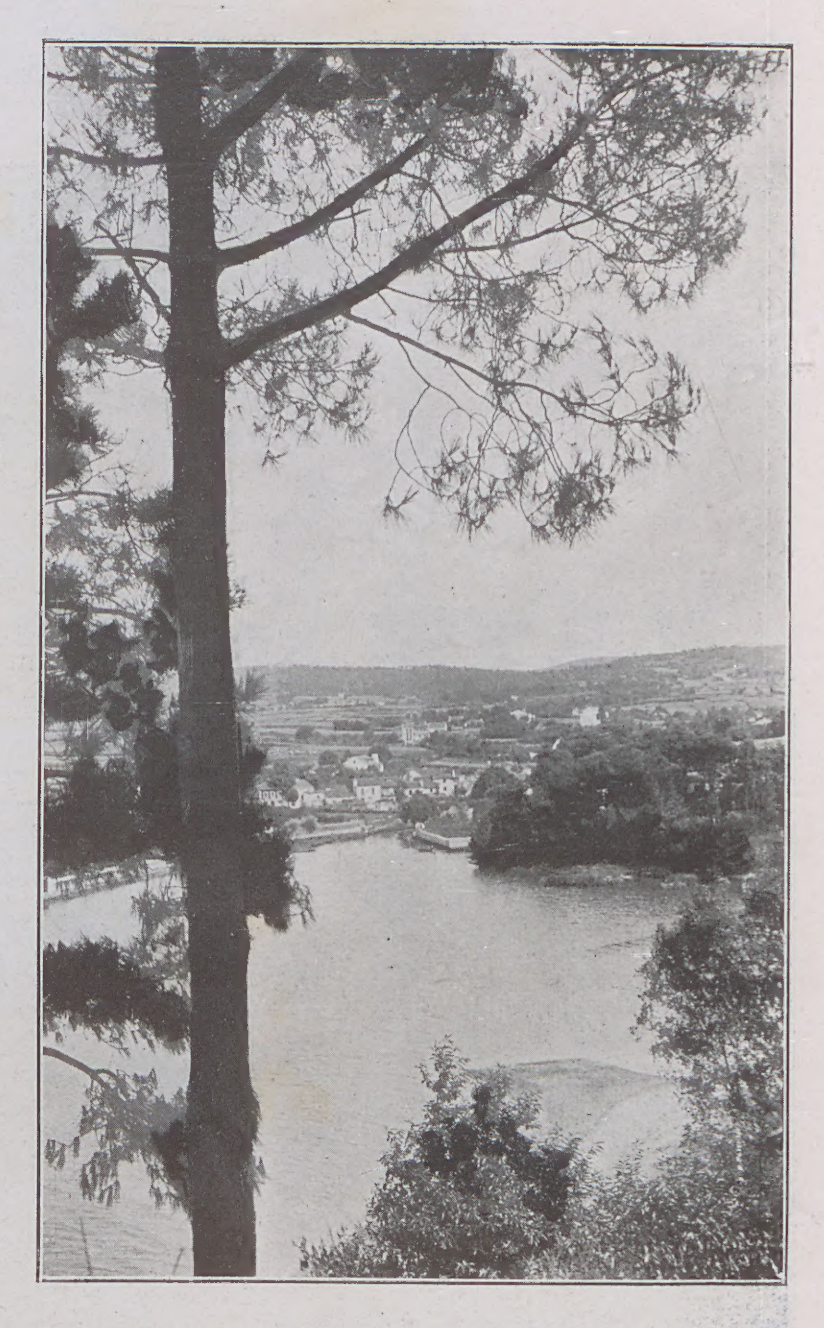


El artista ha tenido el acierto de sintetizar en esta nota de color todo el seductor encanto de su tierra natal. Para Buch, Galicia es eso: el verdor de unos pinos contra el cielo crepuscular y un saudoso semblante de mujer, al cual la tela del pañuelo pone una aureola de ensueño bucólico.

Retrato en color por Buch.

EL SORTILEGIO DE LA CIUDAD ENCANTADA





POR

M. BARBEITO Y HERRERA



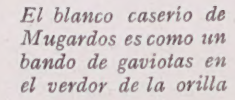
HAN pasado ya tres lustros, y a mí me parece que era ayer por la mañana. Andrés González Blanco, en plena juventud, arremetía desde las columnas de un periódico madrileño contra un menguado libro de versos nacido en El Ferrol; versos ingenuos e irreflexivos, lugar común de todos los adolescentes, en los cuales la crítica halla con más facilidad la torpeza de la obra que lo honrado del propósito. Y Andrés González Blanco, el infeliz amigo de quien tantos guardamos un amable recuerdo, lamentaba que El Ferrol, pueblo de mujeres guapas y de tradiciones aventureras, fuese incapaz de producir un poeta. Tenía razón González Blanco. Tenía razón entonces y la tendría hoy también, si el poeta no ha de ser otra cosa que un fabricante de renglones cortos. Pero en un sentido más amplio y menos académico, El Ferrol es un pueblo de poetas que no torturan la imaginación para encerrar la belleza en la férrea cárcel del verso y se conforman con las palabras vulgares que les dicta el instinto. Pueblo de poetas donde todas las mujeres, habituadas a las largas ausencias, tienen en los ojos el suave resplandor de la estrella más apartada y más humilde.

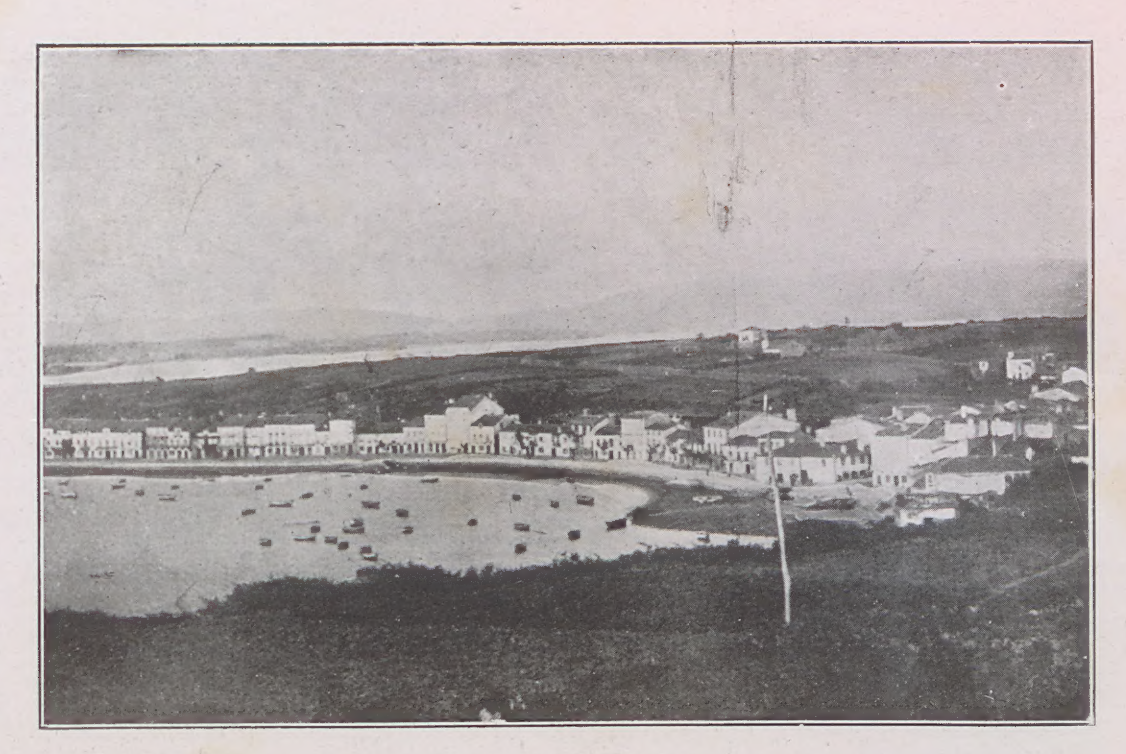
Para quienes no hayan penetrado la vida íntima de la ciudad, El Ferrol es solamente un vivero de mujeres bonitas, de guardias marinas y de buques de guerra. Para muchos, El Ferrol es Fernando Villaamil, los hermanos Franco, el capitán Iglesias. Para algunos, un puerto ensombrecido por el constante llover, donde los astilleros navales paren de tiempo en tiempo un acorazado. Y algo de todo eso tiene la ciudad; pero, bajo la apariencia, bajo lo convencional, no es imposible descubrir ese don cautivador de las gentes sencillas que formó el espíritu de Concepción Arenal y templó el corazón de Pablo Iglesias.

Yo quisiera que el forastero llegase al Ferrol una mañana primaveral, cuando han florecido las acacias de la Alameda, y a la hora de salir de los talleres, los vestidos claros de las modistas alegran las calles. Que llegase por mar, a lo largo del canal que flanquean los castillos de la Palma y de San Felipe, y al avanzar en la ría fuese descubriendo en la falda de los montes, a la orilla del agua, el blanco caserío de Mugardos, el verdor brillante de los huertos de la Graña, las frondas incomparables del Seijo, de Perdio, de Maniños, y al frente, ocultando la ciudad, el murallón de la batería de salvas y la cortina del Parque. Quisiera llevarle hasta la acera del Casino un domingo de sol, para presenciar el desfile de las devotas que vuelven de misa por la calle Real, y guiarle, sobre todo, a la romería del Santo,

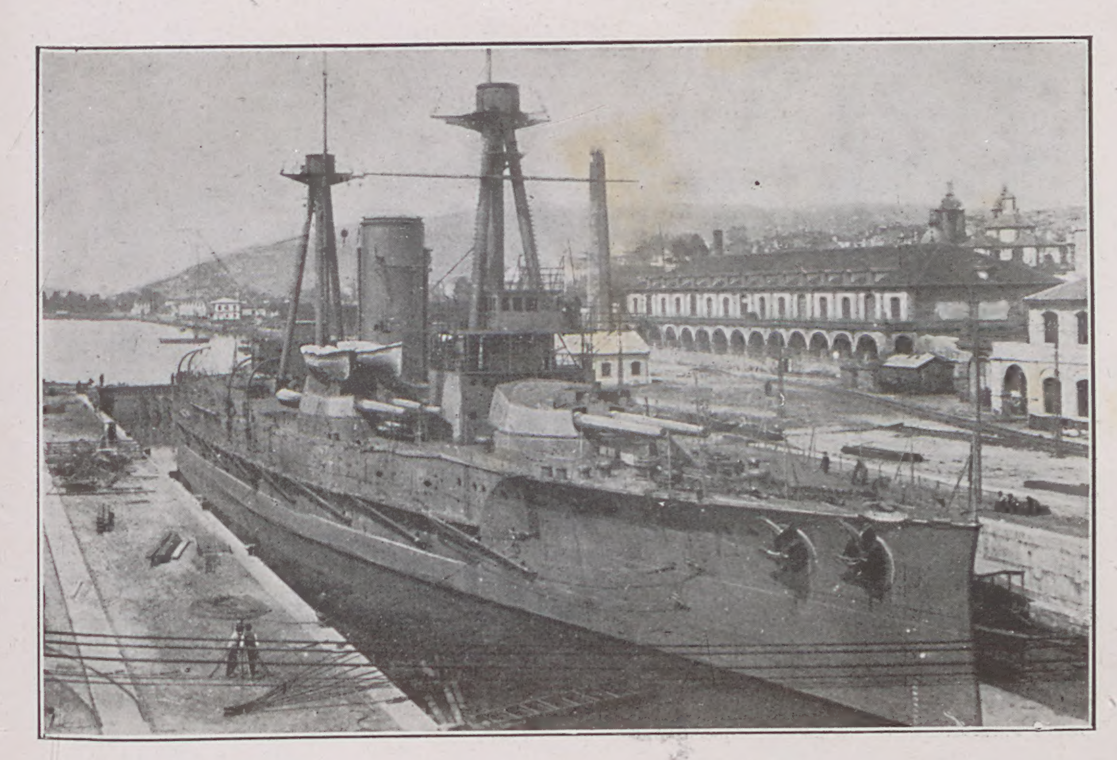
EL SORTILEGIO DE LA CIUDAD ENCANTADA







El blanco caserío de Mugardos es como un bando de gaviotas en el verdor de la orilla

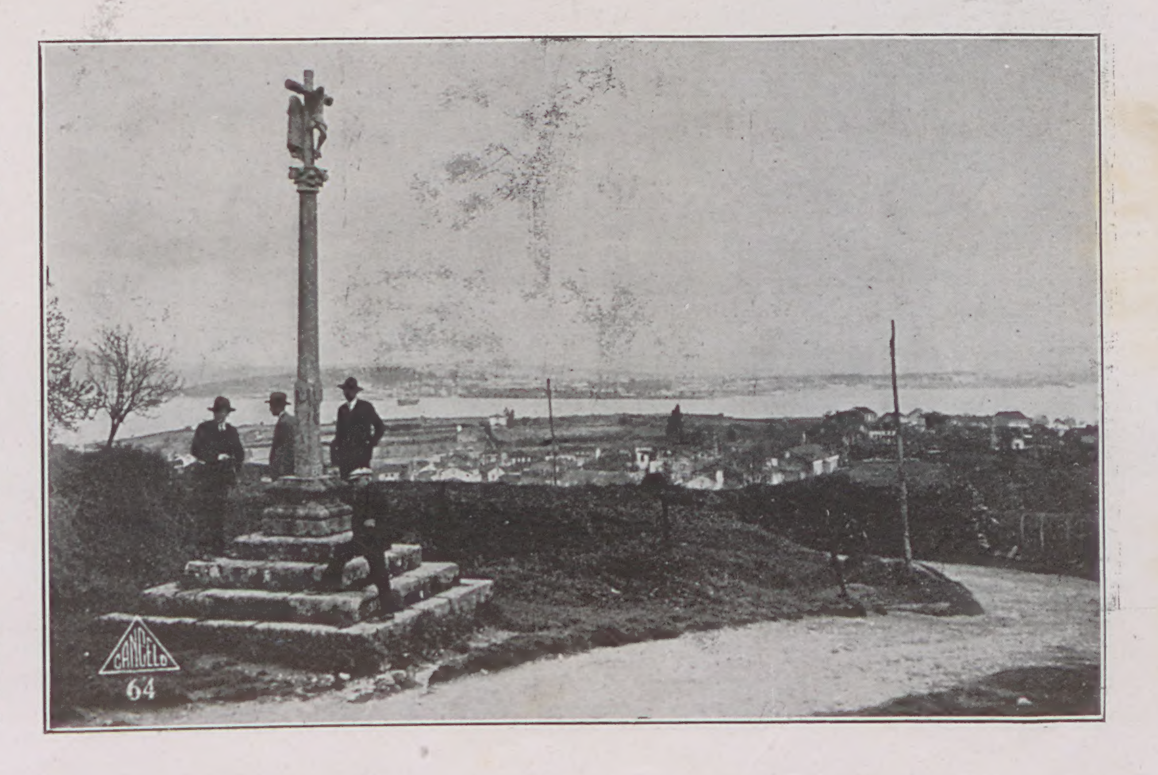


Como un cetáceo fatigado, la imponente nave se ha refugiado en el dique de la factoría que le dió vida.

cabellos bajo el artificio del sombrero. Y que sintiese la dulce emoción de marchar en la penumbra de la arboleda, perdido entre el gentío que canta una canción de pueblo, mientras, a lo lejos, las bengalas de los cohetes relampaguean contra la negrura de la montaña.

En torno al Ferrol, demasiado simétrico, demasiado r´gido, de las calles ajedrezadas, los arrabales de Esteiro, de Canido y de Ferrolviejo conservan la lírica tradición de cantar en las noches de ronda bajo las ventanas colmadas de flores, mientras reposa el martillo en la forja de los arsenales, de donde se lanzan los navíos a la conquista del mar. Allí vive, palpitante de inquietud, el corazón de la ciu-

carretera de Castilla adelante, donde el aire tiene el fuerte perfume de las tierras fecundas. Hacerle comer en los merenderos de Filgueira, bajo los castaños de Leixa o los robles de San Pelayo, sobre el verde tapiz de la grama, entre la multitud anónima de los romeros. Que conociese la inocente felicidad de bailar en el centro del corro que forman cogidos de la mano los menestrales, acompasada la danza por la voz ardiente de la juventud. Y que al finalizar la tarde geórgica, incautamente enamorado, tornase a la ciudad, prendida al brazo una de esas mujercitas candorosas, ignorantes de su propia belleza, que apenas saben la ciencia de empurpurarse los labios y que jamás ocultaron sus



Desde la colina en que abre sus brazos la cruz, el Ferrol se pierde entre la bruma de la lejanía



EL SORTILEGIO DE LA CIUDAD ENCANTADA



He aquí un rincón en la ría que tiene todo el encanto de un lienzo de Bello Piñeiro

dad encantada que la imponente factoría tendida a la orilla del mar guarda como un dragón jamás dormido. El corazón del pueblo, menos heroico que el enlutado por la tragedia de Santiago de Cuba, pero más humano, más amable, de la amiga de los presos y del *leader* del obrerismo.

Yo he sentido siempre un íntimo rencor contra ese grillete que los arsenales ponen a los pies de la ciudad. Acaso algún día, como cayeron las fortificaciones que cerraban los caminos del paisaje, caiga también la muralla tendida desde el aprendiz de muelle de Curuxeiras a la playa rural de Caranza, y pueda la ciudad acercarse al cristal de la ría para contemplarse en el agua. Entonces, roto el sortilegio, recobrado su prestigio, la ciudad encantada será la dueña de sí misma, y de terrible dragón que la guarda, vencido y domado, no quedará más que el esfuerzo eficaz y fecundo que al través del océano abre la senda argentada de la aventura.



El agua remansada bajo los árboles tiene la transparencia de un cristal tembloroso y brillante

M. BARBEITO Y HERRERA



Al través de los pinos, el pueblecito de pescadores se asoma a la maravilla del mar

Fotos Cancelo

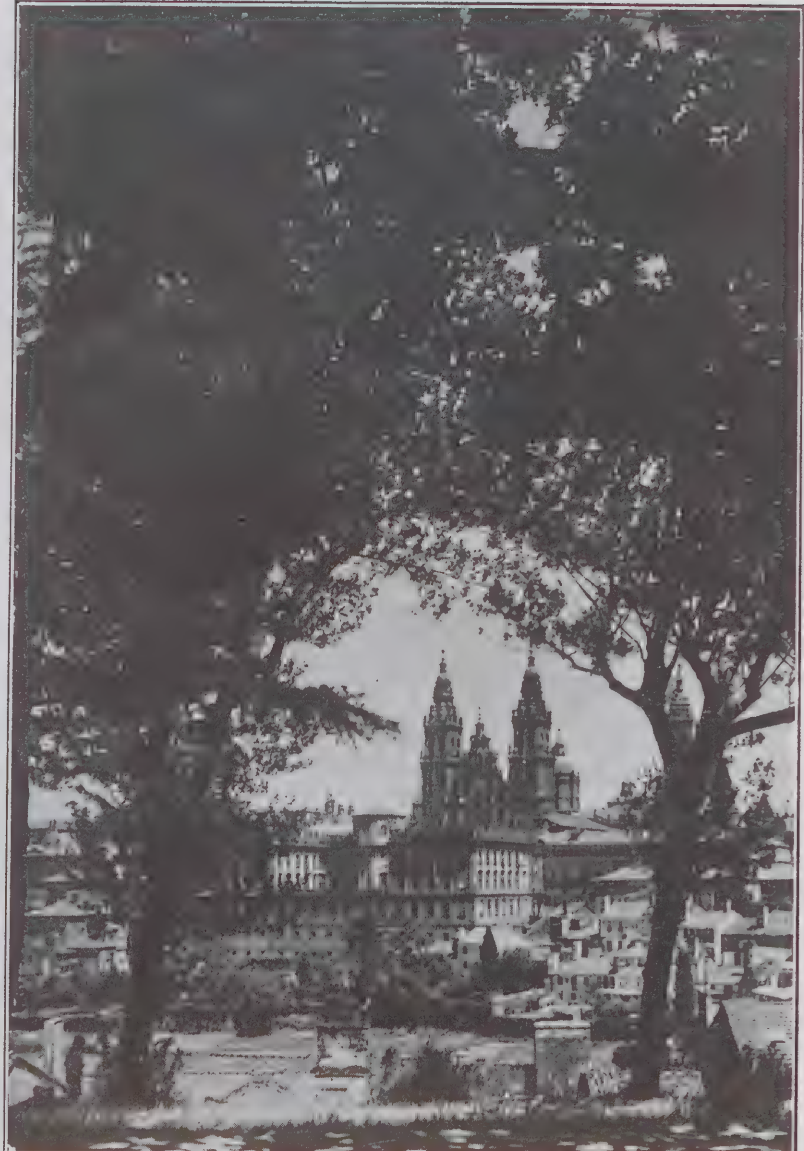


SANTIAGO DE COMPOSTELA

EL CAMPO Y LA ESTRELLA

★

POR RAMÓN FERNÁNDEZ MATO



EL MILAGRO

ESPEREMOS el renovado prodigio. No va la serpiente de la leyenda a reventar ante la señal de la Cruz, ni los feroces toros de la reina Lupa han de dejarse uncir como leales y sumisos bueyes agrarios, ni por la trenza azul del Ulla avanzará el esquife de piedra que trae desde Jaffa el cuerpo del Apóstol. Menos aún hemos de ver aterrados morismas, de bruces en la suprema oración del pavor, rotas por las herraduras claveteadas de luceros del inmaculado caballo de Clavijo.

Todo esto está encerrado en las húmedas vitrinas y en los marchitos relicarios de la Tradición. Y, no obstante, el milagro es en Santiago algo que, con irreverencia, podríamos llamar sello o marchamo de la urbe, su razón de ser y su órgano cardíaco.

Yo te pido, hermano turista, que estrelles el reloj contra cualquiera de las viejas columnas que una legua antes de Compostela avisan, bajo los castaños o los pinos, al borde del camino real, la proximidad del pueblo jacobés.

* * *

Ya el tiempo se detuvo. El cielo es carroussel de hidrópicas nubes grises; los montes de fuerte línea de espinazo o fino contorno de pecho de mujer funden sus tonos en el plomo bajo el horizonte; el campo, como capote de mendigo, destaca sobre el áspero siena de las tierras incultas el remiendo verdegay de las praderías y los zurcidos de plata de las bardas cubiertas de madreselvas. Nubes de Ruisdael, colinas de Potter, campiña de Claudio Lorena.

Las veredas van escalando alcores como chiquillos curiosos, y, de pronto, ¡el milagro!

Un inmenso campamento inmóvil, acentuado aquí y allá por las soberbias torres cristianas, verticales y recogidas como banderas de granito. Una inmensa sinfonía de masas bajo una luz que anda de puntillas. Horno sin humo, Compostela muestra a los extasiados ojos su firme arquitectura de laboratorio de la fe y el románico se pega a la tierra con rudas y anchas raíces, consintiendo apenas que los campanarios escapen hacia lo alto con la imperante silueta del centinela entre el ejército dormido. Cierto que la ojiva abre por doquier sus armoniosos brazos para rezar, pero el macizo derrota los vanos, los muros anulan la gracia de los pináculos. Tienen las bóvedas resonancias de pecho en el *confiteor*. Los pórticos gravitan humillantes. Lejos de aquí, la lujuria vegetal e incendiaria del gótico Santiago es el poder; antes que el anhelo y el recreo, es un ceño mejor que una sonrisa; pide el punzón del aguafuerte y no la lengüecita del pincel resbaladizo.

Son las calles mudos desfiladeros, sobre los que la gárgola zarandea los dramáticos chorros ruidosos. Abren las quintanas sus lagunas de baldosas encuadradas por herméticos monasterios y ateridas casonas de próceres y dignidades.

Rezongan las fuentes su rosario perpetuo de agua montañesa, y los cabezudos clavos de los portalones lacran la vida de cada hogar.

Rompe tu reloj, viajero, que no ha de servirte para cronometrar

el crecimiento del boj en los jardines conventuales, ni para establecer la divisoria inaprensible de los pausados crepúsculos yertos y de las castas noches de plata.

El milagro de Santiago es la inmovilidad, esa inercia augusta de castillo de Dios, su orgullo hierático de horno de la fe que se traga el humo ritual de los monstruosos incensarios y sofoca, con densos nublados, la tabla primitiva, el sollozo solemne de los bronces en la jaula majestuosa de las torres.

La veleta puede con el viento, como el bauprés alancea la galerna. En la cuadrícula de las rejas se enreda el silencio.

Compostela, costrada de blasones, punteada de aras, muestra en los ciempiés fósiles de los soportales el símbolo de su quietud eterna.

De continuo la lluvia lava la anatomía gigantesca de la ciudad y presta al musgo calidades de terciopelo inmarcesible y rompe las charcas el espejo antiguo del cielo.

La estrella se casó con el campo y el agro le regaló, arañándose las entrañas, las rocas que en otro tiempo sirvieron para perfilar en la cima de los castros la escueta y medrosa platina de los dólmenes.

La estrella se hizo amante del pino y el pino se vistió de campanario, cruzándose caballero. Sedujo el lucero las robledas y nacieron los porches rechonchos, de fustes enanos y arcos tímidos. Compostela es una sordomuda desposada con un fulgor.

Por allí han pasado los reyes, los capitanes, los trovadores y los prelados; pero en la insumisa plana de las baldosas los nombres desaparecieron, y sólo restan, abajo hondos cauces por los que patinan los ecos, y arriba la polvareda infinita de una cósmica estrada, tal que si el caballo legendario galopase aún, pulverizando astros y sacudiendo nebulosas.

Arroja lejos de ti el reloj, buen caminante. Aplaca tu sed bebiendo en una venera de agua heráldica del pasado, hincha el pulmón fatigado con el aroma de las resinas sagradas, dobla tu rodilla rebelde en los atrios solitarios y busca en el cielo la zarca pupila impar que te mira, con una bárbara ternura de cíclope, deliciosamente perdido en el pétreo laberinto religioso de la Jerusalén occidental.



Fachada principal de la catedral de Santiago



Un evocador aspecto de los claustros catedralicios de Santiago de Compostela

Todo lo que alude al tiempo es en Santiago de Compostela una blasfemia, que allí no hay arena para la cintura del reloj elemental y las clepsidras se han helado hace muchos siglos.

Santiago repugna el turista y ama el peregrino, que aquél llega erizado de apremiantes minutos y éste trae en la talma ancestral, en las sandalias raídas y en la antorcha revuelta de las barbas un quid de eternidad.

Entra allí como si nunca más hubieses de salir.

Sólo así Compostela franqueará su alma, sólo así entenderás la lengua incógnita de sus carillones y de sus órganos apocalípticos, sólo así catarán tus labios el milagroso vino de la Eternidad, que Santiago es una esfinge para los que tienen prisa o llevan en los ojos el subalterno y frívolo apetito de la curiosidad.

Hay que pagar en espíritu vivo el portazgo para que os sean entregadas las llaves secretas de todos los portentos que, entre muros sombríos y a la sombra de los imponentes pendones de piedra, duermen aguardando a aquellos que conocen las mágicas palabras que han de movilizar el complejo encantamiento: Creo, espero, amo, triangular forma del fervor.

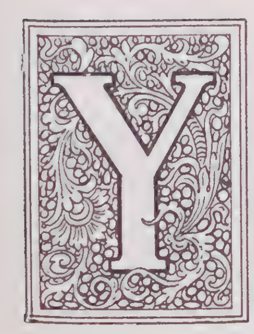
En Compostela está, por los siglos de los siglos, fondeado el milagro. Pero para pisar la deslumbradora cubierta hay que dar el santo y seña, que no es Santiago fácil ni claro, sino eterno.

Fotos Ksado

RAMÓN FERNÁNDEZ MATO

LA CIUDAD DEL VERANO





Y de qué cree usted, amigo director, que puedo hablar en su revista? ¿De las fiestas coruñesas, acaso? No hace muchos años, sus elementos principales eran varios gaiteros, varios tamborileros, muchos cubos de cohetes, dos bandas de música, unos muchachos de buena voluntad que remaban desaforadamente en varias traineras... Los gaiteros y los tamboriles recordaban a los veraneantes su deber de levantarse temprano; las bandas de música «amenizaban» sus lánguidos paseos; los cohetes estallaban en lo alto para que en Vilaboa y en Santa Cruz pensasen: «¡Cómo se divierten aquellas gentes!» La psicología del veraneante era simplísima, y unos cuantos hombres con unos cuantos miles de pesetas podían satisfacerle plenamente, urdiendo para él un «programa» de placidísima sencillez.

Pero esto ha pasado. Las ciudades del litoral atraen sus huéspedes de una manera bien distinta. Ya no les ofrecen programas herméticos. Dejan que ellos sean quienes los organicen, y se limitan a brindarles los elementos precisos.

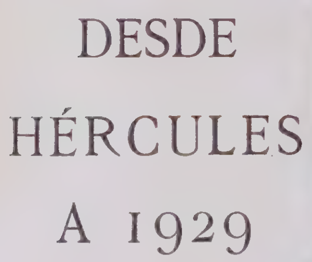
Entre estos elementos, el principal es el paisaje. Así como antes hacían falta varios paisajes amenos. Pero la adquisición de tales paisajes cuesta mucho más que la adquisición de un lote de gaiteros. Para el veraneante, el paisaje no existe hasta que está dotado de una carretera, y una carretera no tiene encantos si no se asienta junto a ella un restaurante cómodo y limpio. El espectáculo de las olas batiendo en el monte Urgull, de San Sebastián, existe desde el comienzo del mundo; sin embargo, para el aprecio del veraneante nació cuando el Ayuntamiento donostiarra rodeó el áspero monte con una carretera en la que fué preciso gastar algunos millones.

Un tranvía extraurbano vale más que diez corridas de toros; un casino, más que veinte mil «paseos de moda»; el esqueleto de una ciudad que aspire a atraer el forastero puede esquematizarse así: un gran casino, como centro, como corazón; irradiando de él, carreteras bien cuidadas; sobre esas carreteras, tranvías bien servidos; cerca del tranvía, restaurantes elegantes que no descuiden el detalle importantísimo de disponer de un salón de baile; frente a cada restaurante, un paisaje delicioso. Después vienen los pequeños detalles: tiendas lujosas y caras, noches de luna, señoritas con *maillot*, *cabarets*, accidentes de automóvil..., todo, en fin, lo que contribuye al reclamo de una playa de moda.

La Coruña intenta, con una amorosa avaricia, guardar para sí al forastero. La Coruña se porta con él como una tierna esposa. Y una ciudad veraniega debe ser algo *cocotte*. La Coruña le dice: «Pasea por la calle Real, da unas vueltas en coche por los Cantones.» El forastero pasea por la calle Real, y se aburre; intenta pasear en coche por los Cantones, y advierte que esta acción está levemente subrayada de ridículo. En cambio, nuestra ciudad desatiende las iniciativas que procuran llevar a los hermosos rincones de la ría del Pasaje algo de vida mundana. Y no parece haber advertido que esa carretera de circunvalación (de La Coruña a La Coruña, pasando por La Coruña) podría ser un elemento importantísimo en su vida veraniega. Dentro de la misma capital, y aislada del bullicio ciudadano, dominando espléndidos puntos de vista, siempre próxima al mar, debiera ser zona más grata para el forastero, el lugar de mayor frecuencia. Para eso nació; para servir a la naturaleza, no a la utilidad. Y el deber de La Coruña sería lograr utilidad de esa belleza. No obstante, hela ahí olvidada y sola. El espíritu coruñés es incapaz de hacer esta cosa tan fácil: alzar un edificio en ella, ponerlo de moda, llevar a él al forastero, servirle unos mariscos, un *fox-trot* y una puesta de sol, y cobrárselo todo terriblemente caro.



WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ





LAS TRES ATRACCIONES DE LA CIUDAD

LA CORUÑA Y EL TURISMO



No figuramos entre quienes abrigan vehementes sospechas de que en La Coruña estuvo establecido el Paraíso terrenal; pero no por eso dejamos de considerarlas muy fundadas. Sabemos, eso sí, que La Coruña tiene algo que es común a todas las ciudades estivales de España: unos paseos espléndidos, unas amplias y alegres avenidas, dos playas... Pero entre las atracciones que La Coruña brinda al forastero hay tres con las que no puede competir ningún otro pueblo español: Sus avatares. Sus mujeres. Su clima. Nosotros, que sólo actuamos aquí como esos pobres diablos que se colocan ante las barracas de las ferias para loar los atractivos de la cabeza parlante o los encantos de madame Marcela, la mujer más gorda del mundo, vamos a charlar un poco sobre cada una de aquellas cualidades.

ORÍGENES DEL TURISMO

Un deber de imparcialidad histórica nos obliga a advertir que el turismo en La Coruña se remonta a los tiempos fabulosos. El primer turista de que se envanece la historia local es Hércules, que estuvo en esta ciudad de paso para el Jardín de las Hespérides, en donde se proponía robar unas naranjas. Aquí le desafió el gigante Gerión, a quien Hércules, a vuelta de otros argumentos menos persuasivos, le fracturó la base del cráneo. Ved cómo esto, que hoy acarrearía a cualquiera un proceso por homicidio, le valió a Hércules la gloria mitológica. Encantado de su proeza y del clima de La Coruña, enterró a Gerión y construyó encima una altísima torre, que desde entonces flirtea todas las noches con los navegantes. En cuanto a Hércules, los coruñeses no hacen mucho caso de él, porque le consideran un vulgar ladrón de fruta; pero a nosotros nos interesaba fijar la antigüedad de La Coruña como estación de turismo, aunque ello despierte susceptibilidades en otros pueblos, celosos de esa primacía.

LA CIUDAD Y SUS AVATARES

El Señor hizo el mundo en seis días. «Y vió que era bueno», según dice la Biblia. Los coruñeses, menos optimistas que la Divinidad, no lo encontraron tan bueno. Y se dedicaron a transformarle. Así, los primitivos coruñeses se hallaron en una Coruña que era un modes-



En los terrenos ganados al mar, pone su nota rumorosa el verdor de los jardines

to islote granítico; inmediatamente acordaron transformarlo en una isla bastante presentable. Posteriormente hicieron de la isla la península actual. Mañana... ignoramos el misterioso avatar que La Coruña nos reserva para ese día. Los coruñeses ya advierten la necesidad de una nueva transformación, porque el ser península da a la ciudad ese talle de avispa que usaron nuestras madres a fines del siglo XIX y que hoy está pasado de moda.

Lo cierto es que desde hace cerca de un siglo la primordial preocupación de los coruñeses es el relleno del mar. Antes llegaba el mar al borde de muchas calles desde las que hoy se le ve con notoria dificultad. Camina uno por una vía muy apartada de la costa, y de pronto le dicen con un secreto orgullo: «¿Ve usted esta argolla?... ¡Hace cincuenta años amarraban aquí las fragatas! ¿Ve usted estos jardines?... Ganados al mar.»



La románica Colegiata de Santa María, obligada estación del turista

Nosotros mismos, que pertenecemos a una joven promoción de coruñeses, recordamos cuando el mar llegaba a sitios en donde ahora hay parques y paseos espléndidos. Desde hace casi una centuria, el coruñés se dedica concienzudamente a echar bloques al mar. Si es cierto que por estas cercanías estuvo la Atlántida, se comprende que la ciudad tenga un viril empeño en reconstruir sobre el océano lo que éste se tragó.

Cualquier proyecto comercial e industrial tropieza aquí con una serie de rémoras, porque los coruñeses, fundamentalmente más bíblicos que otros pueblos, tienen la firme convicción de que el trabajo es el mal enviado por Dios a los hombres para castigarles por las criminales complacencias de Adán con Eva y de ésta con la serpiente. Pero el coruñés acepta los más absurdos proyectos siempre que tengan por finalidad la de rellenar el puerto o la playa.

Si veis a un coruñés con-



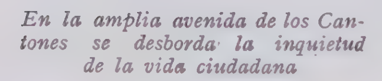
La sonriente delicia de las soleadas mañanas de Riazor

templar fijamente la bahía, no creáis que admira sus bellezas. Si le interrogáis, os dirá: «Rellenado esto, ¡qué espléndida barriada de casas baratas podríamos construir aquí!»

Convengamos en que esta propiedad de modificar la Naturaleza no la tienen todas las ciudades estivales. Ir a un Biarritz, a un Deauville, a un San Sebastián, para ver todos los años el mismo puerto, la misma playa, los mismos montes, debe de resultar bastante fastidioso. La Coruña, por el contrario, ofrece verdaderas novedades al turista, que de un año para el otro encuentra el puerto reducido a la mitad de su tamaño, y una ría donde había un monte o, mejor dicho, un monte donde había una ría. Estas mutaciones de gran espectáculo las reserva La Coruña para los turistas. Ninguna otra ciudad puede competir con la nuestra. ¡Ninguna puede ofrecer atractivo semejante al forastero! Por eso nos permitimos recomendar a todos los lectores del interior la urgencia de que vengan a La Coruña este verano. Podrán apreciar los progresos del relleno desde agosto pasado.

Conviene no perder una sola de las evoluciones de este pueblo maravilloso. Precisamente, ahora tratan de asfaltar la playa de Santa Cristina para transformarla en aeródromo. Todo puede ser. Para un coruñés, la palabra imposible no existe tratándose de rellenar. Por ahora aun hay playa, aun hay puerto. No pierdan la ocasión de contemplar estas imponderables bellezas naturales antes de que desaparezcan bajo el relleno o antes de que se cumpla la profecía de San Vicente Ferrer, que




En la amplia avenida de los Cantones se desborda la inquietud de la vida ciudadana



Los niños de las colonias madrileñas guardarán siempre un amable recuerdo del Sanatorio de Oza

tuvo la amabilidad de predecir que nuestra ciudad sería asaltada y arrasada por una ola gigantesca.

LOS PRODUCTOS NATURALES

En cualquier manual de Geografía es fácil encontrar las producciones características de cada ciudad. Si hojeamos uno, vemos que Toledo produce mazapán; Bilbao, hierro; Riotinto, cobre; Alicante, turrones; Albacete, navajas... En cuanto a La Coruña, tenemos una verdadera satisfacción en decir que produce coruñesas. Las hay de todas clases, formas y tamaños. En lo que respecta a las edades, ninguna baja de quince años, ni sube, en el peor de los casos, de treinta y cinco. Es frecuente que vengan al mundo con las cejas cuidadosamente depiladas, y al cumplir los dieciséis años suelen dar en la extraña manía de pedir un collar de perlas. Cuando nosotros teníamos diec'ocho años conocimos a una chica de nuestra misma edad. Era encantadora. Quince años después, la volvimos a encontrar. Seguía siendo encantadora. Y seguía teniendo dieciocho años.



Merced al entusiasmo del general D. Miguel Feijóo, los coruñeses acaban de inaugurar su Club Náutico



Por encima de los árboles del Parque se alza la esquina imponente del Banco Pastor

EL VERDADERO PROGRAMA DE FIESTAS

Antes de hablar del clima conviene reivindicar al cielo coruñés de una injusta acusación que se

LA CORUÑA Y EL TURISMO



le ha hecho. Dicen que no es claro. Cierto; es algo mejor que eso: es variado. No ofrece esa espantosa monotonía del cielo meridional, siempre limpio, siempre azul, bello, pero soso como un rostro inexpresivo. Aquí hay nubes, la fantástica escenografía de las nubes, al lado de la cual los recursos decorativos de los cielos meridionales resultan bastante pobres.

La Coruña tiene un programa de fiestas en el que figuran corridas de toros, verbenas, fútbol, concurso hípico, tiro de pichón, pruebas náuticas... pero esto, al fin y al cabo, también lo tienen otras ciudades estivales. Lo que ninguna posee, el verdadero programa de festejos que La Coruña ofrece es el siguiente:

1 de agosto. — Se inaugurarán las fiestas por la mañana con una temperatura de 22 grados; por la tarde, 20; de noche, 18.

4 de agosto. — Comienza



Toda la esplendidez del Municipio culmina en la Casa Consistorial





Nada más evocador que esta plazuela de la ciudad vieja...



Espléndido panorama, lleno de luz y majestad, de la ría de Villagarcía en una fiesta de regatas.



LA CORUÑA Y EL TURISMO



... y nada más elegante en la moderna Marineda que esta avenida de la Ciudad Jardín.
(Fotos Turismo)



la Semana Grande. Por la mañana, 27 grados; por la tarde, 24; de noche, 19.

Nota.—A media tarde, las nubes formarán una tupida cortina sobre la ciudad para que el sol no moleste a los espectadores de las corridas de toros.

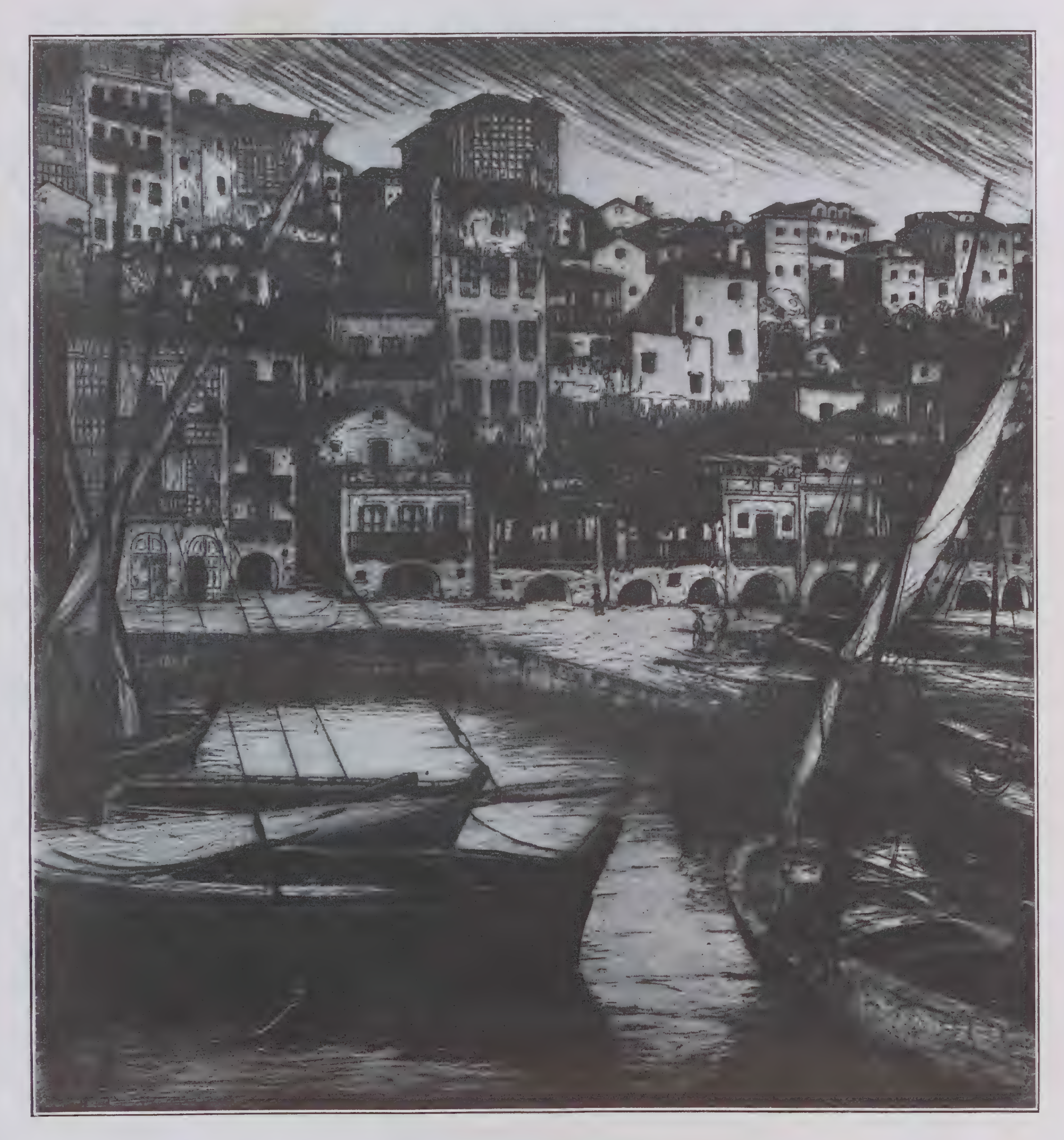
5 de agosto.—Por la mañana, 24 grados... etc., etc.

He aquí un programa verdaderamente irresistible que la Naturaleza—alejada, por su modestia característica, del seno de las Comisiones de Fiestas—organiza todos los veranos en La Coruña.

V. FERNÁNDEZ ASÍS

La Coruña, agosto 29.

VIGO



LA RIBERA DEL BERBÉS

Casas de traza añeja y humilde, barcas de pesca, gentes sencillas que conocen todos los dolores y saben todas las amarguras de la vida marinera. Excelente motivo para ese admirable aguafuerte de Julio Prieto, que parece destinado a ilustrar la obra de un gran poeta; el poeta que acierte a recoger en su corazón la suprema armonía del mar adormecido en el fondo de las rías y encrespado y rugiente contra los acantilados de la costa brava.

DOS NOTAS ORENSANAS

*

Si La Coruña es la elegancia moderna hecha de gracia y de finura, y Vigo la actividad febril, y Lugo la abundancia de los dones terrenos, y Santiago la majestad arquitectónica, Orense tiene el agridulce sabor





del vino cosechado en las márgenes del Miño, donde la sombra de Sileno—coronado de pámpanos y empurpurada la faz por el zumo del fruto maduro—persigue de noche a las mozas extraviadas entre los árboles del bosque.

La cámara fotográfica ha recogido dos aspectos, dos detalles admirables de la añeja catedral orensana, que en ocasión todavía próxima mereció una inspirada glosa al arquitecto Palacios: el pórtico de la basílica y las «santeras» que a la entrada perpetúan una costumbre secular, influenciada maravillosamente por el espíritu devoto y milagroso de la raza.



(Fotos. Samaniego).

EL CIEGO DE LA ZANFONÍA

Cuando era niño el que esto escribe (hace de ello muchos años; no recordemos cuántos), apenas pasaba semana sin que ante la puerta de la casa de campo de sus vacaciones estivales no se presentara un ciego mendigo, que, con mano torpe y temblorosa, arrancaba unos sonidos balbuceantes, agrios, gangosos y cansados, de una zanfonía, mugrienta y valetudinaria, no menos decrépita, deshecha y lastimera que quien la pulsaba.

Niños y criadas salíamos al camino, llenos de alborozo:

—¡El ciego de la zanfonía! ¡El ciego de la zanfonía!

Y el pordiosero, entre nuestras crueles carcajadas, con voz tan destemplada como la de su vihuela de rueda, sin dejar de dar vueltas al manubrio, entonaba siempre igual sarta de canciones:

—Esta casa es de vidrio,
las ventanas de cristale,
el señor que vive en ella
es persona principale...

¿Desde qué augustas lejanías llegaba hasta nuestros mofadores oídos inocentes la queja candorosa de la añeja sinfonía? Instrumento de sabia invención y construcción habilidosa, muy característico del ingenioso espíritu medieval centro-europeo por su complicación mecánica, no muy inferior a la de los órganos de mano, acompañó canciones de gesta en las cortes galas y germanas durante la temprana Edad Media; pendientes de hombros de juglares, arribó a nuestra tierra gallega a lo largo del Camino Francés; sonó en los ágapes de Gelmirez; fué esculpida en los capiteles del palacio santiagués del arzobispo y en las archivoltas del Pórtico de la Gloria; decoró ricamente las miniaturas de las *Cantigas del Rey Sabio*... Largos siglos de miseria sucedieron a la edad gloriosa. En tierras arcaicas como la nuestra, o en la Auvernia francesa, todavía es acaso posible encontrar hoy un último mendigo que implore la caridad a los agonizantes sones de venerable zanfonía, construída ha largos siglos para sonar en palacios, y que quizás ostente todavía, entre su centenaria cochambre, restos de preciosas labores y de ricos embutidos en la madera de su caja.

Idéntico destino tuvieron la gaita y quien la tañe: cantor e instrumento fueron, en remotas edades, recreo de grandes señores y gala de fiestas cortesanas; hoy, en la postrer degradación de su caduca existencia, pordiosean lastimosamente, de puerta en puerta, por las aldeas más apartadas.

RAMÓN MARÍA TENREIRO

Composición fotográfica de Samaniego.





ASPECTOS CORUÑESES

LAS TARDES DEL SPORTING CLUB
VISTAS POR PELLICER

CARTA DE DEAUVILLE

FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE MUJER, CON LITERATURA Y TODO, Y CON :: NOTICIAS DE LA ACTUALIDAD ::

EL RITMO DE LA VIDA DE DEAUVILLE :: TARDES DE DOMINGO :: EL HAVRE, PUNTO DE NOSTALGIA Y PUNTO DE PARTIDA

POR
ARTEMIO PRECIOSO

Querido Enrique Meneses: Usted me ha enviado a Deauville para que escriba una crónica. Y yo he ido a Deauville y le mando el artículo; pero... yo sólo lo he escrito en parte. ¡Suerte que uno tiene! Apenas instalado en el Royal Hotel, me encontré en un rincón, sobre la alfombra, unos pliegos de papel, llenos de letra menuda, femenina, nerviosa, escritos en un castellano bastante aceptable. He leído las líneas abandonadas, olvidadas, mejor dicho; no me han parecido del todo mal, y como esta es tal vez la única manera de que su autora las conozca y de que la destinataria las lea, ya que en la dirección del hotel no han podido hacerse cargo de la carta, allá van...

«Querida Conchita: Como te decía en mi última postal enviada desde París, he venido a Deauville, y aquí estoy desde el día 6 de julio, primer «fin de semana» de la temporada de este año. Como sabes que el barco sale para Buenos Aires, de El Havre, el día 12, sólo podré darte noticias del principio de la *season*. Sé cuánto amas esta hermosa e incomparable «playa florida», y a tu dolor por la gran desgracia de familia que te aflige se unirá la nostalgia de las horas tan gratas que hemos pasado aquí otros años juntas... Yo también tendré mucha pena por no estar a tu lado y por verme obligada a marcharme en lo mejor. ¡Esa bendita carrera de papá, que nos obliga a partir hacia nuestra patria para llegar allá en pleno invierno!...

Un grupo de señoritas con los nuevos modelos lanzados este año durante la famosa fiesta de «La Elegancia Femenina en el mar»

Comenzaré diciéndote que gozamos de un tiempo magnífico. Ha habido días en que el viento ha ululado tristemente, y en que ha llovido a ratos; pero siempre ha vencido el sol, y ni un solo día hemos dejado de ir a la playa.

Novedades: Si el año pasado se inauguró el Hipódromo en Clairefontaine, que tan felizmente completó las manifestaciones deportivas, éste se ha inaugurado un nuevo campo de golf, y un *Yachting-Club*. Para el primero, eligieron el magnífico panorama del antiguo castillo de Lassay, sobre el monte Canisy. ¡Ochenta y siete hectáreas de terreno! Los campos han sido trazados por los mejores especialistas ingleses. ¡Nueve *holes* para las señoras y 18 para los hombres! Desde allí el horizonte es inmenso por todas partes. La larga cinta de plata que serpentea por entre el verde de las praderas, los álamos altísimos, cuyas copas tiemblan a impulsos del viento, el valle de la Touques, en fin, que es, como sabes, uno de los más bellos y fértiles de la dulce Francia... Y el mar, que completa el cuadro, como un espejo espumeante, las velas blancas de los yates de lujo... Y encima de la altiplanicie está el hotel Du Golf, la última creación de la Sociedad del Casino. Este hotel está a unos pasos de los célebres establecimientos Cheri y du Tatterall. Ya sabes que muchos com-



Dos señoritas de las que lucían los nuevos modelos, repartiendo deliciosos cock-tails *entre los que presenciaban el desfile*



Dos bonitos modelos de trajes de baño, llevados por dos señoritas no menos preciosas

patriotas nuestros atraviesan el Atlántico, vienen a Deauville sólo con el objeto de comprar un potro *racing-like*, es decir, de origen Fashionnable, y por este origen se han llegado a pagar seiscientos mil francos... De aquí, en efecto, partieron Perth, Maintenon, Mon Talisman y otros muchos grandes *Señores* gloriosos...

Pero lo que tal vez te interese más es lo relativo a las modas... Ayer precisamente se celebró en el bar du Soleil la típica fiesta anual de «La elegancia femenina en el mar». Con decirte que presentaron modelos las Casas Chéruil, Max, Jeanne Lanvin, Patou, Poiret, Premet, Worth y tantas otras famosas, te darás una idea de la originalidad de los modelos de trajes de baño, de trajes de playa... Las más bellas señoritas *maniquíes* pasearon las nuevas creaciones entre una multitud enorme, mientras los fotógrafos y cineastas se apresuraban a perpetuar los encantadores momentos. Algunos de estos trajes de baño llevan pantalones largos, como si fueran de pijama masculino...

Fueron los más fríamente acogidos por la concurrencia.

De gente conocida, la Mistinguette ya está por aquí paseando sus trajes soberbios y sus piernas excepcionales, a pesar de sus sesenta... Por cierto que los trajes que se ven este año son algo raros. Las faldas, por detrás son largas, muy largas, con cola, y por delante cortas hasta dejar ver las piernas. Me declaro *demodé*, chica. Aunque se ven algunos preciosos; por ejemplo, uno de organdí, lleno de violetas, y otro, de estos largos por detrás, *con un movimiento acentuado de la cintura muy baja*... Parece que estoy escribiendo una danza oriental; pero no, esta definición es de un gran modisto, créeme... Volviendo a la gente conocida, también he visto al célebre Van Dongen, el pintor de moda, a Fujita, a Maurice Rostand, a Roland Dorgelés, a Fernad David, a Maurice Waleffe, a M. y Mme. Citroën...



Deauville.—La artista Paulette Meny haciendo ejercicios gimnásticos en la playa

Y por las tardes, a la puesta del sol, después de bailar un rato en el Casino, hago literatura y todo, chiquilla. Fíjate, si no, lo que escribí ayer, que no sé si será un poco futurista:

«Son las nueve (oficiales). Estoy en el hotel. El sol, escapado de entre unas nubes, derrama su oro crepuscular. Hay una solemnidad imponente. No triste, sin embargo. Se diría un sol de media noche, es decir, con aurora a la vez, entre despertar y morir... El oro pálido de la luz contrasta con el azul severo, grave, del mar... Un barco que viene del Havre va dejando su estela de humo, entre el agua oscura y el incendio celeste... Frente al hotel Royal, el *Yachting-Club* —recién inaugurado— tiene cierto aspecto de aeroplano dispuesto a levantarse. Hay un choque, una colisión de luces: el oro solar, el reflejo macilento y terroso del mar, el vacilante resplandor de laciudad...

Deauville se despierta (no te rías); comienza la gente ahora a vestirse para el Casino: baile, teatro, juego, *flirts*...

En el comedor, entre los vinos añejos — fuego, oro también, sangre nueva — y los efluvios

Vista del Royal Hotel y de las terrazas, en las que se ve el busto de Eugenio Cornuché, principal creador de la playa florida

musicales de una orquesta que hábilmente se dedica a remover el sentimentalismo de las almas, los veraneantes sienten la euforia y la satisfacción de vivir. La barcarola de los *Cuentos de Hoffmann* acaba de ganar la batalla del romanticismo y de la nostalgia. Y me acuerdo de ti, Conchita. Veo tu mirar aterciopelado y hondo, tu sonrisa inefable y viva, tu ir y venir de mujer-pájaro...»

* * *

En Deauville, el ritmo de la vida es español, completamente a lo gran señor. Se almuerza a las dos de la tarde, se cena a las nueve y media o las diez...

Y reina siempre, en esta ciudad-playa, tranquilidad, silencio. No hay tranvías. Los *autos* no vociferan como en las grandes ciudades. Son *autos* muy bien educados, también como grandes señores españoles... Se tiene la sensación de que se ha abandonado la ciudad tumultuosa para descansar. Y, sin embargo —este es el más curioso y original contraste de la «playa florida»—, aquí está el lujo, el fausto, la riqueza, pero sin su corolario de multitudes que viven de ella... Si atravesáis el puente, junto a la *gare*, o montáis en la barca, en el ángulo del bulevard Cornuché, y entráis en Trouville, el aspecto cambia por completo. De un salto, en un instante, habéis ido del Paraíso a la Tierra.



Un aspecto del Bar du Soleil, *punto de reunión de los elegantes, a la hora del aperitivo matinal*

* * *

Los domingos, los primeros domingos de julio, a las siete de la tarde, la playa de Deauville queda casi desierta, en plena orgía de luz de sol, de colores... Se han ido los que

CARTA DE DEAUVILLE



Salida para las regatas internacionales celebradas este año

vinieron a pasar el día, de París y de los alrededores. Y os aseguro que vale la pena de vivir ese momento de luminosa paz, cuando el crepúsculo no ha comenzado aún y el mar está quieto, recreándose en su propia grandeza, contemplándose en el espejo del cielo... Bien cerca, a la derecha, El Havre parece incendiado, semeja arder voluptuosamente, lleno de sugerencias nómadas... ¡Cuántas norteamericanas miran al puerto francés que les recuerda el forzoso retorno a su Nueva York, donde la vida es tan diferente a la europea! ¡Y cuántos también ven en El Havre el punto de partida hacia una vida nueva, persiguiendo por caminos más sólidos la Fortuna que no quiso sonreírles en los salones del bacarrat o en el alucinante «privado» del Casino, donde se ganan y se pierden millones en una hora!

ARTEMIO PRECIOSO

Deauville, julio 1929.



Vista parcial de la ciudad, del Boulevard Cornuché y de las terrazas. Al fondo de la derecha, Trouville
(Fotos Meuret.)

Concurso de cuentos humorísticos

Con arreglo a la base séptima de la convocatoria anunciada para este concurso, se han recibido en esta Redacción los cupones correspondientes a la votación pública por la que ha de conferirse el ofrecido premio de 500 pesetas a uno de los cuentos seleccionados por nosotros y que fueron publicados con anterioridad en estas páginas.

Verificado el oportuno escrutinio con las formalidades de rigor, dió por resultado la solución siguiente:

«LA CULPA FUÉ», original de D. Luis Pieltain, aparecido en el número 18 de esta revista, 162 votos.

«UNA EMOCIÓN VIOLENTA», original de D. Gabriel Greiner, aparecido en el número 17, 135 votos.

«CONQUISTADOR», original de D. Raimundo Nogales y Aldecoa, publicado en el número 18, 106 votos.

«UNA BRAVÍA», original de D. Guillermo Perrín, publicado en el número 16, 104 votos.

«PUBLICIDAD PREFERENTE», de D. Gabriel Greiner, publicado en el número 16, 101 votos.

En vista de la antecedente votación, queda adjudicado dicho premio al cuento titulado «LA CULPA FUÉ...», original de D. Luis Pieltain. Las quinientas pesetas de su importe estarán a disposición de dicho señor, cualquier día laborable, de seis a ocho de la tarde, a partir del día 1 del corriente mes de agosto.

La moda durante la Gran Temporada de París



Un delicioso traje de muselina de seda estampada con dibujos multicolores. En la parte alta de vestido, una incrustación de encaje blanco le imprime un sello especial. WORTH

A gran temporada parisina es cada vez más corta, pero infinitamente más agitada. Indudablemente, no se dieron nunca más bailes ni celebráronse tantas fiestas y *garden-parties*. Algunas reuniones de las carreras fueron dechado de prodigiosa elegancia, citando entre ellas el día del premio de Diana y el de los Drags, que figuran, sin ningún género de duda, en primera línea. Jamás vimos tantos vestidos de muselina y crespón estampados, y todos aquellos velos floridos, bajo los frondosos árboles del Peso, ofrecían precioso



Traje para noche, de encaje color concha clara; falda enteramente bordada con sedas multicolores; hebilla de strass en el cinturón. WORTH



Elegancia en las carreras. De izquierda a derecha, Mme. Robert Revel, ataviada con muselina de seda blanca, enteramente trabajada con jaretitas y sombrero azul; la baronesa Eduardo de Rothschild lleva abrigo de paño gris adornado con astracán del mismo color y vestido de georgette *con jaretitas; la señora Martínez de Hoz viste muselina estampada encarnada y negra, sobre fondo crudo, y Mme. André Citroën, crespón estampado, encarnado,* beige *y negro. Mme. Georges Menier lucía raso blanco y paño negro; cuello de armiño.*

golpe de vista. Los conjuntos de muselina de seda eran innumerables: vestido de forma sencilla, ensanchado en el bajo; gran abrigo de la misma tela, adornado con godets y tiras aplicadas. Los colores dominantes, me atrevo a afirmar, fueron el gris, beige, pardo, capuchina sobre fondo blanco o crema, así como el verde sobre fondo blanco. En realidad, el fondo veíase poquísimo, casi completamente cubierto por los dibujos. Los vestidos que no se completaban con su correspondiente abrigo llevaban generalmente una torerita con picos en los lados o una gran bufanda flexible en el escote. La visión de todo ello era vaporosa, ligera, de una gracia y encanto infinitos.

Los vestidos recamados con jaretitas fueron igualmente la predilección de algunas mujeres de un gusto verdaderamente refinado, y ciertos trajes de encaje (chaquetita y vestido) tuvieron mucho éxito. Finalmente, y para terminar, vimos en el día de la Elegancia del Polo gran cantidad de vestidos blancos adornados de negro, con graciosa originalidad. Nada me sorprendería el que esta póstuma fantasía se impusiera como «nota que da el tono» en Deauville y Biarritz este verano, siendo quizá este nuevo capricho una reacción contra los tonos vivos, como el amarillo y encarnado, los cuales triunfaron de un tiempo a esta parte. Sea lo que fuere, los efectos de estos trajes de muselina o crespón blancos, bordeados con zorro negro, y el de los levitones ligeramente ajustados en el talle con un cinturón de *marocain* negro pespunteado de blanco, era preciosísimo. No puede crearse nada que «vista tanto», para las playas elegantes.

Los sombreros eran de una increíble diversidad. Cada modista lanzó veinte ideas nuevas, que colocó en la cabeza de sus más elegantes clientes, de tal suerte que pudimos



En las carreras, y de izquierda a derecha: la duquesa Decazes, en muselina de seda estampada con grandes flores encarnadas; la princesa de Arenberg, conjunto de raso marino estampado con dibujitos grises e incrustados con raso liso. La duquesa de Noailles, traje de crespón de seda estampado amarillo y con dibujos negros; sombrero grande de paja negra y cintas negras, amarillas y blancas. Mme. Georges Bleck, traje sastre de crespón de lana azulejo; cuello y puños de piqué blanco.

admirar sin reserva su talento y fecunda imaginación. Lo que me sorprendió en extremo fué el advenimiento del crin muy ligero y transparente. La señora Martínez de Hoz, la cual es, sin duda, una de las mujeres que mejor visten en París, llevaba el día de los *Drags* un sombrero grande cuyo borde era de encaje de crin y el fondo de terciopelo ligeramente plegado. El conjunto de estos materiales resultaba elegante y completamente acertado. Las tocas de fieltro y de paja jersey van a veces adornadas con una tira de crin en forma de ala transparente en un lado, habiendo admirado también gorritos de crin bordado con aplicaciones de fieltro y terciopelo, dejando trasparentar el cabello.

Los sombreros con ala grande formaban legión en las grandes reuniones deportivas, y créese que las modistas llevan intención de presentarles igualmente en sus colecciones de invierno. Opino que la idea dista de ser feliz, pues esas anchas pamelas, lindísimas bajo el ardiente sol de junio, no tienen razón de ser luego con los abrigos de pieles y destempladas brisas. Agnés, no obstante, presentó en los *Drags* la nueva idea que pretende imponer en otoño, consistiendo en una ancha forma de fieltro extraordinariamente flexible, adornado encima de la nuca con cuatro picos de piel incrustados, cuyo peso hace bajar el ala. Dicha disposición permitirá, al parecer, colocar esta ala dentro del cuello del abrigo; pero hay que convenir, y así lo declaro sin ambages por mi parte, que la innovación es francamente engorrosa; el mañana nos dirá si las mujeres elegantes son de mi parecer.

Volvamos a las pamelas de verano. Son de una forma muy particular y muy nueva, participando de la línea Directorio y que no sé cómo describiros. Supongamos un cas-



Durante las hermosas fiestas de la temporada parisina admiráronse los vestidos de tul y muselina de seda, los cuales constituían una encantadora diversidad en los estampados. El que vemos a la izquierda confeccionóse para la marquesa de Smodio; es de tul malva bordado de strass, con cinturón de muaré del mismo tono. En el centro, vestido de tul negro, cuyas tiras crúzanse en el delantero, llevado por la condesa de Robiland. A la derecha, otro de muselina negra bordado con grandes flores; está hecho con tres espesores de esta muselina y destinado a Mrs. Corbitt.
JEAN PATOU - JEAN PATOU - MADELEINE VIONNET

co colocado algo hacia atrás; el ala, formando aproximadamente capota grande, con una barreta de paja cubriendo una parte de la frente, y sin embargo, el conjunto da por resultado una gran pamela, por lo discreto, medido y apenas perceptible de cada uno de estos particulares detalles. La señorita de Iturbe lució una verdadera obra de arte en este estilo los días de las grandes reuniones deportivas.

Pasaré ahora a hablaros de los sombreros de terciopelo, en los cuales vimos maravillas. Creí al principio eran las primicias de la moda de invierno; pero tantos y tantos aparecieron ya, que me pregunto si no estaremos hast'adas de ellos cuando vivamos los días grises. Son, sin embargo, bonitísimos, particularmente cuando se confeccionan con tiras de tres colores distintos colocadas diagonalmente, gusto especial de Patou. La baronesa de Rothschild lleva



La condesa de Salverti, eligió en casa de Jean Patou un vestido negro con flores multicolores, cuyo cuerpo escotado en pico va adornado con dos largas bufandas por detrás. A su lado, el precioso vestido de encaje color concha clara, llevado por la princesa Max de Hohenlohe; la torera, muy larga por detrás, sigue la línea de la falda, ascendiendo y dividiéndose en dos partes en el delantero. A la derecha, el abrigo de terciopelo encarnado llevado por Mme. André Citroen; es corto y adornado en el bajo, con un volante en forma. Cuello y puños de zorro negro.
JEAN PATOU - JEAN PATOU - PAQUIN

un sombrero grande y bajo por los lados, hecho con anchas tiras de terciopelo. La condesa Gerad de Gany eligió para acompañar su vestido de muselina de seda verde un gorrito muy flexible, pegado a la cabeza, en terciopelo de tres tonos de verde; es posible que pueda anhelarse tocado más fresco durante los días cálidos, pero el terciopelo *frisson* es casi transparente y, además, precioso con la muselina de seda.

Los sombreros transparentes, hechos con minúsculos bieses de crespón de seda trabajados con ganchillo, como grueso cordoncillo, fueron lanzados por Le Monnier. Se incrustan con terciopelo o fieltro, como los gorritos de jersey. Reservemos para las heladas e intemperancias las diminutas tocas de *tweed* y piel, que, a pesar de los rigores solares, vimos en las carreras, si bien únicamente como precursores de la moda futura.



JEAN PATOU

Boda de la señorita Patiño con el marqués del Mérito

La boda de la señorita Patiño, hija del excelentísimo señor ministro de Colombia, con el marqués del Mérito, fué acontecimiento mundano de alta importancia. El magnífico hotel de la Avenida del «Bois», domicilio de los padres de la joven desposada, deslumbraba con sus luces, y los regalos recibidos fueron de una suntuosidad rara vez igualada. El «todo París» se apiñaba en la ceremonia religiosa, bendecida por S. E. el nuncio del Papa.

La nueva marquesa llevaba precioso traje de tupido raso ligeramente bordado con strass y cuentecitas, bastante ajustado por detrás, donde terminaba en larguísima cola, casi completamente cubierta por el maravilloso velo de encaje.

Las ocho damas de honor (a la izquierda) se ataviaban con muselina de seda capuchina muy clara; falda muy ancha, alargada en los lados; gran cuello por detrás. La señora de Patiño vestía traje azul noche, enteramente bordado con cuentas dispuestas en bies y a lo largo. Finalmente, la señora de Ortiz, hermana de la novia, iba con traje de muselina de seda capuchina, más oscuro que el de las muchachas que formaban el cortejo de honor. Jean Patou había realizado este hermoso conjunto de elegancias.

¿Y las chucherías?, os preguntaréis seguramente. No son muy numerosas, porque los vestidos abigarrados disminuyeron de importancia. Nada resulta tan «año pasado» como las joyas de fantasía; sólo algunos collares son llevables todavía si forman conjunto con el traje y si sus colores se eligieron acertadamente. Los guantes son bastante largos, plegados encima del brazo o sencillamente fruncidos en las muñecas. Poca o ninguna fantasía; todo lo más, un puño perforado, de vez en cuando. Se habla mucho de los guantes bordados o incrustados, pero no se ve rastro de ellos en las reuniones elegantes; únicamente la suecia de color delicado es de rigor. El gris pálido, beige extraordinariamente claro, y el palo de rosa son los colores que destronaron implacablemente el blanco.

En cuanto a los zapatos, si el lagarto persevera en sus triunfos, la serpiente se volvió a escape hacia los bosques, de donde no debió haber salido jamás. El zapato bajo va adornado con una fina pestaña de color claro o blanco; los que son muy descubiertos en los lados, como las sandalias, de dos pieles distintas: puntera de cabritilla y tacón de lagarto, por ejemplo. No creo pueda citarse como de buen gusto las incrustaciones demasiado vistosas y los mosaicos de cuero. El atavío de una mujer verdaderamente elegante es con-

Ahí encima, dos nuevas boinas. La de la izquierda es de terciopelo beige, *y la barreta va plegada bajo un broche de esmeraldas; la de la derecha es de jersey amarillo, plegada sobre un fondo de fieltro del mismo tono.*



Debajo, el sombrero llevado el día de los Drags *por la señorita Martínez de Hoz; el fondo es de terciopelo negro plegado; el ala, de encaje de crin muy ligero. Este sombrero causó gran sensación.*

En el plano inferior, sombrero grande de original forma, llevado en las carreras por la baronesa Eduardo de Rothschild. Está hecho enteramente con tiras de terciopelo gris oscuro, gris claro y rosa muy pálido.



En el centro, fieltro verde oscuro, llevado por Mrs. Bendir; desciende marcadamente encima de la nuca, descubriendo mucho la frente. Un velillo diáfano cubre los ojos, dulcificando las facciones.



Jean Patou - Reboux

junto en el que ningún detalle debe atraer especialmente la mirada.

Las fiestas nocturnas de la gran temporada fueron de extraordinaria magnificencia. No recuerdo haber presenciado frecuentemente tanta elegancia reunida como en los viernes de los Ambassadeurs. El golpe de vista era un prodigio de lujo y riqueza. Mucha muselina de seda florida todavía. Noches admirables. Los largos picos de las faldas rozaban el suelo; los plegados y caídas de los hombros revoloteaban al bailar... Rompiendo esta armonía de colori-

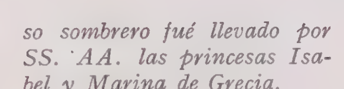


Un sombrero cuyo fondo es de paillasson *azul claro, y el delantero de fieltro del mismo tono.*



Boina plegada en un lado, de fieltro gris. Algunas jaretitas subrayan la tira colocada encima de la oreja.

En el centro, un gran sombrero de bakou *amarillo, adornado con* gros-grain *anudado en un lado. Este hermo-*



so sombrero fué llevado por SS. AA. las princesas Isabel y Marina de Grecia.



Gracioso sombrero de fieltro negro, recortado encima de la frente y ceñido con una cinta de gros-grain *del mismo tono, la cual pasa por dos ojales en el delantero. Ala muy larga encima de la nuca.*



Nueva línea, la cual estará en boga este invierno. El sombrero, de fieltro negro, va muy levantado por un lado y bajo en el opuesto; el ala va cortada en un lado. No puede darse tocado que mejor siente.



La moda, afeminándose algo más, parece volver a conceder derecho perdido a los saltos de cama o batas de lujo, llamadas deshabillés.

Los grandes modistos los hicieron preciosos, con línea elegante y flexible. He aquí, por ejemplo, a la izquierda, uno, de georgette *rosa y encaje de Alenzón crema, con la parte alta enteramente trabajada con plieguecitos. En el centro,* deshabillé *de muselina rosa pálido, formando una gran capa que desciende encima de las mangas. Finalmente, a la derecha, un conjunto para casa, constando de un vestido de* georgette *incrustado con encaje ocré, y un abrigo del mismo* georgette *y* crépe-satin.

REDFERN - LUCIEN LELONG - DOEUILLET DOUCET

dos, algunos hermosos vestidos de faya negra con pliegues amplios, muy largos por detrás; algunas fantasías plegadas en seda labrada, con el gran *pouf* 1880, en la espalda, alternaban allí con bonita diversidad. Los abrigos eran cortos, casi siempre alcanzando sólo la rodilla, y cuando no, de la misma tela que el traje, en laminado o tisú de oro laqueado o labrado, cuya nota brillante centelleaba a cada paso. Algunas capas de terciopelo, ciñendo mucho los hombros, ponían de manifiesto la pericia de Vionnet. Los cuellos grandes y bufandas echadas hacia atrás eran de piel. En el dominio de las alhajas, el collar largo de brillantes *(sautoir)*, el broche grande colocado en el lazo o anudado de los plegados y los brazaletes muy anchos, están a la orden del día; los brillantes se tallan en forma rectangular, las esmeraldas y rubíes son grabados o en cabujones.



Madame Agnés es no solamente una de las más reputadas modistas de París, sino igualmente una inteligentísima mujer, interesándose por todos los ramos del arte decorativo. Está fotografiada con un maravilloso vestido de muselina laminada—fondo encarnado—, el cual es una de las más hermosas creaciones de Louise Boulanger. PHOTO D'ORA - LOUISE BOULANGER

Todos esos refinamientos de lujo, esas riquezas, deslumbraron con incomparable brillo, hasta el día del Gran Premio. Y luego... bruscamente, desapareció todo, esfumado, fundido, como en leyendas de hadas. Extrañaba no ver en los Campos Elíseos calabazas enormes, que fueron en su día admirables «Hispanos», y ningún príncipe halló en sus avenidas, de pronto completamente desiertas, el zapatito de la Cenicienta.

CLAUDE FRANCE

Consultorio de belleza

SARITA

Cortándoselas con tijeras no pueden quedarla bonitas las uñas. Límeselas todos los días, partiendo de la base central de la uña hacia los lados. El limón las fortifica mucho. Con un cortacutícula se le quedarán mejor, pues como lo hace usted han de salirle algunos pellejitos. No se dé barniz, pues, además de ser perjudicial para la uña, es de muy mal gusto. Use jabón Flores del Campo, y le gustará más que el que ahora usa.

ARAGONESA

Debe usted ceder y hacer lo que la dice, puesto que lleva razón. ¿Por qué enfadarse, si usted misma reconoce que estaba más guapa antes? Me hago cargo de que ha de sufrir al principio, pero no debe importarla nada ni nadie; ¿comprende? Además, puesto que, según me dice, sólo se lo ha dado una vez, en poco tiempo volverá a tener su primitivo color. El Humo de Sándalo es para sombrearse los ojos. Favorece mucho; puede usarlo sin ningún temor.

UNA DACTILÓGRAFA

El Jugo de Rosas líquido es lo mejor para los labios, puesto que no se quita fácilmente, evitándose con él el dejar señales en las servilletas y pañuelos. Pero si, como dice usted, quiere una cosa más barata, puede comprar un lápiz de Jugo de Rosas, y le costará tres reales. El tono granate es el más bonito.

NADINE

Señorita: Yo no puedo, como usted comprenderá muy bien, aconsejarla en asunto tan delicado y expuesto. Consúltelo con un especialista y, si él la da su conformidad, puede usted entonces hacerlo, segura de su resultado y sin temor a las consecuencias. La nata de leche es muy buena para el cutis. Désela por las noches al acostarse. Puede colorearse las encías con Jugo de Rosas.

RENÉE

Para las mejillas puede usar Arrebol. No haga usted caso de lo que la dicen. Lo que usted usa no puede perjudicarla de ningún modo. ¿No será efecto del jabón? Hay cutis que no resisten ninguna clase de jabón, aunque éste sea bueno y a otras personas no las perjudique.

MARIBEL

Consejos útiles

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12.646.

LA FAENA CUMBRE DEL MES DE AGOSTO



EL "VERANO" DEL LABRADOR







Una atrayente «labradora», digna de inspirar los amores que inspiró Dulcinea del Toboso
(Foto Marín)

AYER



EL «mar de espigas», la dorada mies que, acariciada por la brisa, cubría el campo, vino a tierra, cortadas las cañas por la hoz, o mordidas por los dientes de acero de las cuchillas de las máquinas.

En la selva virgen los de trigales, sólo cruzada por perdices y liebres, se abrieron paso los segadores.

Lentos, sudorosos, pecho al aire, encorvado el cuerpo sobre la tierra, los sufridos hijos de Galicia y otras regiones españolas caminaron un día y otro en una atmósfera de fuego, como guiados por misteriosa fuerza, sin jamás rendirse al cansancio.

Máquinas agavilladoras y atadoras —cual raros molinos de ilusión que a «resucitar» Don Quijote reputara descomunales gigantes—, girando las aspas de madera acercaron mieses a sus mandíbulas.

El progreso y la tradición hicieron su obra. Nuevos horizontes... La selva de oro fué rastrojo. Y en el misterio de los haces de trigo, los carros llevaron a las eras la realidad de las cosechas.



Encorvado el cuerpo sobre la tierra, marchan lentos los segadores

LA TRAGEDIA DE LA AMAPOLA

Amapola fué la novia del trigo. En las amelgas mal cuidadas, las amapolas florecieron como por magia. Los poetas se dejaron llevar por la viveza del contraste evocador de los colores de la bandera patria. El trigo fué conquistado también por la flor alegre y bonita de rojos pétalos de seda. Juntos vivieron muchas horas. Pero el devaneo cesó. El trigo es ya mayor de edad y tiene serios deberes de abasto que cumplir.

¡Adiós a los campos de aventura!

Y la linda amapola ha muerto, no sin dejar semillas que permitan renovar el idilio cuando llegue otra primavera.

VERANO

El «verano», para el agricultor, no es tal o cual fecha del calendario. Ni el momento de hacer un alto en la tarea acostumbrada y escapar al mar o a la sierra. «Verano», para el sufrido labrador, es ajustar a los agosteros y reñir con los segadores, andar de las tierras a la era y de la era al granero... «Verano», es dar vueltas sobre el trillo y observar de dónde salta el viento para aventar la parva. «Verano», es trabajar todo el día bañado por el sol y cubierto por el tenue polvillo de la paja que ciega y pica. «Verano», es mal dormir en el suelo centinelas del rubio grano y salir «con estrellas» para traer carros de mies.

«Verano», es vivir en la impaciencia de lo que dará cada montañita de grano limpio; sufrir o gozar al medir y ensacar fanegas. «Verano», es la vida de ajetreo y ansiedad que no es vida. Es resolver en mes y medio el problema del año. Es, en resumen, salir de dudas. Más ricos o más pobres.

EL "VERANO" DEL LABRADOR



El «mar de espigas» que ha de convertirse en rastrojo

PARA ILUSTRACIÓN DEL LECTOR

Podríamos seguir llenando cuartillas en «plan literario». Describir la trilla, ese poema de las eras escrito por el sol; cantar la copla del mozo que dormita en pie sobre el trillo mientras guía la yunta...

Pero el lector, como el labrador que no ve trigo entre la paja, se llamaría a engaño. Es menester ponerse serio y hasta echar mano, si llega el caso, del recurso odioso de los números.

Manos a la obra.

LA IMPORTANCIA NACIONAL DEL CULTIVO DEL TRIGO

España dedica al cultivo del trigo en «números redondos» —única clase de números a que pensamos referirnos —4.300.000 hectáreas. Muy pocas comparadas con la extensión mundial correspondiente a dicha gramínea y que el Instituto internacional de Agricultura de Roma estima en 101 millones de hectáreas, pero muchas en relación a la superficie consagrada a otros cereales.

Todas las provincias españolas en mayor o menor proporción cultivan trigo. Corresponden los primeros puestos de rendimientos a ambas Castillas, Andalucía, Aragón, Cataluña y Extremadura, siendo las provincias más productoras —alterable el orden con los años —Burgos, Toledo, Badajoz, Albacete, Valladolid, Sevilla, Granada, Córdoba, Navarra, Cuenca, Palencia, Zamora, Zaragoza, Salamanca y Ciudad Real.

Las provincias que más recogen no son siempre las que más siembran. Ello depende del rendimiento unitario, variable con el clima, suelo y cultivo, oscilando, según los años y casos, entre 7 y 14 hectolitros por hectárea.

La cosecha global, obtenida casi toda en secano —el regadío suma 250.000 hectáreas —, varía de 35 a 41 millones de quintales métricos, salvo casos excepcionales.



Los dedos de madera de las grandes aspas giratorias de la máquina segadora acercan la mies a las cuchillas

Una cosecha puede reputarse normal si está comprendida entre 38 y 40 millones de quintales, que a los precios de los últimos años suponen más de 1.800 millones de pesetas, la paja aparte.

Como la producción mundial de trigo, a los precios de España, supondría 44.000 millones de pesetas, el valor de nuestra cosecha viene a ser un 4 % de la mundial.

EL CONSUMO DE TRIGO

El trigo requerido por el país es función de tres factores distintos. Uno, lo consumido por la población en concepto de pan; otro, lo gastado por la siembra anual de este grano, y el tercero, lo empleado en fabricación de pastas para sopa, pastelería, fecullería, etc.

Son diversos los cálculos realizados por economistas y agrónomos. Tomando los más fundamentados de unos y otros, se estima el consumo español de trigo en 40 millones. Esto sobre la base de fijar el consumo *medio* por habitante en 154 kilos de trigo anuales y el consumo *medio* de siembra a razón de 1,20 quintales métricos por hectárea.

No sólo de pan «de trigo» vive el hombre. En algunas regiones —Galicia, Asturias, Santander —se hace cierto consumo de pan de centeno o de maíz que disminuye poco a poco. En la provincia de Valencia se autorizó en los últimos años, a título de ensayo, la mezcla de la harina de trigo con un 10 % de harina de arroz. Pero éstos son casos excepcionales. Los españoles sólo comemos «oficialmente» pan de harina de trigo. Luego, ¡sabe Dios lo que comeremos!

LA COSECHA QUE SE RECOGE

Es pronto, aún para dar cifras. Sólo pueden aventurarse impresiones.

Ambas Castillas, Andalucía, Extremadura, Navarra, las prin-



Desde la madrugada a la noche, los carros llevan a las eras el misterio de los haces de trigo



El sol de agosto es el más útil auxiliar de la trilla.



Cuando el aire sopla propicio «arrunde» el aventado con bieldos

cipales zonas trigueras, acusan una cosecha regular, aceptable, pero sin llegar francamente a buena. En Cataluña, donde la cosa iba mediana, se arregló bastante a última hora. No así, por desgracia, en Aragón, región que recoge, sin atenuantes, una mala cosecha.

El más reciente avance oficial que conocemos estima la producción de este año en 38 millones de quintales. Mucho mejor que la pasada, pero corta. Aunque rectificaciones posteriores — y Dios lo quiera — eleven dicha cifra, no cubrirá las necesidades del abasto.

De no quedar algún *stock* de las cuantiosas importaciones del año último, que pasaron de siete millones de quintales, habría todavía que traer trigo, aunque sólo fuera en muy reducida cantidad. Y esto no puede, ni debe ser.

Hay que aumentar, en la relativamente pequeña proporción que hace falta, la producción nacional de trigo.

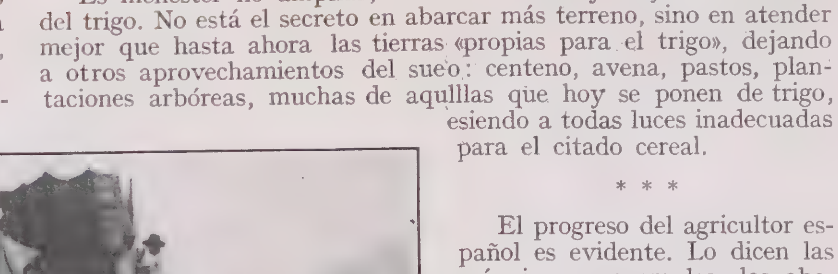
CÓMO PUEDE HACERSE EL MILAGRO

Convendría, para no ser importadores, elevar de dos a tres millones de quintales, la cosecha de trigo.

Dos millones de grano entre cuatro millones largos de hectáreas sembradas, significan medio quintal métrico por hectárea. Que donde se cogen nueve hectolitros se obtengan «mañana» nueve y medio. Nada imposible, como puede apreciarse.



En las grandes explotaciones se impone, por su rapidez y economía, el empleo de los trenes de trilla



Es menester no ampliar, sino intensificar y mejorar el cultivo del trigo. No está el secreto en abarcar más terreno, sino en atender mejor que hasta ahora las tierras «propias para el trigo», dejando a otros aprovechamientos del sueo: centeno, avena, pastos, plantaciones arbóreas, muchas de aqulllas que hoy se ponen de trigo, esiendo a todas luces inadecuadas para el citado cereal.

* * *

El progreso del agricultor español es evidente. Lo dicen las máquinas que emplea, los abonos minerales que gasta, las labores que prodiga al cultivo. Pero, en este avance feliz, se quedaba atrás la semilla. Aunque se usaban cribas o arneros y máquinas limpiadoras-clasificadoras por algunos agricultores; aunque muchos realizaban de vez en cuando el cambio de simiente, la atención al factor semilla distaba mucho de ser corriente y general.

Fué en el pasado estío, cuando ante el desastre de calidad de la cosecha se advirtió seriamente, no por varios, *por todos*, la precisión de contar con buena semilla para la próxima sementera.

A la oferta de buen trigo que hizo el Estado respondió la agricultura cerealista pidiendo más de 10.000 toneladas, de las que, por premura de tiempo y falta de oferta en condiciones, escasamente se sirvieron 3.000.



Con la máquina aventadora no hay jornada sin viento.



El momento de medir y ensacar el grano, crítico para el labrador.

EL "VERANO" DEL LABRADOR

Pero el impulso estaba dado. La propaganda de la técnica: conferencias, artículos, ponencias de Congresos, etc.; los resultados notabilísimos conseguidos con trigos de selección facilitados por las Estaciones de ensayo de semillas y otros Centros oficiales agrícolas, el ejemplo de ciertos países, como Italia, que acometieron valientemente y con éxito «la batalla del grano», creó el ambiente necesario.

Y hoy se ansían trigos selectos, trigos «de casa», que previa una depuración y mejora de las variedades que poseemos, propias para todos los usos y más diversas situaciones, permitan crecidos rendimientos al par que francas resistencias a factores adversos: sequía, royas, hielos, etc.

A ello atenderá en breve el Gobierno, no sólo procurando trigo de siembra al labrador, en forma más amplia y eficaz que el pasado año, sino mediante el Instituto de Cerealicultura, de nueva creación, organismo que, dirigido por el ilustre ingeniero Sr. Arana, llevará a cabo una intensa y beneficiosa labor conducente a la mejora del trigo y otros cereales.

Con tales orientaciones y elementos es de esperar que en plazo relativamente de pocos años cese para siempre la importación.

¡QUE VIENE EL COCO!

El coco de los cereales en general y del trigo en particular es la langosta. Ese bichillo, de aspecto inofensivo de saltamontes, cuando adulto, que hace un campo yermo del más exuberante sembrado en menos que se persigna un cura loco.

La temible plaga, que tiene, como sus análogas, períodos de recrudecimiento y depresión, causó en España incalculables destrozos durante más de medio siglo, quedando, puede decirse, que dominada por las intensas y eficaces campañas realizadas de 1923, a 1925.



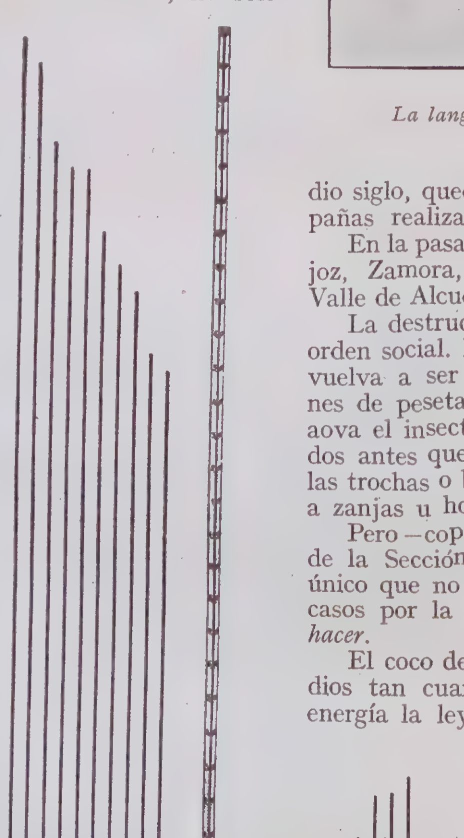
La langosta, con su aspecto de saltamontes inofensivo, es el azote de las cosechas

En la pasada primavera dió que hacer en varias provincias: Cáceres, Badajoz, Zamora, Salamanca, Guadalajara, Soria; pero su foco más intenso fué en el Valle de Alcudia, de la provincia de Ciudad Real.

La destrucción de la langosta es, más que un problema de orden técnico, de orden social. La ciencia dispone de medios eficaces para evitar que dicha plaga vuelva a ser una preocupación, una vergüenza y una sangría de muchos millones de pesetas. Las roturaciones, en otoño o invierno, de los terrenos donde aova el insecto, la escarificación a mano con azadilla, el paso de piaras de cerdos antes que el campo críe hierba, la quema con gasolina en primavera, el uso de las trochas o barreras de chapa de cinc que dirijan la masa temible del «mosquito» a zanjas u hoyos diestramente emplazados, consiguen acabar con la plaga.

Pero —copiando feliz frase del muy competente ingeniero señor Morales, jefe de la Sección Agronómica de Ciudad Real—, en la lucha contra la langosta «lo único que no tiene importancia es matarla». Lo difícil, lo imposible, en muchos casos por la oposición de los propietarios de los terrenos invadidos, *es poderlo hacer*.

El coco del cultivo cereal, motivo de no pocos abusos caciquiles y de dispendios tan cuantiosos como inútiles, está virtualmente vencido. Si se cumple con energía la ley, si no se admiten excepciones y se combaten bien anualmente, los pequeños focos que surjan, el *Dociostaurus maroccanus* dejará de hacer de las suyas en la agricultura nacional.



Las diez provincias que dedican mayor extensión al cultivo del trigo, y las diez donde éste tiene menos importancia



Al paso destructor del insecto se opone la barrera de las trochas de cinc

FINAL

Aunque dice el refrán «nunca por mucho trigo es mal año», es posible que, sin querer, hayamos rebasado ese justo medio, donde está la virtud.

Pero ya no escribimos más. Es decir, sí. Tenemos una deuda de gratitud con cierta encantadora muchacha «trigueña», para estar en carácter, que, gentilmente disfrazada de campesina, se prestó a adornar estas páginas con la belleza de su cara, tersa como el buen grano de trigo, y la firmeza y esbeltez de su cuerpo, flexible cual caña de centeno.

Sean para ella y para «ellas»: las mujeres, las que con el bieldo o sobre el trillo, o llevando la comida a los segadores, u ofreciendo, como Samaritanas, el consuelo del agua fresca, hacen menos duro «el verano», mis últimas y más amables palabras.

El «trajino» de estos meses del año tiene en su prosa agotadora ciertas lucecitas de ilusión encendidas, aquí y allá, por manos de mujer.

Mujeres amantes y sufridas. Mujeres que alegran la penosa vida del labrador con su juventud y encantos «sin compostura». Mozas como la cantada Ana María:

Agrias como una manzana,
rojas como una cereza,
frescas como una fontana.



ANTONIO GARCÍA ROMERO

GALICIA EN LA LITERATURA

Por Melchor Fernández Almagro





SUELEN ponderar las gentes la diferencia que va, según expresión popular, «de lo vivo a lo pintado». Con lo que quiere darse a entender que el modelo queda por encima de su interpretación artística. Claro que el objeto del arte no es precisamente copiar, sino producir una realidad enteramente distinta a la ya creada. Otra realidad, pues, que viva por sí misma, sin necesidad de cotejos ni miedo de confrontaciones. Pero no es menos cierto que existe, a lo largo de la Historia, un Arte de tasadas aspiraciones, que sólo trata de reproducir lo que cualquiera ve, oye, palpa... Pues bien: un Arte así concebido por fuerza tiene que resultar pálido, desairado, insuficiente, ante las bellezas múltiples y penetrantes de Galicia.

Galicia es una obra maestra de la Naturaleza. Solamente otra obra maestra en la inspiración literaria podría ofrecer atractivos análogos a los del viejo país gallego, con sus rías, con sus valles, con su aire húmedo y verde, con sus iglesias románicas, con sus brotes barrocos, con sus pazos, corredoiras y quintanas, con su blanda melancolía y el escape sensual de sus criaturas, con el milenario sabor de supersticiones y costumbres...

En el grande, abigarrado, pintoresco cuadro de España, Galicia viene a ser una nota discrepante. Otra luz, más rebajada. Otros colores más mitigados, emoción sedante de grises y verdes en escala de matices... europeos. Evidentemente, la estampa típica de España, cargada de tonos violentos, tiene bien poco que ver con este embrujado país que hace pensar en Bretaña o en Irlanda. Pero justamente esta riqueza de aspectos, esta profusión de contrapuestos atractivos, es lo que perfila la incomparable y singularísima fisonomía de España. Nada más falso ni más injusto que darle a España, como faz única, la contrahecha máscara de lo flamenco andaluz. Por fortuna y para deleite de todos, en España hay más que africanismo.

De un desarrollo más avanzado que el de la lengua castellana, el gallego, como se sabe, deparó instrumento precioso a la lírica peninsular en el siglo XII, en el siglo XIII... Las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio —o de quien fuesen— son viejo monumento que, en realidad, no sirve de punto de arranque a una gran literatura, puesto que el uso literario de la lengua gallega —de nobilísimo abolengo— no ha sido precisamente continuo. La gracia especial, la flexibilidad, la melodía del gallego, hiciéronle, a la vez que el provenzal, lengua de poetas. Pero la amplitud y riqueza verdaderamente imperial del castellano fueron dejando arrinconado este musical y lindo instrumento que hubo de agrandar siglos, para sonar de nuevo y herir los corazones con la saeta encantada de su música verbal. El renacimiento literario del gallego se produce en el momento que fué propicio a todas estas rehabilitaciones históricas. En el corazón del siglo XIX, cuando el romanticismo, en política como en estética, favorece y estimula la modulación de cualquier nota personal, vindicación de las pasiones individuales y de sus ideales colectivos que hacen de cada nacionalidad un ser vivo, irreductible a cualquier obser-



La condesa de Pardo Bazán.

GALICIA EN LA LITERATURA

vación de tipo superior. La nacionalidad, o cuando menos, la región a base del *color local*...

Así y todo, a pesar de cierto paralelismo inicial, el renacimiento gallego, allá por 1856, y la *renaixensa* catalana tienen bien poco de común. Como que el fenómeno de Galicia no irradió de forma y medida semejante al caso catalán: Paró—y en eso continúa—en simple fruición literaria. Ni el viejo Brañas ni el joven Risco logran hacer del gallego, lengua con arma de combate, un pendón de reto. La literatura catalana, por el contrario, fué mucho más allá de los juegos florales, de las revistas. de los artículos de costumbres... Al cabo de tres cuartos de siglo, pese a conatos e insinuaciones—que indudablemente merecen un examen detenido que ahora no hemos de intentar—, el gallego continúa siendo una lengua de limitado uso, que ha tentado con fruto a escritores selectos: mas forman mayoría los que prefieren expresarse en castellano.

Entre los escritores catalanes, que casi unánimemente se pronuncian por su lengua vernácula, y los vascos, que optan por la oficial del país, en su porción más cuantiosa y significativa, los gallegos fijan un término medio. A un lado quedan Curros Enríquez, Pondal, Cabanillas, escribiendo en gallego. A otro, la Pardo Bazán, Valle-Inclán, escribiendo en castellano, aunque el espíritu sea común, de indudable acento natal, sólo cualificado por las prendas personales de cada uno.

La lengua influye sobremanera en el rumbo artístico y espiritual de un escritor, en cuanto prejuzga determinadas afinidades y ciertos contactos. Por obra de su idioma, el poeta o novelista en gallego se halla más cerca de la literatura portuguesa que de la castellana. Anthero de Quental o Guerra Junqueiro o Teixeira de Pascoaes—por citar un portugués actual—contribuyen a explicar la lírica gallega mucho mejor que poeta castellano alguno. En definitiva, la lengua es la flor más genuina y auténtica de un país. Lo galaico-portugués forma una unidad literaria de patentes manifestaciones, y si necesitásemos una palabra para formular una divisa, no hallaríamos otra mejor que ésa, canonizada ya, de *saudade:* expresiva del fardo nostálgico y soñador de aquel pueblo, rico en navegantes y aventureros, más que por el viaje en sí mismo, por la emoción del regreso, por ese patético cargamento de recuerdos, quimeras, ansias y nostalgias que es propio de todo retorno.





Don Ramón María del Valle-Inclán.

Cuanto hay de tierno en el alma gallega de suave, de muelle, de quebradizo y brumoso, se incorpora, por modo ejemplar, en Rosalía de Castro. ¡En una mujer había de ser!... Rosalía de Castro—paradoja frecuente del sentimiento—se goza en sus cuitas. Se abandona a la negra y trémula solicitación de angustias y tristezas, con extraña e insistida voluptuosidad. Hace suyo todo el dolor del mundo, y se abre su alma a la emoción de un cementerio de aldea; no elude esa otra emoción, más social que divina, que transmiten los pobres segadores, camino de Castilla, acosados por la necesidad y la injusticia.

La lira de Curros Enríquez tiene más cuerdas. Posee, desde luego, la delicadeza. Pero conoce también los tonos diversos del humor, hasta extremos de ironía y sarcasmo. La fuerza e intención de sus ideas, la elocuencia, el ímpetu de las pasiones, la movilidad, realmente popular, de su musa, le capacitan para poeta de multitud. Curros Enríquez es el poeta de la conciencia civil de Galicia. Su puesto quedó vacante. Mientras la tradición, simplemente lírica, de Pondal, Lamas Carvajal y Rosalía se conserva dignamente en los versos de Ramón Cabanillas, el inspirado autor de *Vento mareiro* y *A rosa de cen follas*. No son ajenos a la inspiración de este poeta motivos y temas de carácter épico o dramático. Pero nos parece preferible el lírico que se estremece y nos estremece con la versión poética de un mundo elemental y simple: la aldea, el río, la estrella, la carreta...

* * *

Sabido es que la novela española floreció en el siglo pasado bajo los caracteres distintivos de cada región. La literatura y la Geografía se dieron la mano. Galdós quedó tan unido a Madrid, Toledo y aun toda Castilla, como Valera y Alarcón a Andalucía, o Pereda a la Montaña. En este amplio ciclo de la novela regional, que llega hasta el Blasco Ibáñez de las novelas valencianas, Galicia está representada por doña Emilia Pardo Bazán. La vida en la ciudad—Marineda, trasunto de la Coruña—, en el pazo, en la campiña, en el pueblo, en la costa, halló en la Pardo una expresión cabal, con toda la añadidura de *folklore* y de tipismo que cabe apetecer, desde el punto de vista de la novela documental.

Pero tiene razón Ramón María Tenreiro, hombre de letras muy atinado en sus juicios y palabras: gallego de pro, además: «A Valle-Inclán estábale reservada la íntima y plena comunión con el alma de su raza, y en su obra tenemos que saludar los gallegos el monumento artístico en que alcanzó más alta encarnación el verdadero ser de nuestro pueblo... Valle-Inclán es un excelso espíritu representativo de nuestra tierra. Posee, ante todo, un alto sentido lírico y musical, como es propio de un pueblo mejor dotado para la canción que para las artes plásticas. Esta musicalidad, este lirismo, junto con su interna fuerza expresiva y la abundancia de términos y giros gallegos, prestan a la prosa de Valle-Inclán la inconfundible personalidad con que brilla en medio de la de nuestros más excelentes escritores contemporáneos. Después, en el espíritu que sus obras revelan, encontramos un nebuloso fondo de melancolía, sensualidad, misticismo, sobre el cual se alza, robusta y fuerte, la perenne obsesión amatoria, sentimental y carnal, varia en sus manifestaciones, pero siempre igual en su violencia. Unida a ella, una gran fuerza viril, valor personal, coraje, bravura, la acometividad que llenó de esforzadas acciones los folios de nuestras crónicas y que aun en la decadencia actual se revela en las sangrientas refriegas que suelen armar los mozos al final de las romerías aldeanas; el espíritu aventurero que lleva a América en repetidos viajes a la mayor parte de nuestros paisanos y establece un vivo lazo permanente entre las tierras de aquende y allende el Atlántico: impulso de raza bien profunda es el que arrastra a Méjico al Marqués de Bradomín. Por último, Valle, como buen hijo de celtas, ha topado al pie de las tapias del camposanto con el cortejo de los muertos, y cobraron para él escalofriante significación los lúgubres misterios de la trasvida. Como en el rostro de Dante los espantos infernales, quedaron inextinguiblemente pintados en los ojos de este gran artista las tremendas luces fosfóricas de la Santa Compaña.»

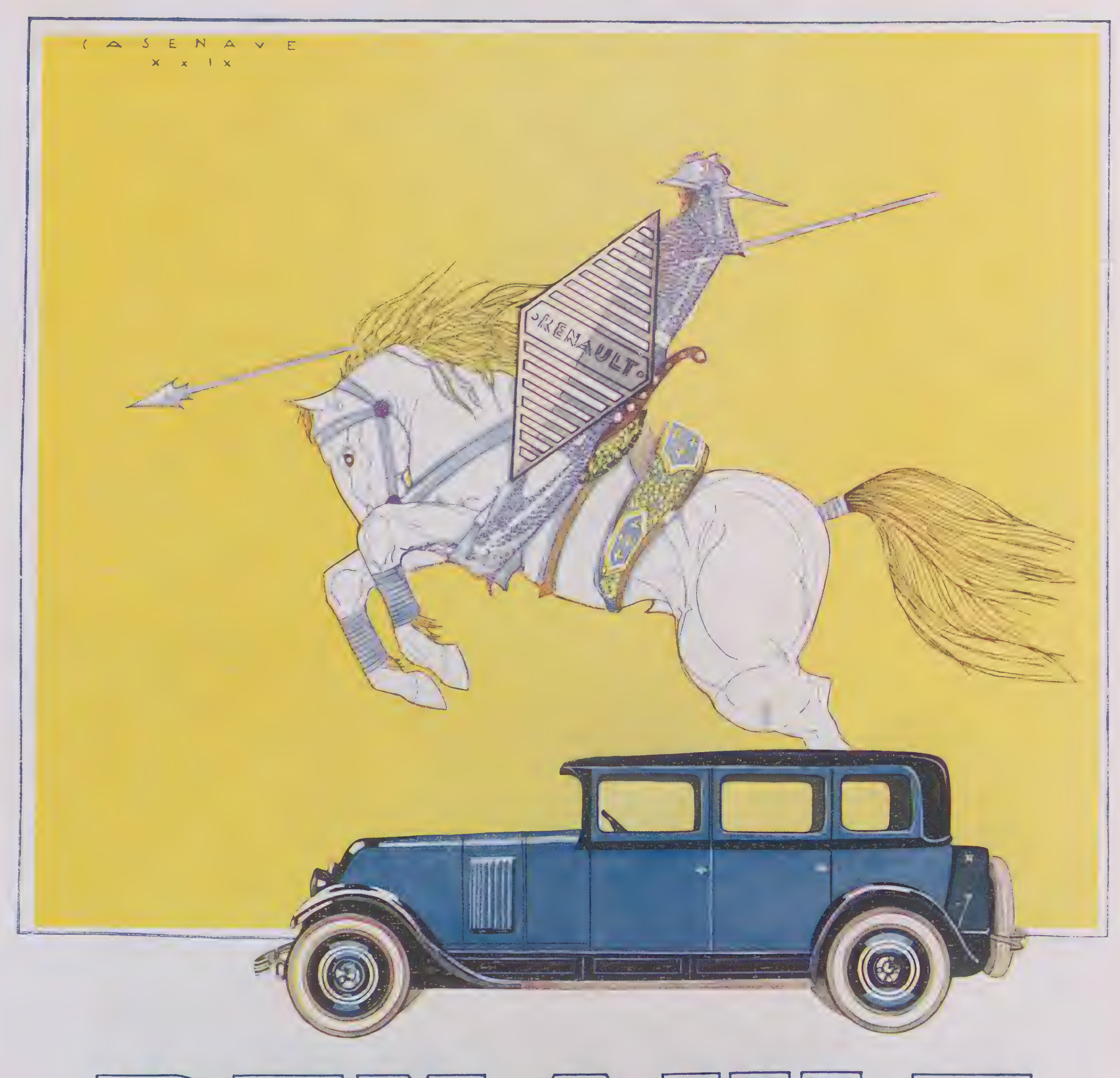
La cita es muy larga. Pero nadie ha sabido mejor que Ramón María Tenreiro precisar el galleguismo de Valle-Inclán. Y conste que el egregio D. Ramón, dada su magnitud, supera la linde regional, para proyectarse sobre el plano de la gran literatura universal.

Podemos cifrar la juventud que, indudablemente, labrará con estilo propio la Galicia del porvenir en un muchacho tan ágil de espíritu como lastrado de cultura: Eugenio Montes, catedrático de Filosofía, poeta, ensayista... escritor en castellano y en gallego, muy bien dotado de raíces en su tierra y de opciones a todos los horizontes del mundo, puede contribuir en mucho a la formación de una conciencia gallega en que se integran los legados de la historia y las ansias de lo porvenir.

Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO

Fotos Marín.




CASENAVE
XXIX
RENAULT

GRAN MUNDO



La aristocrática dama condesa de Peña-Ramiro. (Clisé Fotocolor.)

Gran Mundo

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS

La magnífica gallardía de las mujeres del santo Reino de Jaén triunfa en las elegancias juveniles de Felisa Anguita Villar, de aristocrática familia, elegida reina de la Belleza en el Homenaje a la Vejez, celebrado en la capital jiennense.





La gracia juvenil que Angelita Márquez de la Plata y Caamaño, hija de los marqueses de Casa Real, luce en esta fotografía, pregona con toda verdad las calidades de su abolengo hispanoamericano, ya que es nieta del presidente de la República del Ecuador



GRAN MUNDO



La señorita de Pla y Ruiz Pelayo, hija de los marqueses de Amboage *(Foto Zockoll)*

Gran Mundo

Galicia



La señorita de Somoza tiene la fina traza de una estampa del noventa y ocho, imaginada para poetizar las tardes del «Sporting» y las noches del «Nuevo Club»



En pocas coruñesas se habrá dado, como en la señorita de Suárez, un tipo tan representativo de la belleza que ensalzó aquel gran definidor de la gracia femenina que se llamó Gómez Carrillo



(Fotos Samaniego)

Gran Mundo Galicia



Tres cabezas adorables, en las que la belleza femenina adquiere el prestigio de lo perfecto: las señoritas de Piñeiro y Paglier

(Fotos Samaniego)

GRAN MUNDO DEL EXTRANJERO

El presidente de la «Casa de España» en Roma, señor Banda de la Bermeja, con los artistas que tomaron parte en la fiesta celebrada con motivo de la inauguración de los nuevos locales, señoritas de Pablos, Carreras, Balbis y señores Ceccarelli, Corti y Silva



Grupo de asistentes a la comida que la Legación de España en Varsovia ofreció a los recién casados condes de Zamoisky, que se celebró en la mayor intimidad a causa del luto que guarda la Corte española


Año 1905

LOS ESTADOS UNIDOS EN SEVILLA

Las instalaciones norteamericanas





Entrada del paseo del Río, en el edificio permanente, que después de acabada la Exposición quedará convertido en Consulado de los Estados Unidos.



En el año 1925, el Gobierno de los Estados Unidos aceptó la cortés invitación de España para concurrir a una Exposición Internacional que había de celebrarse en Sevilla, y se aprobó un decreto especial por el que quedaba creada una Comisión y autorizado un presupuesto de 700.000 dólares para la concurrencia a la Exposición referida.

El Presidente Coolidge nombró una Comisión para representar a los Estados Unidos en este Certamen, dándose el cargo de comisionado general al Sr. D. Thomas E. Campbell. Los otros miembros de la Comisión nombrada son: Sr. Roderick N. Metson, señora Agnes Ropplier, señora Helen Warick Boswell, señora Helen Hall Upmam y Sr. George Camerón.

En la primera reunión, celebrada en Wáshington el día 15 de diciembre de 1926, quedó decidido que los edificios que se construyeran en la Exposición fueran del estilo colonial español, o sea un desarrollo de la arquitectura misionaria que los exploradores españoles introdujeron por el sur y suroeste de lo que ahora es el país norteamericano.

El Sr. William Templeton Johnson, de San Diego (California), fué elegido como arquitecto de la Comisión.

El Gobierno de los Estados Unidos está representado en esta

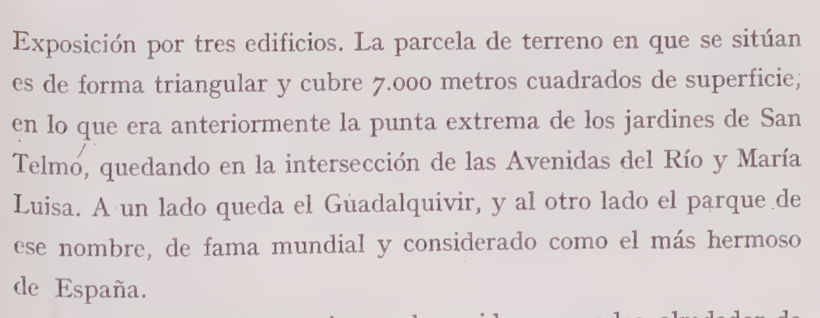




Entrada al pabellón de las Exhibiciones del Gobierno de los Estados Unidos



Entrada al cinematógrafo instalado por el Gobierno de los Estados Unidos



Exposición por tres edificios. La parcela de terreno en que se sitúan es de forma triangular y cubre 7.000 metros cuadrados de superficie, en lo que era anteriormente la punta extrema de los jardines de San Telmo, quedando en la intersección de las Avenidas del Río y María Luisa. A un lado queda el Guadalquivir, y al otro lado el parque de ese nombre, de fama mundial y considerado como el más hermoso de España.

Los edificios norteamericanos han sido agrupados alrededor de un cuadrilátero, cuya cara principal da a la Avenida María Luisa. En el centro ha sido arreglado como un jardín de rosas. Sevilla es muy famosa por sus flores, y en este jardín existen muy lindas variedades, que florecen casi todo el año; hay diversos parterres cubiertos de hierba, y los naranjos, palmeras y eucaliptos dan el toque final, que convierte estos terrenos en jardines dignos de figurar al lado de su vecino, el Parque de María Luisa.

Uno de los edificios, que es permanente y tiene dos pisos, ha sido construído alrededor de un patio triangular. Este edificio quedará convertido en Consulado, con viviendas para el cónsul y viceconsul, una vez terminada la Exposición. También hay en este edificio una habitación muy amplia, que será destinada a biblioteca y sala de lectura, además de lo cual contendrá un número escogido de obras referentes al descubrimiento y colonización de América por los españoles y portugueses. Durante la Exposición, en este edificio se albergan las oficinas de la Comisión y las instalaciones de los siguientes ministerios gubernamentales: Estado, Hacienda, Marina, Correos, Trabajo, Aeronáutica, Canal de Panamá, Cámara de Navegación, Biblioteca del Congreso, Comisión de Bellas Artes, la Oficina de Edificios y Parques Públicos de la capital de la nación y varias actividades más del Gobierno. Se intenta al mismo tiempo, por medio de este edificio y sus moblajes, poner de manifiesto las condiciones de las viviendas norteamericanas.

Los dos edificios provisionales son de la misma clase de arquitectura que el edificio permanente. Uno de éstos es un salón de cinematógrafo, con capacidad para 350 personas cómodamente sentadas, y equipado con las instalaciones más modernas en todos los detalles. En este edificio se proyectan regularmente programas de cine que dan a conocer distintas fases de las actividades del Gobierno que no pueden demostrarse bien por medio de exhibiciones fijas, tal como son: faenas agrícolas, proyectos de riegos, aprovechamiento de tierras, construcción de carreteras, etc. También forman parte de estos programas varias películas ilustrativas de las distintas operaciones en las industrias más importantes. Además de las películas mencionadas se han obtenido, mediante la cooperación de los productores y distribuidores de películas de los Estados Unidos, algunas cintas históricas, en las que se retrata la historia y desarrollo de Norteamérica.



Entrada principal del edificio permanente que ha de ser Consulado.



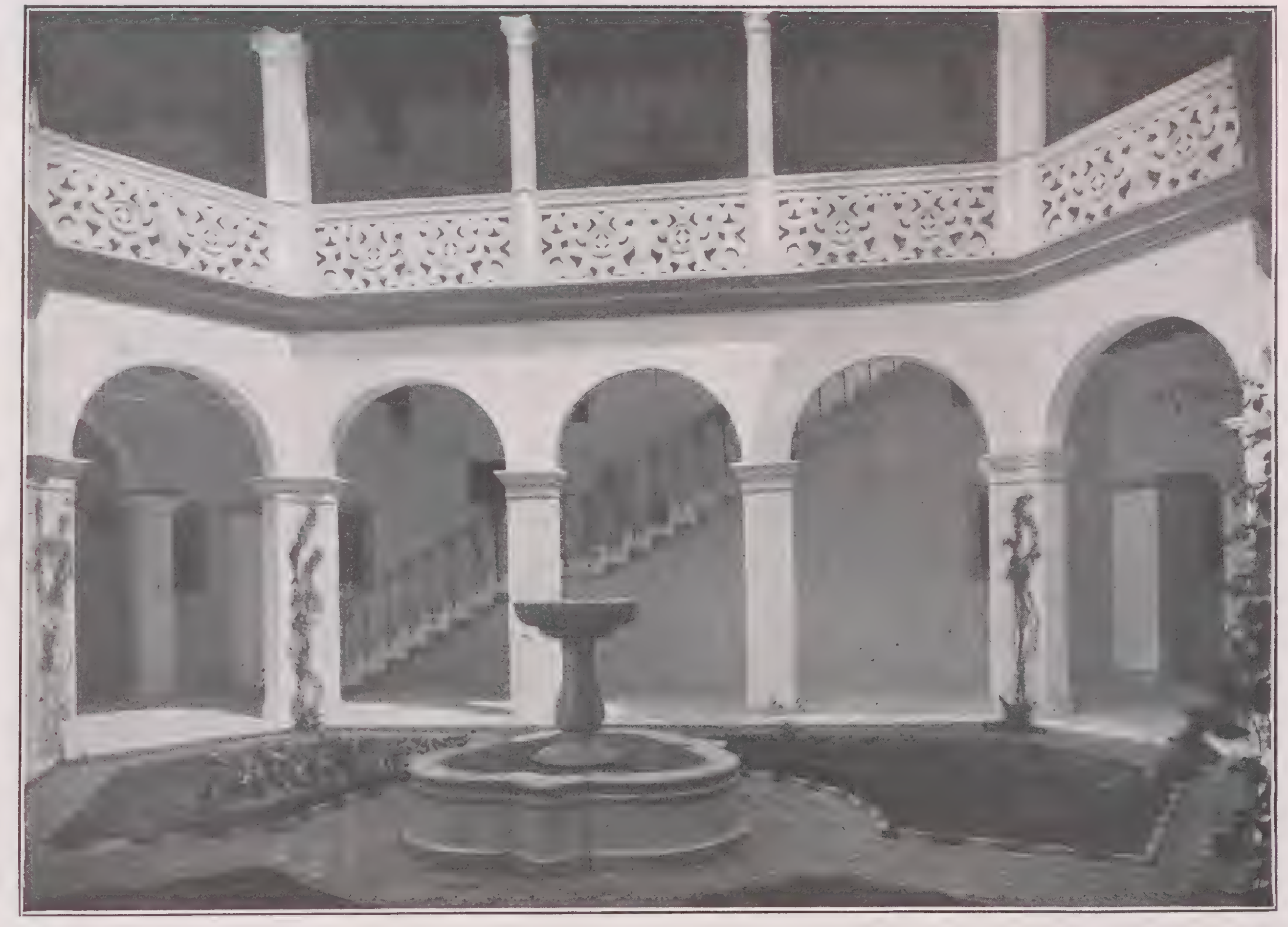
Vista interior del pabellón de Exhibiciones del Gobierno norteamericano



Aspecto exterior del edificio en que se ha instalado el cinematógrafo.

LOS ESTADOS UNIDOS EN SEVILLA





Interior del edificio permanente, mostrando la fuente de patio.

El otro edificio provisional es el Palacio de Exhibiciones, y está destinado a albergar las instalaciones gubernamentales de mayor tamaño, como son las de los ministerios de Agricultura, Interior, Hacienda y Comercio. En este edificio también puede verse el cuadro de mando de la instalación de la Víctor Tallcing Machine C.°, ofrecida por esta entidad en colaboración con el ministerio de Comercio, mediante cuya instalación se puede suministrar música a cualquiera de los tres edificios, o al altavoz exterior, el cual permite oír la música por todo el recinto.

Otro hecho importante de la instalación norteamericana ha sido la visita de la Banda de los Estados Unidos, que se ha especializado en música de todas las Repúblicas americanas. Se han dado conciertos, especialmente dedicados por secciones a cada una de las Repúblicas americanas que concurren a la Exposición.

Las exhibiciones de los Estados Unidos son exclusivamente gubernamentales. Se puede obtener espacio para instalaciones comerciales en las galerías que la Exposición tiene reservadas a este efecto.

Al preparar la instalación norteamericana se procedió a una selección cuidadosa, a fin de dar más importancia a los asuntos en que España, Portugal y las Repúblicas americanas tienen mayor interés.



Un hermoso aspecto del jardín en que se levantan los pabellones norteamericanos.

(Fotografías y notas facilitadas por la Comisión permanente de los Estados Unidos en la Exposición Iberoamericana de Sevilla)

CÓMO SON NUESTROS FINANCIEROS

EL MARQUÉS DE CORTINA

PORFIANDO

De los porfiados es el reino de las *interviews*. Tal ha sido mi insistencia, que el marqués de Cortina, que en otras ocasiones resistió brava y tenazmente, no ha tenido en ésta otro remedio que darse a partido. ¡Ah! pero con condiciones; con estrechas y severas condiciones. Y anticipando desde luego un rotundo fracaso en mi pretensión. «Es evidente—me escribe—que no tengo derecho para negarme a recibir a usted, y en su consecuencia puede venir por el Banco cualquiera de estos días, a las doce; pero lealmente le advierto fuera a perder el tiempo, porque estoy completamente resuelto a no hacer declaraciones de ningún género, ni políticas ni económicas...»

El *programa* no es muy halagüeño, que digamos; pero no importa. Sin hablar de política, el ilustre marqués resulta de fijo tan interesante para el gran público como hablando de ello. De lo que sí estamos ciertos es de que su promesa intensa de reservar todas sus ideas en el terreno económico ha de quedar quebrantada. Para que el marqués de Cortina desdeñe las armas financieras sería preciso que volviera a nacer para dedicarse a agricultor o a músico. Y aun así no estamos muy seguros de que en la interpretación de estas sencillas y pacíficas actividades no surgiera el renovador, el revolucionario—en la acepción más noble de la palabra—que diera vida a una nueva agricultura o a una música nueva, gracias al esfuerzo de creación y organización que informa a nuestro ilustre interrogado.

COSMÓPOLIS se muestra agradecida a la deferencia del marqués de Cortina resignándose a constituirse en *prisionero* de la curiosidad pública y llevando su galantería al extremo de violentar su propósito de pasar inadvertido en la grata penumbra del anónimo con tanta mayor unción deseada por quien más ha visto y ha vivido más.

Ya estamos en el Banco Español de Crédito. El antiguo edificio de la Equitativa, cifra y resumen de la elegancia arquitectónica de una época, enfila su proa hacia la calle de Alcalá, como un trasatlántico pronto a elevar el ancla. No sé qué tiene de dinamicidad externa este edificio, que siempre me lo he figurado de la misma manera: como un barco parado a cuyas bordas un paisaje frívolo—cuando en él estaba el Círculo de Bellas Artes—esperaba impaciente la hora de la salida. La frivolidad ha huído, pero sigue conservando su traza de gran trasatlántico, empeñado ahora en travesías de mayor enjundia. Y ahora como antes, desde los *muelles* de la calle de Sevilla dan ganas de sacar un pañuelo y agitarlo con deseo de suerte y bonanza en el crucero.

El capitán de esta nave, curtido en todas las borrascas de la vida, ocupa su camarote en la mismísima proa: en la rotonda del edificio. Nada de enojosas antesalas. Rápidamente llegamos al salón de Consejos, donde trabaja el marqués de Cortina. Todo entonado, elegante. Los divanes rojos armonizan con la sencillez del aposento, sin arrequives ni barroquismos de mal gusto. Algunos óleos—retratos de financieros ilustres—adornan las paredes. Y en una mesa de trabajo, ni más suntuosa ni menos cargada de papeles que la de cualquier jefe de sección del Banco, el piloto de esta nave financiera sigue dando trabajo a su vista cansada en plena canícula de verano madrileño, tórrido y asfixiante. Y previa la *pose* para que Marín tire unas placas, con la protesta inútil del marqués, hablamos con éste. Unas nuevas disculpas que atajamos presurosos, y...

—¿Qué edad tiene usted, marqués?

—Sesenta y ocho años. Nací el mismo día que Poincaré. El 22 de diciembre de 1860. Soy ya un viejo, al que la vida ha traqueteado en demasía, y sólo aspiro a vivir tranquilo.

Advierto un acento de insinceridad en las palabras del ilustre prócer. No porque tenga la coquetería de acumularse años, como otros tienen la de quitárselos, sino porque los lleva con orgullo, diríamos, con delectación.

—¿Y qué piensa usted de esa curiosa coincidencia de su nacimiento?

—¡Qué sé yo! Acaso el signo zodiacal de aquel día tan remoto fuera producir hombres tan templados para la lucha financiera con los demás hombres. De todas suertes, me enorgullece el esplendoroso prestigio alcanzado por mi *paralelo* M. Poincaré, a quien admiro sinceramente.

Si diéramos *placet* a aquella ingeniosa teoría *moñozsequesca* de los *paralelos* pensaríamos que, efectivamente, entre Poincaré y Cortina, nacidos a la luz de un mismo día, existe una curiosa homogeneidad de destruir ambos luchadores con la fe de las ideas; ambos financieros, guiados, además, por la estrella del acierto, y ambos combatidos a lo largo de su vida por todos los vientos de la política. Es realmente interesante.

—¿Qué hubiera usted preferido ser, de no ser financiero?

—Médico—contesta sin vacilar—. Esa la profesión más de mi gusto en mis mocedades. Hubo que plegarse, sin embargo, al consejo y al gusto de los allegados, que no transigían con un galeno en la familia. Y no fuí médico por eso.

Aventuramos una pregunta *capciosa* que no está en el *programa*:

—¿Hace mucho tiempo que pilota usted el Banco Español de Crédito?...

No nos engañamos. El *Banerto*—cifra telegráfica con que se conoce al citado Banco—constituye uno de sus mayores cariños, y hablar de él es siempre una satisfacción para el marqués de Cortina.

—Desde su fundación, hace veintisiete años. Por cierto que ya sólo quedamos de aquella fecha el vicepresidente y yo. Pero el Banco reunió personalidades tan destacadas como D. Cayetano Sánchez Bustillo, D. Manuel González Longoria y D. Raimundo F. Villaverde entre los españoles, y Rebonard, Villars, Thors Pereire, Noeztlin, Baeyens, de los franceses... En todo ese tiempo, ¡cuánta lucha! ¡cuánta energía! ¡cuánta tenacidad derrochadas!



El marqués de Cortina.

—¿Entró usted como consejero?

—No. Estaba designado para administrador; pero cedí el puesto al gran Villaverde, que vino a última hora, quedándome en censor de cuentas.

—¿Trató usted a Villaverde con gran intimidad?

—¡Cómo no! Y conservo de sus dotes excelentes un recuerdo sumamente grato

—¿Era tan impopular como le presentaron sus contemporáneos?—preguntamos, recordando aquellas buídas sátiras de *La peseta enferma* en *Gedeón* y de *Los presupuestos de Villapierde* en el teatro ínfimo de principios del siglo XX.

—Fué un hombre de espíritu recio, de bonísima voluntad y de inteligencia clara, que no sabía transigir con los fáciles halagos de la populachería. Pero después se le ha hecho la debida justicia.

—¿Cuáles son sus preferencias literarias?

—Me gusta leer en su propio idioma a los grandes humoristas ingleses. Y he disfrutado más que nunca devorando todas las obras de Mark Twain. ¡Lástima que en español no se conociesen una o dos obras de este fino humorista anglosajón!

—¿Y en materia de arte?

—Me gusta todo lo nuevo. Lo encuentro más jugoso, más interesante que lo clásico. Creo que responde más al espíritu de la época. Cúchares, por ejemplo, sería hoy lamentablemente abucheado en los circos taurinos. Igual sucede con la pintura, la escultura, la música...

Una nueva pregunta *alevosa:*

—¿Qué sentimiento predomina cuando se llega a la altura que usted ha alcanzado en finanzas.

—El de la responsabilidad. Y de tal manera le atenaza a uno que sólo con la conciencia del acierto en nuestras acciones puede tolerarse la tarea de orientar y dirigir 1.000 millones de pesetas ajenas. Esta es la cifra que danza ya por los balances del Banco, a través de sus 285 sucursales. Tengo para mí una máxima que, aunque parezca un poco irreverente, es tan cierta como la luz del sol, y es que «tan presto debe estar

siempre un Banco para *bien liquidar* como un cristiano para bien morir». Y así, solamente la conciencia del banquero descansa cuando está seguro de que al liquidar el Banco el accionista puede recibir la cantidad que aportó, desde luego, y algo más por añadidura, que estimula su gratitud y su buen recuerdo hacia los administradores.

—Efectivamente, es todo un programa bancario; pero ¿y si las dificultades surgen imprevistas?

—Tanto mejor, porque la fuerza del Banco no se desgasta en escarceos inútiles. El que no amedrente a éste una liquidación repentina es su mejor garantía.

Hace ya rato que deseo hacer al marqués unas preguntas, cuyas respuestas corresponden al santuario debe confidencial, y como, a pesar de las vueltas que doy, no hallo la fórmula, opto por soltarlas a boca de jarro:

—¿Cuáles han sido la mayor satisfacción y la mayor amargura de su vida?

—Sin concretar, puede usted poner que la mayor amargura ha representado siempre para mí la injusticia y la vejación. Y el gozo mayor, por antítesis, el restablecimiento de la justicia y de la consideración que creo merecer.



El marqués de Cortina en su despacho.

—¿Y concretando, marqués, a momentos determinados?

—Concretando, dejaré a un lado los sinsabores y contrariedades para hablarle de un momento de mi vida en que me sentí realmente satisfecho. Fué durante la guerra europea y con ocasión de una embajada difícil que me fué encomendada por el Gobierno. Se trataba de concertar con Inglaterra un convenio mercantil favorable para nuestro comercio, y no pude negar mi colaboración a tan patriótica empresa. Fuí a Londres y desplegué allí, con excelente voluntad, todas mis dotes de inteligencia y de trabajo. El resultado fué que obtuve más de lo que se me exigía y concedí menos de lo que estaba autorizado para conceder. Y cuando, satisfecho del resultado de mi gestión, me disponía a regresar, algo raro, extraordinario e inaudito advertí que me hizo poner en guardia. La causa germanófila había ganado no pocos sectores de la política y de las instituciones; los informes de nuestro embajador en Berlín—que juzgué siempre equivocados, el tiempo me dió la razón—dieron una vuelta completa a la ideología gubernamental. El caso es que en el surexpreso y ya dentro de España me enteré de que el Gobierno que me enviara a negociar con Inglaterra había sido derribado. En mi maleta tenía todo el *dossier* de las negociaciones y los telegramas cruzados, aquello constituía mi tranquilidad, pero no podía representar la ratificación del convenio, y en este caso, ¿cómo iban a quedar de allí en adelante nuestras relaciones con Inglaterra? Confieso que esta contingencia me desasosegó bastante. Pero mi inquietud no podía imaginar siquiera las derivaciones que aquel lance iba a tener. Con decirle a usted que después se me comunicó que de haber sido militar se me habría fusilado, queda dicho todo...

—Entonces, ¿la satisfacción a que antes se refería?

—Vino después, cuando de este mismo despacho fuí sacado poco menos que a la fuerza para jurar el cargo de ministro, con ánimo, sin duda, de quitarme el amargor de boca y premiar de paso mis buenas cualidades de zahorí.

—¿Y ahora no espera usted alguna reparación por el estilo?

—De ninguna manera. A mi edad (aquí vuelve a asomar la pueril coquetería que por sus bien llevados años tiene el ilustre aristócrata) se recortan y pliegan las alas de la ambición. Lo peor que puede sucederle al que llega a viejo es, según frase feliz de mi abuelo, sobrevivirse, tener que acabar cantando zarzuela como Tamberlick. Y yo pienso *zarzuelear*.

—Y, sin embargo, usted es feliz.

—Ciertamente. Pero la felicidad la encuentro ya, más que en mí, en los que me rodean. Mi esposa, mis hijos, mis nietos. Los primeros años de éstos me han valido más satisfacciones y alegrías que todos mis años de política juntos. ¡Ah! y los negocios. Son también otros buenos amigos que jamás me han hecho traición. Y tan es así, que mientras mis colegas en este Banco no crean que mi presencia en el Consejo sea más perjudicial que útil, aquí estaré siempre, aunque sea a rastras...



Hablando con nuestro colaborador D. Antonio de Miguel.

ANECDOTARIO

Los mil rasgos de ingenio, de franca intención o desatinada certeza florecen a lo largo de la conversación. El marqués de Cortina es un *causeur* delicioso, capaz, como Scherezada, de cautivar indefinidamente la atención más abúlica. Hemos cumplido nuestra promesa de no hablar de política ni tocar casi las finanzas, y, sin embargo, no podemos sentirnos defraudados. Apenas hemos hecho unas deshilvanadas y vulgares preguntas, y el marqués ha colmado nuestra curiosidad con selectos salpicados de su peculiar *humour* británico. Realmente, no me puedo quejar. Pero es que, además de conversador interesante, Cortina es un escritor fácil, limpio, terso y ameno. Ahí está pregonándolo ese libro suyo reciente, *Andanzas y remembranzas*, que él pretende sea algo como un testamento literario, el colofón de su vida. ¿Será una mera galantería afirmar nuestra creencia de que aun le pueda añadir muchos capítulos a esas Memorias?

Y como lo que sí van necesitando un colofón o punto final son estas impresiones desordenadas, las cerraremos con algunos pasajes anecdóticos que el marqués refiere con inimitable gracejo.

***

En una excursión de descanso por las estribaciones de Gredos, nuestro gran financiero tuvo necesidad de los servicios de un *fígaro*. Entró en la única barbería del lugar, donde a la sazón el oficial hacía esfuerzos inauditos para ablandar la barba de ocho días a un pobre palurdo. El marqués vestía sencillamente, pero—¡oh mágico poder del cuello almidonado!—el aprendiz de *fígaro*, al verle entrar en la barbería, levantó de la silla al palurdo, dejándole con la cara enjabonada, y se dispuso a afeitar al forastero, con la inútil protesta de éste, cuyas esencias democráticas se rebelaron ante el privilegio. Pero no paró aquí la cosa, y fué que, llegado el *maestro*, quitó la navaja al oficial para seguir rasurando al nuevo cliente, mientras el oficial, lejos de reanudar su faena con el infeliz palurdo, al que el jabón se le había quedado como porcelana cocida, optó por quedarse de espectador en el afeitado del ilustre prócer.

***

Husmeando una vez en la Comisión de Presupuestos, hizo el marqués de Cortina un descubrimiento sensacional. Se estaba construyendo en la Carraca un barco que nadie había mandado construir y del cual unos carpinteros de ribera habían puesto la quilla y otros habían ido colocando cuadernas; y para que nada faltase, habían incluso bautizado al nuevo barco de guerra: se llamaría *Liniers*. Todo, sin que el Gobierno supiera una palabra.

***

Finalmente, durante una de sus estancias en Inglaterra fué invitado por los consejeros del London County & Westminster Bank. Nuestro marqués creyó asistir a un banquete protocolario, y su sorpresa fué tan grande como su desconcierto al hallarse con un ágape de tal sabor tradicional, que lo que verdaderamente le extrañó fué no encontrar a los personajes a la usanza de los héroes de Dickens: bota de campana, calzones de ante, grandes levitones y chisteritas bajas. En cuanto a la comida, cada cual cogía su plato de la chimenea, se dirigía a un aparador donde había dos fuentes, una de *rostbeef* y otra de pescado, se servía y regresaba a la mesa.

¡Encantador!...

ANTONIO DE MIGUEL

(Fotos Marín.)

CARTA DE LONDRES

El Gobierno laborista está ya en funciones; pero no realmente en el Poder, e Inglaterra permanece inmóvil, pues los jefes laboristas no son de ningún modo rojos. Apenas son, en efecto, de color clavel.

* * *

En cuanto al primer ministro, Mr. Ramsay MacDonald, es por naturaleza un idealista. Su segundo de a bordo y ministro de Hacienda es Mr. Philip Snowden, hombre que comenzó como socialista extremado, pero cuyo sentido frío y práctico de los negocios le hizo difícil seguir otro sistema que no sea el del capitalismo.

* * *

He hablado con muchos de los principales hombres de negocios de Inglaterra, y he visto que estos capitalistas, por regla general, lo contemplan a plena luz.

* * *

Después de Mr. Snowden viene Mr. James Thomas, persona muy festiva, que siempre dice que comenzó la vida como engrasador de máquinas.

Mr. Thomas es un hombre relativamente rico y jugador de corazón, el cual no sólo juega en Bolsa, sino en las carreras de caballos:

* * *

Hace algún tiempo, Mr. Thomas se encontró con lord Birkenhead en la calle, y *Jimmy* (así se llama a Mr. Thomas familiarmente) dijo: «Birkenhead, tengo un dolor de cabeza endemoniado.» A lo cual respondió F. E.: «Jim, toma dos *aspirates*. (Esto es imposible de traducir. Está empleada la palabra en el doble sentido de aspirina y de aspiraciones, aludiendo a que Mr. Thomas no aspiró las haches con que comienzan las palabras *hell*, infierno, y *headache*, dolor de cabeza).

Ya dice el autor del artículo: «Temo que esta historieta sea difícil de traducir al español.»

* * *

Sigue en importancia a Mr. Thomas, que es lord del Sello privado y además tiene a su cargo el entender en el problema de nuestro paro forzoso, sir Oswald Mosley, el cual se casó con la hija de lord Curzon, y a causa de sus ideas laboristas es el hombre más impopular en la sociedad de Londres.

* * *

Recuerdo muy bien que después de la boda de sir Oswald con lady Cynthia me encontré a Mr. Hubert Lejeune y le dije:

—¿Cómo estuvo la boda?

—Bien—me contestó—. Asistieros el rey y la reina de Inglaterra y el rey y la reina de los belgas. En realidad, era como una *mano llena* al *poker*.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—díjele yo.

—¡Hombre!—replicó—, que había dos reyes, dos reinas y el comodín.

* * *

Hasta hace poco, el West End (barrio aristocrático de Londres) se negó a tomar en serio a sir Oswald; pero aquellos que lo conocen íntimamente se han dado cuenta hace mucho tiempo de que está destinado a ser una fuerza política.

* * *

En efecto, es posible que algún día llegue a dirigir el partido conservador; por lo menos, es indudable que sigue el camino recto para ello, pues ¿no comenzó el gran Disraeli por ser un radical extremado? En esto no está solo, pues la mayoría de los jóvenes conservadores son más avanzados en sus ideas que los liberales.

* * *

Lady Cynthia Mosley tiene una hermana llamada lady Alexander Metcalfe, la cual es una mujer de gran belleza y encanto y tiene además, una renta, por derecho propio, de 8.000 libras esterlinas al año.

* * *

Se casó con el comandante (Major) «Fruity» (que tiene aspecto de fruta) Metcalfe, el cual durante algunos años fué ayudante del príncipe de Gales. El «Major» Metcalfe tiene un marcado acento irlandés y, desde mi punto de vista, es un compañero completamente delicioso.



El príncipe de Gales, en una fiesta deportiva

The Labour Government are in the saddle though not actually in power, and England remains unmoved, for the Labour leaders are by no means red. In fact, they are hardly pink.

* * *

As for the Prime Minister, Mr. Ramsay MacDonald, he is by nature an idealist. His second in command and Chancellor of the Exchequer, is Mr. Philip Snowden, the man who started life by being an extreme Socialist, but his clear-headed cold business sense makes it difficult for him to visualise in practise any other system but that of capitalism.

* * *

I have talked to many of the leading business men of England, and I have found that as a rule these capitalists view Mr. Snowden in the highest light.

* * *

After Mr. Snowden comes Mr. James Thomas a jolly fellow who always says he started life as an engine cleaner.

Mr. Thomas is a comparatively rich man adn, is a gambler at heart, who not only plays the Stock Exchange but also backs horses.

* * *

Some time ago Mr. Thomas met Lord Birkenhead in the street, and «Jimmy» said «Birkenhead, I've got an 'ell of an 'eadache», to which F. E. replied «Jim, take two aspirates».

I fear this little story is a trifle difficult to translate into Spanish.

* * *

Under Mr. Thomas, who is the Lord Privy Seal and also the man who is to grapple with our unemployment, is Sir Oswald Mosley, who married Lord Curzon's daughter and, because of his Labour views is the most unpopular man in London society.

* * *

I remember very well after Sir Oswald's marriage to Lady Cynthia meeting Hr. Hubert Lejeune, and I said to him «what was the wedding like?»

«Well», he said «There was the King and Queen of England there, and the King and Queen of the Belgians. In fact it was like a full hand at poker».

«What do you mean by that» I said.

«Oh» he replied «There were two kings, two queens, and the joker».

* * *

Till lately the West End refused to take Sir Oswald seriously, but for long those who have known him intimately have realised that he is bound to become a political force.

* * *

In fact, it is possible that one day he will lead the Conservative Party, and indeed he is going the right way about it, for did not the great Disraeli himself start by being an extreme radical. In this he is not alone for most of the young Conservatives are more advanced in their views than the Liberals.

* * *

Lady Cynthia Mosley has a sister called Lady Alexander Metcalfe, who is a woman of great beauty and charm and, incidentally, an income in her own right of £ 8.000 a year.

* * *

She married Major «Fruity» Metcalfe, who for some years was atta-

CARTA DE LONDRES

Sin embargo, hubo un tiempo en que su agregación al príncipe de Gales causó grandes celos.

Había, desde luego, un lazo de unión entre ellos, pues, como todo buen irlandés, el «Major» Metcalfe era aficionado a los caballos.

* * *

Durante los meses de verano, el príncipe de Gales cambia algo sus pasatiempos, pues se ha hecho gran devoto del *golf*. Como trabaja con tesón, su juego mejora rápidamente.

* * *

En efecto, la única diferencia entre él y el jugador de primera categoría es su modestia innata. Si Walter Hagen, con quien jugó en una ocasión, pudiera infundir en el príncipe un poco de su arrogancia, creo que el príncipe de Gales reduciría muy pronto su *handicap* a seis.

* * *

El príncipe juega muchísimo al *golf* con James Braid en Walton Heath. Braid es un escocés que comenzó su vida como carpintero y ha ganado, según creo, el campeonato libre cinco veces. Es uno de los hombres más agradables que conozco.

* * *

La semana pasada, Nightingall, el entrenador, fué a la tienda de Braid y le dijo:

—James: Yo no sé dar impulso a la pelota. ¿Quiere usted darme una lección?

Y el gran hombre respondió:

—No dispongó más que de diez minutos, pero haré lo que pueda en ese espacio de tiempo.

Nightingall colocó diez pelotas en el *tee* (montecillo donde se pone la pelota para el *golf*) y lanzó nueve de ellas al primer prado, que se hallaba a 290 yardas de distancia.

* * *

—¿Qué hizo usted entonces, James?—dije yo.

—Le dí las gracias por la exhibición—respondió Braid en franco escocés, añadiendo plácidamente—: Y luego regresé a mi tienda.

* * *

Otra vez, Braid estaba jugando el décimotercero agujero en Walton Heath y lo hizo de un solo golpe. Había un socio observando cerca del prado; pero, a pesar de haber sido testigo de la hazaña, nunca dijo una palabra.

* * *

James estaba un poco sorprendido de esta taciturnidad y se dirigió a aquel socio, el cual le dijo:

—La última vez que he visto hacer un agujero de un solo golpe fué en La Hinch, donde usted lanzó la pelota sobre una colina al prado. Estaba yo sentado al borde y vi la pelota venir y deslizarse despacio en el agujero.

* * *

Esto me emocionó, y cuando llegaron los jugadores me lancé a su encuentro y felicité al autor de la proeza, diciéndole:

—Usted ha hecho un agujero de un solo golpe.

En lugar de mostrar contento, el jugador me dió un puñetazo en la mandíbula inferior, exclamando:

—¡Quite allá! Esta es la quinta vez en esta semana que algún maldito imbécil se sienta en el prado y mete la pelota en el agujero, pretendiendo que soy yo quien lo ha hecho de un solo golpe.

* * *

El premio de más valor del mundo en el *golf* es el *handicap* propuesto por el White's Club, y este año fué ganado por el capitán Westmacott. Vale de 2.000 a 3.000 libras esterlinas.

* * *

La gente no acostumbra a jugar grandes sumas ahora, si bien me acuerdo de los días de Coombe Hil, en que miles de libras cambiaban frecuentemente de dueño todos los domingos. Uno de los mayores jugadores era el «Major» Mundy.

* * *

Se me acercó a mí un día, y aunque yo era relativamente un extraño para él, me dijo:

—¿Quiere usted jugar mañana?

A lo cual le respondí:

—Ciertamente.

Él dijo:

—*All right* (muy bien). Le llevaré a usted en el *auto* a Addington.

* * *

El «Major» Mundy tenía un «Rolls Royce» que acostumbraba a conducir él mismo a una velocidad temeraria, hasta tal punto que le hice observar varias veces el peligro que corríamos; pero no me hizo caso.

* * *

Cuando llegamos al primer *tee* me dijo:

—¿Cuánto quiere usted jugar?

Y yo le respondí:

—Oh, unas cinco o diez libras.

—¡Por Dios!—respondió—. Si yo hubiese sabido que usted no iba a apostar dinero, no le habría invitado a jugar.

* * *

Esta manifestación me molestó, y le dije:

—¿Qué quiere usted?

Él respondió:

—Jugaremos cinco *matches* (partidas). Jugaremos mano a mano, y luego usted cede una, dos, tres y cuatro a cien libras cada una.

* * *

Me vi tan comprometido, que acepté y por fortuna jugué mejor que sabía, con el feliz resultado que gané todo, incluso el *bye* (agujero o agujeros que se juegan después de terminado el *match*).

Al décimoséptimo agujero, cuando hasta el *bye* había acabado, me dijo:

—Ahora jugaremos el doble o la paz al *bye-bye* (agujero o agujeros que hay que jugar después del *bye*).

ched to the Prince of Wales. Major Metcalfe has a strong Irish brogue and from my point of view is an altogether diligthful companion.

* * *

Nevertheless, there was a time when his association whit the Prince of Wales caused much jealousy.

There was of course a common bond between them, for like every good Irishman Major Metcalfe is devoted to horses.

* * *

During the summer months the Price of Wales changes his pastimes somewhat for he has become a devoted golfer. He works extremely hard and his game is improving rapidly.

* * *

In fact the only thing that stands between him and a first class game is his innate modesty. If only Walter Hagen with whom he played when he was over here, could, infuse into the Prince a little of his own arrogance I believe that the Prince of Wales would very soon reduce his handicap to round about six.

* * *

The Prince plays a great deal of his golf with James Braid ay Walton Heath. Braid is a Sotsman who started life as a carpenter and has, I think won the Open Championship five times. He is one of the most charming of men I.

* * *

Last week Walter Nightingall the trainer went into Braid's shop and daid «James, I cannot drive. Will you give me a lesson?» and thegreat man replied «I haveonly ten minutes, and I will do what I can in that period». Whereupon Nightingall tee-ed up ten balls and drove nine of them on to the first green two hundred and ninety yards away.

«What did you do then, James» I said.

«I thanked him for the exhibition» answered Braid in broad Scots, adding placidly» and then I walked in».

* * *

Another time Braid was playing the thirteenth hole at Walton Heath and did it in one. There was a man watching by the green, but despite the fact that he had witnessed the feat he never said a word.

* * *

James was a trifle surprised at this taciturnity, he met the member who said to him «The last time I saw a hole done in one was at La Hinch, where you drive your ball over a hill on to the green. I was sitting on the bank and saw the ball coming over and slowly trickle into the hole.

* * *

I was excited at this and when the players arrived I dashed forward and congratulated the striker, and said, You have done the hole in one'! Instead of being pleased the player struck me under the jaw and said «Confound you!This is the fifth time this week some damn fool has sat on the green and put the ball in the whole and pretended that I had done a one!

* * *

The most valuable golf prize in the world is the handicap put up by White's Club, and this year in was won by Captain Westmacott. It is worth from £ 2.000 to £ 3.000.

* * *

People do not usually play for high stakes now, though I can remember the day at Coombe Hill when thousands pounds used to change hands every Sunday. One of the biggest gamblers there was a Major Mundy.

* * *

He came up to me one day and though I was a comparative stranger he said «Would you like to play tomorrow?», to which I replied «Certainly».

He said «All right.» I will motor you down to Addington.

* * *

Major Mundy had a Rolls Royce which he used to drive at an altogether reckless speed, and I remonstrated with him several times on the danger we were running, but this did not effect him.

* * *

When we arrived at the first tee he remarked «What do you want to play for?» and I replied «Oh, about £ 5 or £ 10».

«Great heaven!» he replied «If I had known that you would not bet I would not have played with you».

* * *

This statement somewhat annoyed me and I said.

«What do you want?»

He said «We will play five matches. We will at all square, and then you give 1 up, 2 up, 3 up, and 4 up for £ 100 apiece».

* * *

CARTA DE LONDRES

Yo le dije:
—No, ya es bastante como fiesta.
—Le llevaré a su casa—dijo.
Pero yo le respondí:
—No, no. Tomaré un *taxi*.
Aquellos días han pasado para siempre.

* * *

Peter Haig Thomas, que al acabar la guerra creó un gran movimiento financiero, era otro gran jugador de *golf;* pero ahora no quedamos ninguno.

* * *

Ascot se celebró, desde luego, durante el mes pasado o cosa así. Esta extraña fiesta está señalada por las carreras de caballos, aunque la mayoría de los espectadores no estén enterados del hecho, pues desde el recinto real es casi imposible ver lo que ocurre.

* * *

Este recinto real resulta un anacronismo peculiar. Comenzó llenándose de amigos personales de los reyes, y fué poco a poco ampliándose, hasta estar ahora lleno de gente.

* * *

Lord Churchill, que es un hombre divertidísimo, tiene a su cargo la misión de seleccionar, aunque nunca sé cómo lo hace.

Ningún hombre o mujer que esté divorciado puede entrar en el recinto, lo cual, desde mi punto de vista, debe haber obligado a muchas buenas personas a llevar a cabo esta ceremonia, pues no puedo imaginar nada que sea más pesado que Ascot.

* * *

Este año, el gran incidente ocurrió cuando a un caballero anciano se le vió sacar la pipa del bolsillo, en el recinto, y encenderla. Muchas mujeres y caballeros casi se desmayaron, y sir Harry Stonor se acercó al malandrín y le dijo:

—Aquí no se fuma en pipa.

* * *

Ascot fué una buena reunión para los apostadores, lo cual es relativamente una cosa rara, pues a todos los jóvenes les gusta mostrarse arrojados delante de las muchachas, y si ello es bueno para los *bookmakers* (apostador de profesión en las carreras de caballos), resulta malo para los padres.

* * *

Ha habido numerosas reuniones particulares en Londres, y de ellas una en particular atrajo la atención. Muy en contra de mi voluntad, fuí llevado a esta diversión, y al mirar en derredor y observar los tipos presentes, dije a un antiguo amigo mío:

—¿Qué te parece esto?

Él me respondió:

—Yo diría que los invitados a esta reunión fueron una desdicha para ambos sexos.

* * *

Esa noche hubo una trifulca. Un hombre muy conocido en Londres, que tiene una familia numerosa, siempre se dirige a su mujer diciéndole: «Madre de nueve», pues este es el número de hijos que tiene.

Empleó esta manera de designarla en cada ocasión que pudo, y todo el mundo se daba cuenta, excepto el marido, de que a la esposa le molestaba extraordinariamente este título.

* * *

La crisis estalló en una cena de última hora, en que el marido dijo:

—Ahora, madre de nueve, es tiempo de ir a acostarse.

A lo que ella replicó con furia:

—Padre de ocho, ya me acostaré cuando tenga gana.

* * *

Anoche, es decir, la noche antes de escribir este artículo, fuí al café de París. Es un sitio simpático y barato, pues nunca me cobran más de una guinea (21 chelines) por una raja de limón.

* * *

Vuestro rey estaba sentado a una mesa próxima a la mía, con una reunión organizada por lady Wimborne, y al otro lado, otra mesa estaba ocupada por el duque y la duquesa de York.

La duquesa de York es la persona más popular de Inglaterra. Su hermano, Mr. J. B. Lyón, que es un gran amigo mío, fuese a pescar el mes pasado a mi tierra, en Killarney.

* * *

Es la costumbre allí dirigirse a las personas de la clase media con las palabras: «Your Honour (Vuestro Honor). Después de un rato se supo que Mr. Lyón era hermano de la duquesa de York, y la situación social que se presentó era difícil, porque como Mr. Lyón no era lord ni príncipe no podía llamársele: «Your Lordship» (vuestra señoría), ni «Your Highness» (vuestra alteza). En aquellas circunstancias, «Your Honour» parecía insuficiente, y las gentes de allí se comprometieron a llamarle siempre «Your Royal»... (vuestro real).

I was so nettled at this that I consented to the arrangement and fortunately for myself played better than I know how with the result that I won them all and also the bye.

At the seventeenth hole when even the bye was over he said «Now we will play double or quits on the bye-bye».

* * *

I said «Not on your life. Enough is as good as a feast».

«I will drive you home» he said, and I answered «No you wont. I will take a taxicab».

Those days, however, are gone for ever.

* * *

Peter Haig Thomas, who at the end of the war created a great financial stir, was another big golfing gambler, but now there are none left.

* * *

Ascot, of course, took place during the last month or so. This strange festival is punctuated with racing though most of the spectators are not aware of the fact, tor from the Royal Ebclosure it is almost impossible to see that is going on.

* * *

This Royal Enclosure is a peculiar anachronism. It started by being filled with personal friends of the King and Queen, and was gradually enlarged until now it is packed with people.

* * *

Lord Churchill, who is and extremely amusing man has the task of selection, and how he does it I never know.

No man or woman who has been divorced is allowed into the enclosure, which from my point of view must have caused many good men or women to go through this ceremony as anything more boring than Ascot I cannot imagine.

* * *

This year the great incident was when an elderly gentleman was seen to take out a pipe from his pocket in the englosure and light it. Men women, and horses nearly fainted, and Sir Harry Stonor was seen to approach the miscreant and say «Pipes are not smoked here».

* * *

Ascot was a pretty good meeting for the backers, which is a comparative rarity for all the young men like to show themselves off as dashing fellows before the young women, which is good for the bookmakers but bad for the parents.

* * *

There have been quite a number of private parties in London and one in particular attracted attention. Much against my will I was attracted to this entertainment, and as I looked round and noticed the types present I said to an old friend of mine «Well, what do you think of this?»

He replied «I should say that the guests at this party were a disgrace to both sexes».

* * *

That night there was a row as a well known in London with a large family always addresses his wife as «Mother of Nine», for his family now number nine.

He used this term on every possible occasion and it was obvious to everybody except the husband that his spouse was getting extremely bored with this title.

* * *

The crisis came at a supper party when the husband said «Now, Mother of Nine, it is time to go to bed» and she replied with fire «Father of Eight, I shall go to bed when I feel like it».

* * *

Last night, that is the night before I wrote this, I went to the Cafe de Paris. It is a nice cheap place for they only charged me a guinea for a slice of lemon.

* * *

Your King was seated at a table next to mine with a party given by Lady Wimborne, and on the other side another table was occupied by the Duke and Duchess of York.

* * *

The Duchess of York is the most popuoar person in England. Her brother, Mr. J. B. Lyon who is a great friend of mine went over last month to fish at home in Killarney.

* * *

It is the custom there to address the gentry as «Your Honour».

After a while it became known that Mr. Lyon was a brother of the Duchess of York and the social situation that arose was rather a poser, becaus eas Mr. Lyon was not a lord or a prince they could not call him «Your Lordship» or «Your Highness». Under the circumstances «Your Honour» seemed insufficient, and the countryside therefore compromised by addressing him always as «Your Royal».

VIZCONDE
DE CASTLEROSSE



Los duques de York



Agente: Horacio Rodríguez - Alcalá, 6 - Madrid

LA EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE LAS ESCUELAS NACIONALES DE MÉJICO EN MADRID



Un aspecto de la Exposición de Escultura en los claustros de la Escuela de Escultura y Talla directa de la Universidad de Méjico, muchas de cuyas obras han figurado en la Exposición celebrada en Madrid

Dos embajadores artísticos nos ha enviado Méjico con la honrosa misión de mostrar las obras realizadas por la juventud que se educa en las Escuelas Nacionales. El escultor Guillermo Ruiz, director de la Escuela de Escultura y Talla directa, en compañía del pintor Gabriel Fernández Ledesma, director de la Escuela de San Pablo, lograron captar la atención de los españoles con esta simpática Exposición, que tan alto pone el valor espiritual de la joven República mejicana, deseosa de consolidaciones eficaces en el camino de su progresivo resurgimiento.

Nuevas inquietudes artísticas, sentidas de corazón a corazón, han puesto a prueba la juvenil virilidad de un pueblo que, sin desligarse de sus tradiciones seculares, intenta marcar lindes propias a las manifestaciones de su arte vigoroso. Los niños de las Escuelas Nacionales, que patrocina la Universidad Nacional de Méjico, van logrando adentrarse por los caminos de la más bella inquietud, para lograr este renacimiento tan sugeridor y tan digno de estímulos. Cuadros, esculturas, tallas, juguetería, todo pregona las limpias y risueñas actividades de la juventud que se debate por buscar en la esencia misma de su pueblo la verdad de un arte peculiarísimo, bravo y audaz, tan lleno de halagüeñas promesas y de realidades tan evocadoras.

Nuestro aplauso más encendido a esa juventud mejicana, y nuestro parabién a los dos ilustres artistas, Guillermo Ruiz y Gabriel Fernández Ledesma, por la embajada espiritual de que han sido tan honrosos portadores.



«La canción», por Isabel Villaseñor, alumna de la Escuela de Pintura de San Pablo



Tablero de una puerta monumental, tallada por Enrique Meyran, de 14 años

LA EXPOSICIÓN DEL TRIBUNAL TUTELAR DE MENORES





La ceremonia de la inauguración





Un aspecto de las instalaciones

En un salón del Palacio de Justicia, artísticamente decorado, se ha exhibido la Exposición organizada por el Tribunal Tutelar de Menores de Madrid con los trabajos realizados por los niños que se hallan internos en sus diversas instituciones auxiliares. Pudo calificarse de verdaderamente notable esta Exposición, en la que había muestras de lo producido en los varios talleres de ebanistería, broncista, ajuste mecánico, etc., etc. Todas las enseñanzas a que se refieren estos oficios las adquieren los menores en forma que, al salir de la jurisdicción del Tribunal, pueden fácilmente ganar su vida, como lo demostró la producción expuesta, cuyos objetos se venden en comercios de primera categoría de Madrid.

En el acto de la inauguración, el presidente del Tribunal, Sr. García Molinas, pronunció un breve discurso justificando la razón de ser de esta Exposición, cuya ceremonia fué presidida por S. A. R. la infanta doña Isabel, en representación de S. M. el rey, asistiendo el Gobierno y una numerosísima y distinguida concurrencia, que alabó los trabajos expuestos. La banda del Reformatorio del Príncipe de Asturias, formada por menores de dicho establecimiento, amenizó el acto, y el Sr. García Molinas, con la vicepresidenta y vocales, hicieron los honores, atendiendo a los allí reunidos, que fueron obsequiados con un exquisito refresco.

Fotos Marín

EXPOSICIÓN ADOLFO PELAYO



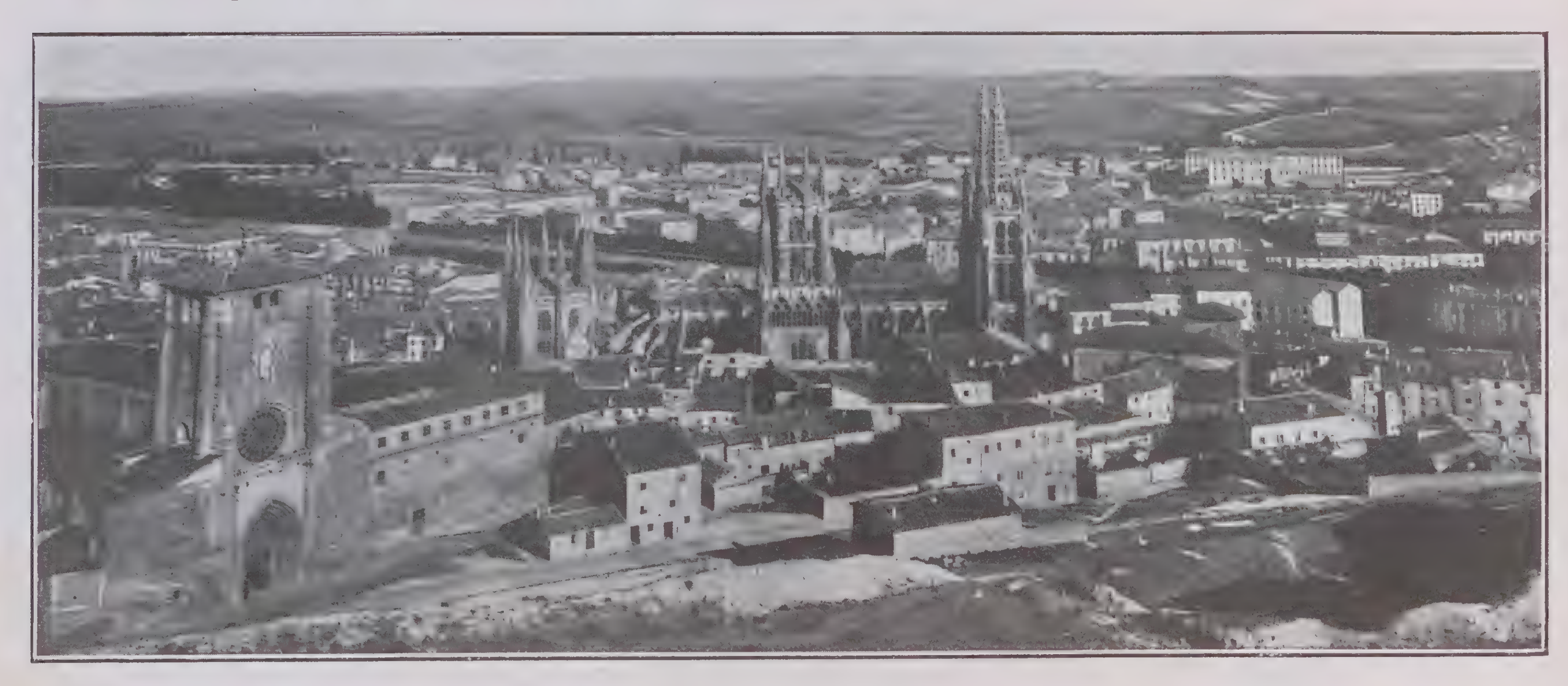
Adolfo Pelayo

En uno de los saloncillos del Círculo de Bellas Artes, recientemente habilitado para Exposiciones artísticas, el joven y prestigioso pintor Adolfo Pelayo exhibe una colección de obras en las que se acusa el vigoroso tecnicismo de que este artista puede hacer alarde. Con maneras propias, jugando diestramente los efectos de luz, Adolfo Pelayo consigue darnos la sensación de los valores cromáticos y formales que tantas veces se han reconocido en sus anteriores manifestaciones artísticas. La última exposición de Adolfo Pelayo pone de relieve, con juvenil intensidad, los referidos valores, y es digna de los antiguos prestigios consolidados en la persona de tan inspirado pintor.



«Vida», cuadro de Adolfo Pelayo

Del panorama literario universal



Burgos, la ciudad del Cid.

«LA ESPAÑA DEL CID» NORTEAMERICANAS EN BURGOS

FLORES en la tumba del Cid y muchachas de los Estados Unidos de América por las calles de Burgos. Como estrellas del cinematógrafo, han venido ganadas en el corazón por Rodrigo de Vivar. Nunca, desde que se trajeron los restos del guerrero a la Catedral, había tenido flores la tumba. Ninguna muchacha le había dedicado ni siquiera un suspiro. Los estudiantes femeninos españoles le miraban demasiado de cerca, demasiado tangible, a él, tan lejos de la tangibilidad, tan epopéyico, tan legendario. Pero a las señoritas norteamericanas las enardece y emociona, como un tambor de guerra, el suelo de Castilla la Vieja, y, sobre todo, las enardece y emociona lo que aprenden de sus héroes. Ellas miran atrás y no encuentran el regazo de una brillante tradición. No saben de dónde proceden los muchachotes fuertes y deportivos de su país. ¿De dónde? ¿de dónde? Y aquí todo ha seguido el curso de vidas lejanas que han ido encadenando las de ahora. Vidas lejanas y maravillosas como la del Cid. Seguramente que por un momento han soñado que vivían la época de Rodrigo. El afán científico no pone flores en las manos de las muchachas; las flores las pone la ilusión. ¡El Cid, que gana corazones jóvenes y rostros alegres y bonitos, como los ganó cuando atravesaba moros con su lanza! No hay que creer que sea la ofrenda a la muerte, sino a la vida, a la enorme vitalidad, que aun alienta del caballero y que ha hecho vibrar a unas mujeres que llegan del mundo del cine al mundo de la historia y del romance popular. El Cid—espadón y casco—estira su figura y sonríe. Las muchachas de los Estados Unidos de América sonríen también, y, detrás de ellas, el ilustre D. Ramón Menéndez Pidal, que ha dado al público, en estos días, un libro de valor inestimable: *La España del Cid*. No: su Cid, el Cid de todos, pero más suyo que de nadie, vive, contra lo que el mismo maestro de historiadores creyera. Vive, alienta y conquista. Conquista por sí sólo corazones. D. Ramón Menéndez Pidal se encargará de conquistar para él y para la España de aquel tiempo los cerebros que queden.



Goethe.

EMIL LUDWIG, BIÓGRAFO

En Ludwig no ha sido cuestión de moda, sino de vocación. Siempre ha habido biografías y biógrafos; pero de un tiempo a esta parte unas y otros venían renqueando, sin llamar poderosamente la atención del gran público lector, sin constituir furor ni moda. Ludwig tomó la biografía y corrió el campo con ella en los brazos. Él preveía el efecto. Género olvidado o semiolvidado, género donde trillar. En seguida recibió los vítores. Y, en seguida, las más importantes editoriales europeas comenzaron a publicar lo de Ludwig, en traducciones minuciosas, añadiendo por cuenta propia, para lograr rápidamente una biblioteca de la amplia materia biográfica, originales de otros autores, de los autores de la casa, generalmente. Y la moda se impuso. Y ahora la siguen con entusiasmo Francia, Italia y España. Así todos los escaparates de librería se ven colgados de nombres profundamente evocadores, magníficamente ilustres, de nombres lejanos y de nombres todavía próximos. Y hasta de los del día, en algunas partes.

Pero el escritor alemán fué quien puso el calor momentáneo, la animación y la utilidad. Tal vez en los días presentes el resto de los biógrafos, todo el resto, prefiriese el silencio de Ludwig, que no lleva—afortunadamente para él y para sus editores y traductores—camino de callarse. (Ya está a la luz su obra que trata de los momentos de julio de 1914—*14 de julio*—, momentos y angustias y entusiasmos cuando hubo de estallar la gran guerra. Aquí la otra importantísima cualidad del autor que eleva su periodismo a

Del panorama literario universal

la dignidad de historia). Al traducirse su *Goethe* —raro que no estuviese traducido al francés, siendo uno de sus primeros éxitos—, ha revestido los mismos caracteres de gran acontecimiento que, en su día, constituyeron otras obras suyas, tales como *Napoleón* y la reciente: *Guillermo II*—al español por Ricardo Baeza—. Y es que el biógrafo posee el arte de penetrar al personaje que le ocupa, de identificarse con él, de mirarle desde todos los puntos humanos y extrahumanos y de sentirse muchas veces en su interior; además busca y encuentra el dato, el rasgo, el gesto. De esta manera Ludwig consigue sus biografías. Junto al *Goethe*, ya para la Europa que no sabe alemán, aparecen hoy los originales de un *Felipe II*, de Jean Cassou, y *Sor Patrocinio*, de Benjamín Jarnés. El último de éstos también acierta plenamente, mientras que Cassou construye un personaje menos humano y, por otra parte, no da en todo ¡lo que era de desear con el individuo, ni con la relación entre él y su época· Pero todo hay que pasarlo por amor a la Biografía o a lo que, por lo menos, trate de acercarse a tal condición. Las vidas de los demás están de moda. Con las vidas se fabrican verdades de otro tiempo y mentira del porvenir. Escritores, manos a la obra, que la biografía os espera y los héroes están impacientes de resucitar por vuestra mano.

TRES POETAS DE NUEVA POESÍA: ALBERTI, LORCA, GUILLÉN

Uno: vino embarcado en un libro de mar por el brazo de un premio de literatura. Pero el premio se hubiera olvidado, como tantos otros; y el libro y su poeta también. Sin embargo, todo el mundo conservó los nombres: *Marinero en tierra...*, Rafael Alberti. El conservar los nombres resulta casi siempre difícil, aun cuando no se quieran olvidar. Hoy, este poeta, después de dos libros intermedios: *El alba del alhelí* y *La amante*, acaba de lanzar para todos los vientos: *Cal y canto* y *Sobre los ángeles*.

Rafael Alberti merece abrir la nómina de la joven poesía española por su A privilegiada y por su constante superación. Desde luego es, por ahora, el poeta que mejor sabe superarse. Tiene un sentimiento libre que le impulsa y que, al mismo tiempo, le desliga del *pensamiento en común*, tan frecuente en los grupos literarios, en las camarillas que, a pesar de nuestro siglo XX, subsisten. Es duro. A este propósito y previamente puede sentarse la clasificación de andaluces—Alberti lo es—duros y blandos, de andaluces inadaptables y de prodigiosa adaptación; en constante alejamiento de la anécdota en el acontecimiento lírico, los primeros; en pertinaz captación y recreo de ella, los otros. Hay algo que debe estimarse ante todo—aun por encima de su estupenda técnica—en Rafael Alberti, y es su independencia en la poesía y en la vida. Rico en gestos literarios y vitales, no ha sentido el miedo de una vez lograda una forma ensayar otra y otra y muchas, así como tampoco ha temido, en su aislamiento urbano, irse haciendo su tipo exterior deportivo. Ha hecho excursiones de torero, ha vagabundeado—sin vagabundaje ritual—consciente, e igual que Platko, el célebre guardameta de su oda y del fútbol, ha defendido un marco: el de su arte y su persona. ¡Qué importa, pues, que las manos llenas del pecado literario sigan arrojando sus piedras! En *Cal y canto* y en *Sobre los ángeles* está bien patente toda la inquietud renovadora del poeta de renovarse él mismo, de renovar con su esfuerzo las almas y las vidas ¡tan tradicionales! de los demás. Consigue el equilibrio de la libertad auténtica, incomprensible. Por eso su libro *Sobre los ángeles* puede vivir con el ritmo que le corresponde. Crear ángeles, como crear fantasmas, es lo maravilloso, porque no se puede estudiar en libros, ni suele haber materia en donde investigar y nunca, casi nunca, hay nadie que sepa informarnos de cómo son. Crearlos. Y que sean. ¡Tan difícil!...



El poeta Federico García Lorca, por Aladrén

El otro: Federico García Lorca podría muy bien ser, igualmente, el uno. Esto de uno y otro no es sino un convencionalismo, una cualquier manera de clasificar. Pudiera muy bien ser, como es, uno de los dos, de esos dos que están en todos los pensamientos nuevos cuando a poesía van a referirse. Y tampoco es que no haya más que esos dos. Sí que los hay. Ahora, que al decir «los dos» nadie ignora que se habla de Rafael Alberti y García Lorca, o viceversa. No son antagónicos ni concurrentes en los sucesos líricos que eligen o fabrican. Pero son «los dos». El otro, pues, Federico García Lorca, aparece, no requerido por la actualidad material de la publicación de un libro y sí por la actualidad constante, a la que le lleva su mismo espíritu. Federico García Lorca es el fuego, la anécdota, el corazón: el corazón de un poeta, no el del mundo vulgar en la caja torácica de alguien mal llamado así, que es lo que frecuentemente ocurre. Y es, sobre todo, el fuego. En estos días, ese fuego suyo, al lado del fuego docente de. Fernando de los Ríos, le empuja hacia Nueva York. Pero a Federico García Lorca parece que le va a detener en el momento de la marcha, o en la travesía, un libro de romances: *Romancero gitano*. La llamada de la anécdota, del sitio y del nombre, reales, hasta de la estatura exacta. ¿Irá el poeta a universalizarse o a universalizar su poesía? Lo anecdótico en él puede ser universal a pesar de su anécdota. Falla tiene a su vez música anecdótica. Y pocas personas y pocas artes tan universales como las del maestro. Federico García Lorca es el fuego. En París, sólo con su presencia abrasaría de aplausos las manos de los espectadores, aunque no le entendiesen ni una palabra. Les haría comprender el fondo neto, auténtico, de lo español. En Nueva York... acaso lo incendie.

No es un tercero en discordia, porque ni siquiera puede estar sujeto a escalafón este pulimentador de ideas que sabe, acaso mejor que nadie, del olor y del gusto y de las calorías de las palabras. Jorge Guillén es profesor de literatura y lengua españolas, porque en España no hay cátedras aún para profesores de poesía; de lo contrario, él ocuparía oficialmente una y tendría discípulos, discípulos ya poetas, que irían a mejorar su forma, su comprensión y hasta su manera de ver y de sentir. Desde Jorge Guillén les hablaría la pureza y de su mano descubrirían ellos que el poema es un hielo por el que hay que deslizarse con insuperable maestría. Un hielo tan bien logrado que ni el fuego ni la carne puedan con él. Lleno de aristas, de ángulos y de superficies pulimentadas, el poeta quedaría firme y seguro, dispuesto a ir hacia generaciones futuras. Hacer de nuevo y con distintas palabras al hombre, a la mañana, al pájaro, a la fábrica..., hacerlo todo nuevo y mejor y ver que sólo unos pocos comprenden ese idioma. Profesor de poesía, de minoría, de minoría inmensa. Juan Ramón Jiménez ha sido, tal vez, el primer profesor extraoficial. Jorge Guillén ganó hace algunos años una de estas cátedras. En recopilación, *Cántico* le pone nuevamente ante la minoría que le admira. Minoría siempre, que conquista para su poeta—y en general para sus favoritos—el «¡oh!» admirativo de los demás, aunque la falsa admiración se estrelle luego sin ruido en la primer esquina de su incapacidad propia.

MIGUEL PÉREZ FERRERO



Fuente de las «Tres Gracias» y Palacio de La Granja.

SITIOS REALES DE ESPAÑA "LA GRANJA"

La villa de San Ildefonso, llamada corrientemente La Granja, es uno de los lugares más deliciosos y apacibles que, para su recreo, puede visitar el turista. Nadie pensaría, antes de llegar a su recinto, que pudieran encerrarse en él las maravillas naturales que un ingenio de príncipes creara para su solaz y tranquila diversión. Todos los refinamientos del siglo XVIII, al que el espíritu francés dió forma y realidad, tienen en San Ildefonso un eco preciado.

Se encuentra San Ildefonso en la provincia de Segovia. Dista de la capital once kilómetros, a los que, si se utiliza vía férrea, hay que añadir 101 desde Madrid. Durante el verano, que es cuando el número de visitantes aumenta considerablemente, hay suficiente servicio de trenes y automóviles a precios reducidos para atender a las necesidades del público.

En la actualidad tiene San Ildefonso más de 4.000 habitantes. La villa se encuentra situada en medio de un anfiteatro montañoso que comprende: Siete Picos, Matabueyes, Torreiniesta, Peñalara, Moreti y Carneros. La vegetación es en estos lugares abundantísima y hace de esta región un verdadero manantial de riquezas agrícolas e industriales. La profusión de pinos y robles proporciona madera de calidad. Los pastos son excelentes y, por lo tanto, el ganado se desarrolla considerablemente. Abundan de manera especial las frutas y legumbres.

Es San Ildefonso una villa confortable y cuidada. Posee excelentes hoteles, donde el viajero encuentra grato acomodo; teléfono, alumbrado eléctrico y cuanto es indispensable dentro de los límites reducidos de su capacidad de población.

El clima es más bien frío, puesto que la temperatura media usual viene a ser de 10° 7 c., lo cual hace a estos lugares verdaderamente atractivos en la época del verano.

Felipe V, enamorado del estilo galante de Versalles, quiso traer a sus dominios algo que respirase bella y luminosa arrogancia contra la sombra severa del Escorial. Encantado del lugar de San Ildefonso, firmó en 1721 un contrato con los monjes del Parral y con la ciudad de Segovia, adquiriendo terrenos en cantidad suficiente para la realización de sus proyectos. Dieron comienzo las obras, y, varios años más tarde, Felipe V abdicaba desde allí la corona en favor de su hijo Don Luís, disponiendo



Glorieta de las Ocho calles.

únicamente de San Ildefonso para su retiro y el de la reina. Todavía volvió este rey a ocupar el trono por muerte de su hijo. Su cadáver reposó en el panteón primitivo hasta que fué trasladado al nuevo, construído por su hijo, Fernando VI.

Pero si bien debemos a Felipe V el origen de San Ildefonso, quien lo engrandeció definitivamente fué Carlos III comprando más terrenos.

Es San Ildefonso un pueblo simpático y acogedor. Sus plazas son amplias, como la de Palacio, formada por el *Real Palacio*, *la Colegiata* y la *Puerta de Segovia*. Sus calles, cuidadas y de limpieza proverbial: la de los *Infantes*, de la *Reina*, del *Rey*, *Botica* y de la *Valenciana*. Dan acceso a la población las Puertas de *Segovia*, del *Horno*, del *Campo* y de la *Reina*.

El *Real Palacio* es un edificio rectangular. Su fachada principal la forman columnas y pilastras, en el centro, que sostienen un entablamento sobre el que puede verse una balaustrada con jarrones de mármol. La fachada de los jardines la ejecutó Sachetti, completando el ornato Procaccini y Saari. Puertas de hierro en la planta baja y balcones en la principal, y en su parte occidental, la Colegiata. Se puede observar en el centro el claustro primitivo de la hospedería jerónima. Forman el ático cuatro cariátides que representan las cuatro estaciones, y campean en el centro del edificio las armas de España y de la Casa de Borbón, unidas por el Toisón de Oro. Entre las ménsulas de los balcones, la Aurora, el Día y la Noche, con los reyes fundadores, en medallones.



Parterre de la Cascada nueva

Se encuentran en la planta baja la galería de estatuas, Comandancias, Mayordomías, y demás dependencias, con el comedor. En la principal, los grandes salones y habitaciones privadas. El mobiliario, en su mayoría, es Imperio, aunque existen también muebles Regencia, Luis XIV y Luis XV.

La *Colegiata* está junto al Real Palacio. Tiene forma de cruz latina. El altar mayor consiste en cuatro columnas corintias y un cuadro al óleo en el fondo; el Sagrario es de lapislázuli. Se encuentran en el Panteón los restos de Felipe V y de Isabel de Farnesio, guardados por plañideras de mármol. Frente al sarcófago, una escultura de Sexanini y un armario que guarda preciosas reliquias. Guarda la Colegiata una gran riqueza en terciopelos, bordados, tapices, ornamentos..., etc.

La Casa de Canónigos también es digna de verse, como las caballerizas, la Casa de Infantes, el teatro y la iglesia del Remedio, que costeó Isabel de Farnesio.

Pero lo que ha dado a San Ildefonso renombre mundial son sus maravillosos jardines. Allí, los prodigios de la naturaleza, en todo su máximo esplendor, la vegetación espesísima, los arroyos y los estanques; las fuentes, verdaderos alardes artísticos, donde los surtidores tejen entre las frondas sus más bellos juegos; allí, los corzos saltando y los faisanes de plumas de seda; allí, las estatuas y las terrazas.

Los jardines fueron dirigidos por Renato Carlier. En ellos se multiplican los castaños de Indias y los tilos, que datan de primitivas plantaciones, abundando hoy, además, olmos, chopos y fresnos con otras muchas especies.

Para que nada faltase en ellos existe un gran lago, denominado «El Mar», que tiene a un lado la llamada meseta del Mar y al otro la Casa de la Góndola, el establecimiento de Piscicultura. En «El Mar» se crían peces de las más variadas especies.

En las partidas reservadas es donde se encuentran el Plantel, el Laberinto y el Vivero, con la especial partida de la Reina. En esa primera partida de El Plantel se encuentran naranjos y otras plantas que Felipe V trajo de Florencia, el Parterre y la producción de flores. El laberinto no cumple hoy su antes divertida misión, a causa de estar casi todo al descubierto. Isabel de Farnesio mostraba tanto cariño a sus macizos de rosales, que el lugar donde éstos se encuentran ha sido designado con el nombre de Partida de la Reina.

Entre las fuentes merecen mención especial la *Cascada del Cenador*, la *de Andrómeda*, la *Carrera de Caballos*, la *de Apolo*, la *del Canastillo*, la *de la Fama* y los *baños de Diana*. Algunos de sus surtidores llegan a altura extraordinaria, como el de *la Fama*, que se eleva a 36 metros.

La Mitología presta a la escultura todos sus motivos y fantásticos desenvolvimientos. En «La Cascada», las Tres Gracias, sostenidas por tritones y rodeadas de surtidores fluyentes de Monstruos y fieras que nadan en el remanso, donde Anfitrite juega con cisnes y delfines. En la de «Eolo», el agua es arrojada por céfiros prisioneros de un dios entre los peñascos. En las plazuelas de la denominada «Carrera de Caballos», las fuentes reproducen a Cupido, unas veces asido a la Cornucopia, y otras a la boca de un pez. En los estanques, como en el del bosquecillo, tritones, delfines y amorcillos dan escolta de honor al triunfal carro de Neptuno.

Vemos en otro estanque a Andrómeda a punto de ser destrozada por el dragón, y a su lado a Perseo, que, defendido por Minerva, prepara su cuchillo, sirviéndose de la cabeza de Medusa. Y así, por todas partes, el mito y la realidad fundiéndose bajo las frondas tupidas que impiden ver el cielo. Vemos a los diosos en un cortejo de estatuas: Saturno, Vesta, Marte, Hércules...

Hay composiciones de gran dificultad; así encontramos a Diana rodeada de ninfas, acechada por Acteón, que, escondido en su gruta, tañe la flauta, mientras que, en el círculo que las rodea, leones abrazados con sierpes vierten agua cristalina, retozando en la espuma doce grupos de ninfas con animales.

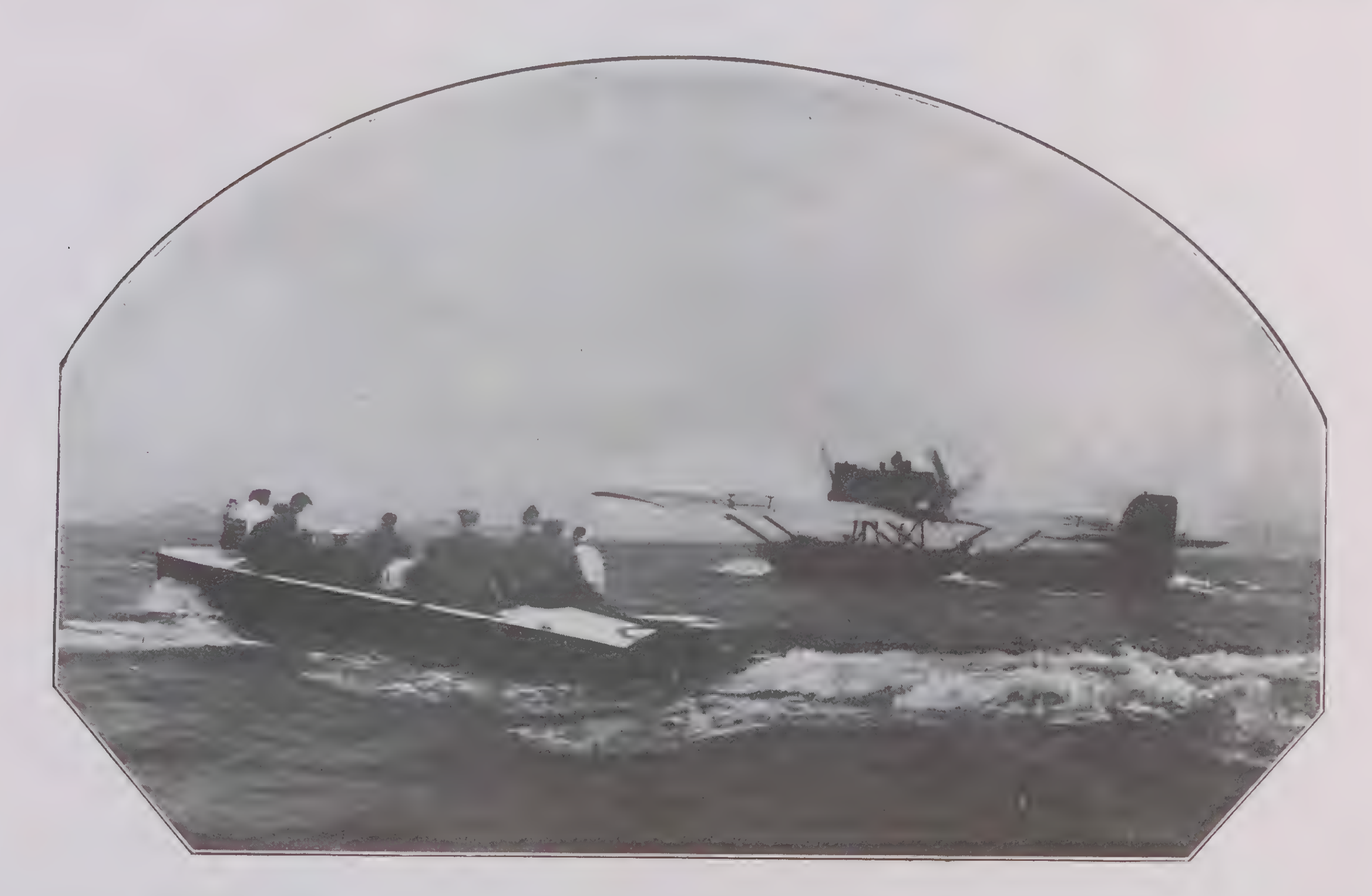
Las fiestas más notables que se celebran en San Ildefonso son las de este Santo, Patrón de la ciudad, que da nombre a la villa, a más de la de San Lorenzo y San Luis (23 de enero y 10 y 25 de agosto, respectivamente). En estos días es cuando mejor pueden visitarse los jardines, porque se da en ellos el magnífico espectáculo de correr las fuentes.

(Texto y fotografías facilitados por el Patronato Nacional del Turismo)



Fuente de la Carrera de caballos.

LA CONQUISTA DEL AIRE



LA ODISEA DEL "DORNIER NÚMERO 16" LOS CUATRO MOMENTOS

ALCÁZARES

Como una canción detrás de la niebla, lejana y próxima, desveída y potente, queda en nosotros el recuerdo de la odisea del pájaro de bronce, de aquel *Dornier 16* cuya memoria, partida en cuatro reflejos, merece una exhumación.

¡Alcázares! Mediterráneo que ronfla sobre la costa llena de sol. Aeródromo. Preparativos. El mar amplio en la palpitación sosegada de la media tarde. El *Dornier* está listo, puesta la proa cara a la aventura. Franco, Gallarza, Ruiz de Alda y Madariaga van y vienen sobre los planos del avión, que la pleamar mueve con agitaciones de bravura amansada. Una canoa nos lleva al filo del hidro, cuyas hélices han comenzado a girar. Nos disponemos al último adiós. El *Dornier* avanza sobre las aguas. Es la nueva saeta que pronto quedará proyectada en el espacio. Zumban los motores en la estela de espuma. El pájaro ha levantado el vuelo. ¡Ya está! ¡Adiós, adiós!

Primer momento.

* * *

ANGUSTIA

Un día, dos días, cinco días, seis días con el alma encogida por la incertidumbre de un quizás. El pájaro herido abatió su vuelo sobre las aguas. Todo un pueblo sumido en la rogación. Inquietud y esperanza, pesadumbre y aliento. Franco, Gallarza, Ruiz de Alda y Madariaga. Cuatro nombres que rozan los labios con el estertor del grito de socorro.

¿Vivos? ¿Muertos? Sobre el gran océano se mece la cruz de su destino emparejado. Son bravos, son fuertes. Pero... Quizás sí.



Quizás no. Y la angustia, como la sombra de una ala negra explayada al sol, se refleja en la tierra toda.

«¡EAGLE!»

¡Eagle! ¡Eagle! Es la voz unánime que retumba del llano a la meseta, de la ciudad al surco. Tras esta voz, en la grupa del mismo deseo, llegamos a Jibraltar.

Es mañanita clara al pie del Peñón. Para las nueve está anunciada la llegada al puerto del portaaviones británico que arrancó al mar los cuatro náufragos perdidos. El júbilo suena de punta al cabo de la ciudad como un cascabel sonoro.

La impaciencia de media hora envuelta en brisas, y ya estamos sobre la cubierta del *Eagle*. ¡Franco, Gallarza, Ruiz de Alda, Madariaga! Los cuatro ríen efusivos con el gesto plácido y pícaro de aquel que le pudo al peligro. Y junto a ellos, Kilroy, el teniente británico que los descubrió sobre el océano.



Kilroy y el comandante Franco

Kilroy, rubio, imberbe, espigadito y dócil, estrechando manos con el aire desenvuelto del *gentleman* que es generoso por gentileza y sencillo por educación.

Sobre la cubierta del *Eagle* suenan marciales, ordenados y magníficos, los acordes del himno inglés. Los sombreros penden de cien manos rígidas. Es la devoción en el saludo al momento emocionado de ver nuevamente nuestros a aquellos cuatro hombres que habían sido como cuatro pedazos de España sin rumbo sobre el mar infinito.

MADRID

De nuevo en Madrid en pos de esta epopeya que pudiéramos llamar de la más alta caridad humana: de la que goza por el sufrimiento ya acabado. Algeciras, Ronda, Montilla, Córdoba. Ruta de las fraternidades hondas abierta ante el convoy del grato retorno. Y Madrid. Muchedumbre que ruge y brama en bienvenida. Entusiasmo que rompe la estrecha esclusa del orden en la hora trepidante.

Franco, Gallarza, Ruiz de Alda, Madariaga. Sobre los hombros del pueblo, los cuatro hombres son como cuatro airones de devuelta gloria. Y entre ellos, cinco uniformes blancos ante los que el público se rinde gozoso y devoto. Son los oficiales del *Eagle*, pendón preclaro de la cabalgata.

Unas mujeres de España han besado al teniente Kilroy, rubio, imberbe, espigadito y dócil. Los besos han sido como los estampidos finales de la traca de luz. Último momento.

Teniente Kilroy: bien besado estás.

RIENZI

EL DEPORTE EN EL MAR



El capitán Gui Weber

★

La moda por los grandes lanzamientos, el afán de esa superación del vértigo que hoy preside la vida nueva, ha saltado de la tierra a los mares. Ya no es sólo el *bólido* deslizándose alado sobre las pistas asfaltadas lo que conmueve al mundo del deporte; el motor ha sentado también sus dominios sobre las amplias superficies líquidas, y la intrepidez de los hombres se dispone a convertirla en última cabalgadura.

Dos *ases* del volante universal han sentido ya abrirse ante ellos el mar en amplio surco espumoso. En las recientes pruebas de velocidad en canoa con motor celebradas en Norteamérica, el capitán Gui Weber ha batido en la bahía de



El mayor inglés Segrave

★

Southend el *record* mundial de las seis millas. El mayor inglés Segrave ha volado también sobre su esquife, dando a las gestas heroicas del *sport* la nueva marca en el recorrido de la milla.

Ved en los grabados adjuntos dos temperamentos gemelos cuyas expresiones son distintas. Weber: la despreocupación y ánimo jocundo ante el peligro. Segrave: la serenidad, el esfuerzo frío e imperturbable junto a la tragedia abierta en interrogación.

Saludémosles con ese ¡Hurra! generoso y fraterno que no sabe de fronteras y que es como el abrazo tendido que une a todos los deportistas que acertaron a despertar una emoción.

UNA NUEVA ERA
en
máquinas calculadoras
PARA USO PERSONAL



MONROE

PIDA UNA DEMOSTRACIÓN AL CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA ESPAÑA Y COLONIAS

TRUST MECANOGRÁFICO, S. A.

CASA CENTRAL: AVENIDA CONDE DE PEÑALVER, 16, ENTRESUELO — MADRID

SUCURSALES Y AGENCIAS EN TODAS PARTES

PUBLICIDAD REGIS

CARTA DE SUIZA

LA FIESTA DE LOS NARCISOS

En esta graciosa villa de Montreux, situada en el centro de la Riviera suiza, al borde del lago Leman, todos los años, en mitad de la primavera, se celebra la Fiesta de los Narcisos. ¿Dónde mejor que en este sitio maravilloso y encantador festejar la llegada del verano, que entre flores y danzas, frente a la decoración natural que ofrece el lago azul y las praderas en flor dominadas por los Alpes? Agradar a sus visitantes es lo que desea todos los años Montreux, y todo lo pone en práctica para conseguir su objeto. Así es que de año en año hemos visto más calles florecidas y un espectáculo de danzas en el teatro del boscaje levantado al aire libre, en el que sucesivamente evolucionaron los conjuntos coreográficos de la Ópera de París, luego los del teatro de la Moneda de Bruselas y después los Bailes vieneses, y durante cinco años consecutivos los Bailes rusos de la compañía de Sergio Diaghilew. Este año, Montreux ha hecho honor al arte francés, y ha sido a M. Ingelbrecht, director de orquesta y compositor muy conocido, y a la célebre danzarina Carina Ari a quienes ha confiado el cuidado de componer el programa, en el que figuraban, entre otras obras, los *Valses* de Brahms; una *Danza japonesa;* una composición coreográfica de Carina Ari, musicada por Ingelbrecht; la *Danza de Anitra* de Grieg, que fué una de las mejores escenas del espectáculo; el *Poema de la rosa,* inspirado en los versos célebres de Ronsard, y, por último, el *Domingo sueco,* cuyos trajes, tan variados como lindos de color, fueron una alegría para los ojos.



Al acabar los bailes han desfilado los danzarines por la carrera florecida, recorriendo toda la villa. Mlle. Carina Ari, escoltada por su compañía, ataviados todos de lujosos trajes, tomaron asiento en los cuatro primeros coches magníficamente engalanados de flores.

Durante la fiesta de noche hizo un tiempo espléndido. La iluminación en la bahía de Clarens fué fantástica; todos los palacios de Montreux estaban iluminados, y el de Caux, enfocado por varios poderosos reflectores, fingía sobre el cielo un efecto maravilloso.

La Fiesta de los Narcisos de 1929 ha sido un éxito más — y también una sonrisa — para la perla de la Riviera suiza, que es Montreux.

A. MARMIER



Tres sugestivos momentos de las fiestas celebradas en Montreux

DON LUIS, CIUDADANO DEL MUNDO

NOVELA CORTA

ORIGINAL DE
JOSÉ ROMERO CUESTA

Ilustraciones de CLIMENT



HABÍA dejado el establecimiento al cuidado del dependiente, que poco trabajo tendría en aquella hora de la tarde, fatigosa de sol y pesada de polvo, y salía D. Luis Montero, encendiendo un cigarro, cuyas bocanadas de humo soplaba voluptuosamente hacia la calma del mar. Dejaba su café de la Playa, el centro de reunión de los noctámbulos del puerto, solitario y silencioso siempre durante el día, para dirigirse, como cliente, a uno de los cafés del Zoco, donde tenía su tertulia. Como siempre, su paso era lento, monótono, de pisadas fuertes y sonoras, de hombre que ya no tendrá prisa nunca; bajo la bota gruesa, de suela doble, la tierra se hundía al peso del corpachón ventrudo y voluminoso. Llevaba el sombrero caído a la nuca, dejando que la levísima brisa que oreaba la bahía refrescase su frente y el cabello agrisado, que se partía por ancha raya en el centro de la cabeza. Los ojos, pequeños y encendidos en la pupila por un profundo resplandor azul metálico, miraban siempre en línea recta y con agudeza, como acostumbrados a clavarse en cuanto veían. Sólo los ojos eran en aquel rostro destello inteligente, en contraste con la nariz, azafranada y ancha, y con la boca, de largas comisuras, constantemente húmedas de saliva, de la que se impregnaba el cano y espeso bigote.

Subía despaciosamente por el puerto, aspirando el olor a algas que, mezclado al calor de la siesta en Marruecos, enardecía sensualmente su naturaleza, demasiado en reposo. Así remontó el paseo hasta las cuadras del tabor y ascendió la cuesta empinada en que se yergue, deslumbradora de azulejos multicolores, la gran Mezquita.

Ya allí comenzó a sorprenderle el aspecto de las calles, excepcionalmente animado y ruidoso. Ante algunos comercios se congregaban nutridos grupos, charlando con animación de algo que les apasionaba. Y los que hablaban eran españoles. Más que las palabras sueltas que de su diálogo llegaban hasta D. Luis —Tetuán, el Tercio, bajas...— delataban la nacionalidad española de aquellos hombres sus ademanes, la sonoridad de sus voces —todo inflamado de vehemencias— y la exaltación misma con que sacaban sus emociones a la calle. ¡España! ¡El inequívoco vocerío español! ¡Algo español acababa de prenderse fuego en las brasas del romanticismo! Pero, ¿cuándo acabarían los españoles de Tánger por convencerse de que perdían su tiempo en ingenuidades de literatura patriótica?

D. Luis no confiaba en los españoles para ningún fin práctico. «Mis compatriotas no viven; sueñan», decía siempre que caía el nombre de España sobre la mesa del café en que se reunía en tertulia con sus amigos. D. Isaac, D. David, D. Mesod y Mario Boldini, los amigos de D. Luis Montero, asentían convencidos. Y hablaban entonces de cotizaciones, de cambios, de subastas y de mujeres; de todo esto que, realmente, constituía la natural preocupación de los cinco amigos.

D. Isaac era vendedor de tejidos; D. David poseía un almacén de coloniales; D. Mesod era cambiante... Mario Boldini, nadie sabía lo que era... Jugaba en el Kursaal, unas veces entregándose a pacientísimas combinaciones para asegurarse relativamente una ganancia mínima sin arriesgar más que una mezquina cantidad de francos; otras veces, persiguiendo los plenos con montones de fichas rojas y blancas de veinticinco y de cien francos cada una. Algunas noches pasaba por el cabaret para beberse una botella de champaña y se le veía cruzar por la sala de baile llevando entre sus brazos a una de las artistas de *varietés*, a los acordes del *charleston*, del *jazz-band*.

Tenía Mario Boldini una elegancia femenina, tierna, ágil y elástica que gustaba a las mujeres del Kursaal. Nadie, sin embargo, conoció de él ninguna aventura galante escandalosa. Parecía el italiano un hombre que vive despreocupadamente la vida ligera y

frívola de Cosmópolis, pero que tiene la suficiente serenidad espiritual para no dejarse emborrachar por la locura.

DON LUIS, CIUDADANO DEL MUNDO

* * *

Aquella tarde no faltó al café ninguno de los contertulios. D. Luis los vió tan pronto como traspuso la puerta del establecimiento, reunidos en torno a la misma mesa de siempre, pero como estrujados por una concurrencia más nutrida de lo que era habitual. También allí se percibían los clamores que advirtió ya D. Luis en la calle.

Le recibieron con expectación, como si aguardasen que él hubiera de darles noticias de algo. D. Luis, por el contrario, fué el que preguntó:

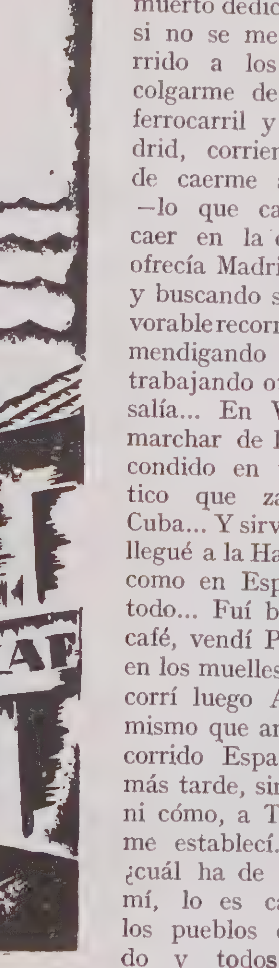
—¡Buenas tardes...! ¿Qué? ¿Es que ocurre alguna cosa...? ¿Los españoles?

—Pero, hombre... ¿Y nos pregunta usted? ¿Es que no sabe ya lo que ha pasado? Pues... ¡terrible! Que han copado dos batallones en la línea de Xauen... Todavía no se conocen las bajas con exactitud... Sus compatriotas de usted están excitadísimos, porque las noticias que se reciben son cada vez más pesimistas... Por ahí han dicho que están incomunicados varios puestos...

D. Luis sacó el pañuelo de seda del bolsillo de su americana, se secó el sudor de la frente y exclamó, condolido:

—¡Claro...! ¡La guerra es una cosa enorme...! Y tiene esos quebrantos. ¡Es tristísimo...! ¡Tantos hombres jóvenes! ¡Tantas energías gastadas en el esfuerzo negativo de la guerra! ¡Es inconcebible esto de las guerras! Ahí millares de hombres, tal vez millones de hombres, como en la conflagración europea, a quienes individualmente, aisladamente, horrizaría la idea de convertirse en criminales, y que en la guerra no sienten sobre su conciencia la responsabilidad de matar... Si mi mano tuviera ese poder, yo borraría las fronteras que separan los pueblos... La patria —y no me refiero concretamente a la mía, sino a todas las naciones del universo—, oponiéndose siempre a toda razón de fraternidad universal...





—Cierto, cierto... Exacto... —comentó D. Mesod.

—La guerra es en todos los casos monstruosa, irracional, absurda... Pero lo que no comprendo es que, aceptando la guerra, los pueblos se conduelan después de la sangre que en la guerra se vierte... ¿Por qué esta exaltación de los españoles ante la carnicería actual? Era para esperarlo... En todo caso, los pueblos podrán aguardar la victoria para sus armas... Pero también la victoria cuesta sangre y lágrimas inevitablemente... Pero los españoles son una raza de románticos... Gimen y protestan contra las agresiones de los rifeños, cuando contra los que debían protestar era contra la guerra, o mejor aún, contra la división de fronteras por el concepto falso de la patria... La patria... ¿qué es eso? La patria es el mundo para todos, puesto que todos somos hermanos en la tierra... Y en los orígenes fué un solo pueblo toda la tierra nacida por poder del Creador...

Bebió un sorbo de su vaso de café y se quedó mirando luego a sus amigos, esperando su asentimiento:

—Tiene razón don Luis... —dijo gravemente D. Isaac.

—Tiene usted razón... —exclamó, convencido, D. David.

—Exacto, cierto, exactísimo... —confirmó D. Mesod.

Mario Boldini asintió también con un movimiento afirmativo de cabeza, mientras encendía un cigarrillo inglés que despedía un punzante humo azul.

Aun D. Mesod añadió:

—Todo el mundo de todos, efectivamente...

«Todo el mundo una sola patria para todos los hombres», le parecía a D. Mesod la mejor doctrina social. Y le deslumbraba pensar en una patria tan grande, al israelita que no tenía patria propia, ni grande ni pequeña.

Aun continuó D. Luis insistiendo en su idea:

—Yo nací en Valdeperas, un pueblecito castellano.

Allí me crié y allí hubiera muerto dedicado a la labor, si no se me hubiera ocurrido a los veinte años colgarme de un tope del ferrocarril y llegar a Madrid, corriendo el riesgo de caerme a la vía, de —lo que casi es peor— caer en la cárcel. No me ofrecía Madrid mejor vida, y buscando suerte más favorable recorrí toda España, mendigando unas veces y trabajando otras en lo que salía... En Vigo conseguí marchar de la patria, escondido en un trasatlántico que zarpaba para Cuba... Y sirviendo a bordo llegué a la Habana, donde, como en España, hice de todo... Fuí botones en un café, vendí Prensa, cargué en los muelles fardos... Recorrí luego América... Lo mismo que antes había recorrido España... Y vine más tarde, sin saber a qué ni cómo, a Tánger, donde me establecí... Mi patria, ¿cuál ha de ser ya? Para mí, lo es cada uno de los pueblos que he pisado y todos ellos juntos... Como había sufrido en España sufrí en otras tierras... Como no había gozado en mi pueblo pude gozar en otros... No me casé en Río de Janeiro, porque no quise... Pero allí me pude casar... Y de haberlo hecho, mis hijos hubieran nacido cada uno en un país diferente... De cada uno de los que visité guardo un recuerdo... ¿Mi patria? Para mí lo es todo el mundo... Defender mi patria no podría, porque siendo todo el mundo mi patria, ¿contra quién podría defenderla? Mi propiedad, sí. Y esto es lo único práctico. Lo que sucede es que los hombres suelen confundir su patria con su propiedad.

Los hebreos interrumpían frecuentemente a D. Luis con palabras entusiastas de conformidad. Mario Boldini fumaba, escuchaba desdeñosamente y sonreía.

II

El Zoco Grande tenía coloraciones de cromo bajo la intensa luz crepuscular. Era un ascua la torre de la Mezquita, desde la que

DON LUIS, CIUDADANO DEL MUNDO

vertía sus oraciones el almuédano, como un bálsamo que encalmase el dolor de aquel hacinamiento de miserables que oscurecía el dintel de la puerta del templo.

Por la explanada se extendían los tenderetes del mercado. Allí, en masa de blancas vestiduras y albos velos, las vendedoras de pan ofreciendo sus bien cocidas tortas de cebada mientras acuchillaban con el acero de sus miradas negras al transeúnte. Allí también el mercader de bronces y cobres con sus bandejas repujadas, sus áureos platos y sus vasijas orientales. Y el vendedor de dulces de miel, junto al narrador de leyendas. Y el encantador de serpientes al lado del negro que vende pescado frito...

Al fondo del Zoco, la larga hilera de *cafelitos* morunos, construídos de tablas y de hojalatas enmohecidas por el viento y la lluvia y el sol, a cuyas puertas saboreaban, perezosa y golosamente, su té aromátizado con hierba luisa los indígenas.

Mario Boldini cruzó el Zoco y fué deteniéndose ante cada grupo como si le guiase no más que la curiosidad del europeo ante el exótico cuadro costumbrista. Luego descendió por la Cuesta de la Playa, hacia el mar. Tras él marchaba un moro, del campo a juzgar por los vivos colores de los pompones de su chilaba, con el que Mario fué a reunirse junto al acantilado de la costa, en uno de los más penumbrosos rincones.



—Si tú lo tienes todo dispuesto, yo poder entregarte la partida esta noche... Amigos llegar a las diez y aguardar en la Xeriffa hasta que tú venir... Abdeslam querer acordar contigo otros tratos...

Mario Boldini no respondió; tomó la mano cobriza que asomaba bajo la chilaba, dejó en ella un papel doblado en el que iban trazadas con claridad las instrucciones, y se alejó del indígena, que aun aguardó allí mismo unos minutos con los ojos perdidos en la sombra negra del territorio de Anyera.

El italiano encaminóse resueltamente al café de la Playa, que, apenas caída la tarde, ya empezaba a llenarse de público, de un público tan heterogéneo que en él se mezclaban todas las razas del mundo. En la primera sala, en la que destinaba D. Luis a café — una amplia y destartalada nave de paredes pintadas de gris, en las que las moscas iban bordando rosarios de cuentas negras —, se reunían el español gaditano y el francés argelino, el suramericano y el aixaua, el jibraltareño inglés y el italiano corso, rifeños, hebreos y portugueses; pero siempre los que de cada país habían ido albergándose en la barriada de la playa de Tánger, de la que hicieron refugio de oscuros negocios. Junto a ellos se veían también algunas mujeres, de las que desdeñaban los barrios de los puertos de Europa; mujeres de las que turban al viajero en las calles sórdidas de las grandes ciudades, de las que asaltan en El Havre, en Marsella, a los marineros, a los que saben hablar en esa jerga extraña que resumía todas las lenguas al pie de la babélica torre. Mujeres que llevaban en su epidermis la huella cruel de todas las lacras del cuerpo, y en sus ojos y en su corazón la ponzoña de todos los rencores. Eran las hembras que actuaban en los *souper* de los *cabarets*, y que vendían ficciones de deleite entre sonrisas equívocas y malsanas. Caricias, opio, cocaína, morfina...

Detrás del café, separada por un mugriento cortinón de yute, se hallaba la sala de juego, en cuyo centro se ofrecía a todas las codicias la mesa en que se tiraba al monte y al bacarrat, admitiendo *posturas* mínimas de diez céntimos, en monedas de todos los países.

En aquella sala se habían iniciado en los juegos de azar los indígenas que llegaban de las cabilas del interior a realizar negocios en el Zoco. Ante sus ojos, dilatados de ambición, habían desaparecido muchas veces los montones de monedas *hassani* que acababan de recibir en el mercado por sus transacciones. Alguna noche un descontento había querido recuperar su capital arremetiendo gumía en mano contra los pagadores, encañonando al *croupier* y a los *puntos* con la boca de un pistolón. Sin embargo, nunca sucedió nada grave. Antonio, *El Manos*, a quien don Luis había puesto al frente de la sala como garantía de orden, tendía sus puños de jaque hacia el que no se resignaba con su suerte, y de un golpe certero lo lanzaba de espaldas al café. Eso era suficiente. Desde el café no había vuelto nunca a penetrar en la sala de juego el tan violentamente despedido.

Mario Boldini se quedó en la primera nave, ante una de las mesas más próximas al mostrador, y casi oculto tras el armario en que se almacenaban los licores. Apenas le vió D. Luis le saludó sorprendido y cordial:

—¡Caramba, don Mario! ¡Buenas noches!

Y fué hacia él, tendiéndole la mano.

—Io quería hablar con usted... Pedirle, per Dío, un favor grandísimo, caro amico...

—Hombre, usted dispone siempre de mí, amigo Boldini...

—Se trata de un gran favor... y que, sin embargo, para usted no tiene molestias... no tiene importancia, verdaderamente... Yo necesito almacenar aquí, durante unos días, muy poco tiempo...

DON LUIS, CIUDADANO DEL MUNDO

unas cajas... Nada, ¿sabe...? Un poco de contrabando sin importancia... que no quiero que la Aduana descubra... Son artículos de mi país, mi caro país, que hay que esconder porque me cobrarían un capital de derechos aduaneros...

D. Luis titubeó:

—¡Caramba, don Mario...! Mire que esto del contrabando está ahora muy grave.

Pero D. Mario, sin atender los temores de D. Luis, insistió:

—Quiero dejarlo aquí, ¿sabe? Es que, mi caro Montero, no pueden hacerse ya negocios con estas tarifas... A más son tan sólo unos días, dos o tres... Y de usted no desconfiará nadie...

—¡Bien, bien...! Yo creo que no me ocasionará ningún disgusto...

Fácil a servir a la amistad, D. Luis cedió. Realmente, no era raro en Tánger el comerciar con géneros hurtados por los matuteros a la vigilancia de la Aduana. Y además, en el fondo, el ideal del contrabandista de borrar las divisiones de pueblos, de anular las fronteras en las que se mantenía todo el régimen de aranceles mundiales, armonizaba bien con las teorías y los convencimientos de D. Luis. Por eso no encontró en él Boldini muy enérgicas resistencias.

—Llegarán esta madrugada y llamarán por la puerta del corral, por precaución... Usted lo deposita en la cueva y lo guarda hasta que yo le avise... Luego usted me dirá lo que valga el almacenaje... ¿No? Los negocios son los negocios...

Bebió una copa de coñac y se despidió, estrechando la mano de D. Luis con singular presión. En el silencio y la sombra de la playa se perdió a paso rápido, acompañándose del silbido de una canción de Nápoles.

III

D. Luis estaba suscrito a dos diarios y una revista gráfica españoles. De los diarios leía únicamente las noticias que se referían a Tánger, por lo que el porvenir de la ciudad pudiera influir en su negocio. La revista le entretenía, como a un chiquillo, con sus grabados. Le gustaba hojearla repetidamente hasta conocer de memoria y rever, con los ojos cerrados, en su imaginación, cada una de sus fotografías.

Aquella mañana había llegado la revista a Tánger, y D. Luis se distraía repasando sus hojas, cuando de uno de los grabados algo le hirió en lo más escondido, en lo más enterrado de su espíritu... Su infancia... Era un clisé que copiaba la plaza de su pueblo, en la que dió sus primeros pasos, en la que se reunió de chiquillo a jugar con otros muchachos que ya, como él, serían hombres con canas. Allí, detrás de la Casa Consistorial, a espaldas del Ayuntamiento, nacía la calle donde vivieron sus padres... Allí seguramente murieron cuando, próximamente a los tres años de haber salido el hijo del lugar, la epidemia de tifus que diezmó el pueblo se los llevó casi al mismo tiempo a los dos...

La revista decía que en aquella plaza acababa de ser inaugurado un monumento para honrar la memoria de un alcalde ejemplar... No le importaba nada la estatua a D. Luis. Lo que le sugestionaba era la fachada del Ayuntamiento, que en el grabado no aparecía herida por los pedruscazos de los chiquillos, y que, sin embargo, D. Luis la reveía así en su memoria cicatrizada y sucia, como entonces... ¡Valdeperas! ¡Qué miserable poblacho, qué minúsculo lugarejo en la magnitud de la patria de aquel D. Luis, ciudadano del mundo, y, sin embargo, qué extraña emoción le producía el encontrarse ahora nuevamente ante su pobre plaza pueblerina! No había recordado tan vivamente nunca aquella plaza de Valdeperas, como en aquel instante. ¡Bah! ¡Famosa y brillante cuna era Valdeperas, para entregarse por ella a la nostalgia!

D. Luis siguió pasando páginas de la revista, no queriendo acordarse más de su pueblo.

De improviso, la puerta del café se abrió violentamente, dejando paso a uno de los policías españoles del Consulado y a dos soldados del tabor interior.

—¡Alto a la autoridad! —gritó enérgicamente el policía.

—¿Yo? —interrogó, asombrado, D. Luis.

—Llévenos usted ahora mismo a la cueva, donde oculta usted armas de contrabando para los rebeldes de la zona española...

Y como D. Luis, incomprensivo, no obedeciese pronto, el policía añadió:

—Su cómplice el italiano ha sido cogido in fraganti... Conque... es inútil toda negativa... Además, en la cueva nos convenceremos...

D. Luis ya no dudó. El italiano había querido utilizarle como colaborador en su negocio de contrabando... y contra España... ¡Contra su patria...! Su patria, sí... que para eso D. Luis sí que comprendía lo que era la patria... Era en los odios, en el mal, en el fratricidio de las guerras, en lo que don Luis no se sometía a las fronteras. Pero para el amor, sí... Lo había sentido, lo había comprendido un poco antes, al enfrentarse en aquella revista con la placita humilde de Valdeperas. Para lo que no podía existir la patria era para lanzar unos hombres contra otros, en batallas de hermanos... Pero sí para sembrar en ella el bien, del que brindar a los hombres de los pueblos ajenos la mejor espiga... Y más aún para no envilecer aquella ilusión de fraternidad universal en la villanía del contrabando de guerra.

Se sometió D. Luis. Avanzó hacia la cueva, sirviendo de guía a sus guardianes, y se resignó a la suerte. Al andar llevaba las manos trenzadas, atenazadas una a la otra, en ambición de presa. Hubiera querido tener junto a sí al italiano para vengarse, más que del riesgo que por culpa suya corría, por aquella burla que acababa de herir con una risa canallesca su más firme ideal: un ideal tal vez utópico e imposible... Pero, ¿qué ideal no es un imposible... si el ideal que se realiza ya no es el ideal?

JOSÉ ROMERO CUESTA

EL MONASTERIO DE OSERA

RINCONES GALLEGOS



En uno de los innumerables caminos que en la tierra de Galicia remedan aquella alta e inasequible constelación que se llama camino de Santiago, precisamente en el que hoy conduce desde Orense a la ciudad del Apóstol, en un valle abrigado y seguro, donde el agua fecunda y reverdece prados y bosques, detiene y maravilla el ánimo del peripatético la mole descaecida y ruinosa, pero gigantesca aún e imponente, del Monasterio de Osera.

Este, que alguien ha llamado el Escorial gallego, fué uno de los más pujantes y famosos de la orden de Cister. Hoy, tendido en el paisaje, bajo la melancolía de los cielos turbios, sintiendo que le roe las entrañas la carcoma del tiempo mientras vuelan sobre él, lentas y magníficas, aquellas grandes nubes algodonosas y redondas del cielo orensano (destriadas después y diluídas en la gris inalterabilidad del cielo lucense), el Monasterio de Osera, testimonio de un pasado poderío, y acaso el más alto exponente del arte barroco que se conserva en España, impone desde el primer instante por su grandiosidad y por su belleza.

El patetismo de sus ruinas tiene una desolación trágica. A la inclemencia del tiempo unió sus despojos la rapacidad del hombre. Una desidia secular y culpable, alterada a veces y escarnecida por las iras populares, como en el día sangriento del baldaquino, gravita sobre su belleza y tal que, quien lo ha visto una vez, no puede olvidarlo y siente para siempre el deber imperativo de unir su voz a las que en Galicia se alzan en pro de la restauración del famoso Monasterio.

Muy honda y arraigada conservo la impresión. Bajo la lenta perfidia de una lluvia menuda, en una clara y fina mañana invernal y después de perfilarse sobre el fondo gris y húmedo la mole entera del Monasterio, se alzó ante mis ojos la maravillosa armonía rectangular en la que, arco rotundo y audaz, se abre la puerta famosa coronada por dos simbólicas representaciones de la Vida y de la Muerte. Antaño aparecían unidas por una cadena que hogaño está deslabonada y rota, en una anticipada y temeraria profecía que mueve a meditar en la eternidad. Y todavía esta primera impresión, simbólica y meditativa, se afirma con el decorado de las pilastras que encuadran la puerta y que Ramón Otero Pedrayo, el más alto, el más profundo, el más sabio guía de Galicia, ha descrito así: «A la derecha, un caballero del siglo XVIII (peluca rizada, sombrero de corte, casaca, calzón, lazos en los zapatos, espada al costado) sueña un delicioso nacimiento de Cristo (la Virgen, el Niño, San José con su barba florida, la vaca atenta): en la pilastra de la izquierda, el mismo personaje, convertido en anacoreta, descalzo, roto, desgreñado, reza frente a una tosca cruz sostenida por una calavera en un paisaje de rocas; un monje de luenga barba y hábitos plegados trae un cesto de víveres, anunciando su llegada con una campanilla; pero el diablo, en salvaje disforme y desnudo, apedrea la campanilla para impedir el don caritativo.»



Puerta de entrada al Monasterio de Osera

Largo rato absorbe la atención la ingenua alegoría. Lentamente se animan las figuras y, en su irreal prestancia corpórea, adquieren no sé qué perdurable y recia significación histórica. El alma milenaria de Galicia y siglos enteros de historia están sustancialmente contenidos en este a modo de símbolo pétreo en que el fervor y el arte supieron poner eternidad. La transmutación del caballero y de sus deliquios marca todo un camino y todo un estado de conciencia universal, cuando el mundo entero era camino de Santiago. Desde el sueño sonriente y rosado del Nacimiento, hasta la calavera entre rocas, toda una ascética, ejemplar y rigurosa, es revelada al mundo como expresión de una época. Y el modo fastuoso, suntuoso, pródigo y abundante con que es revelada, es característico también del barroquismo delirante y frenético, maravilla y gala de este Monasterio y que llega, en él, a culminación orgiástica en el imponderable altar y su reverso.

Este barroquismo ascético o este ascetismo barroco, a despecho, o precisamente gracias a su convivencia con las muestras clásicas y románicas (ático y ábside), pone en pie la Galicia de Gelmirez y se diría que, sobre las ruinas desfallecientes, tejen todavía guirnaldas de vuelos ágiles y claros las claras palomas del Cardenal.

De este modo, el Monasterio, erigido en Osera, tierra de osos, es también concreción de la es-

RINCONES GALLEGOS

piritualidad y el fervor, y el ánimo milagrero y profuso de una tierra de prodigio. En este sentido, y aun sin ahondar en el puro y alto valor arquitectónico y artístico que representa, el Monasterio de Osera, gigante abatido en tierras de Galicia, debe ser reincorporado y puesto en pie de nuevo, para gloria y honor de Galicia y España.

A medida que, en aquella fina, penetrante mañana invernal, iba recorriendo las amplias estancias desmanteladas y, entre la desolación del musgo y la melancolía de los arcos derruídos y el patético silencio de las soledades, se me hacía patente la evocación de la prosperidad pretérita y la permanencia de la grandeza indestructible, se iba adueñando de mi ánimo suspenso el estupor dolorido por el abandono en que yace lo que, en definitiva, es uno de los más expresivos capítulos de historia que el viajero puede hallar en tierras españolas. Todo en las ruinas de Osera tiene no sé qué fuerza expresiva y patética de reconstrucción, que clama por no perecer y que se debate, trágica y muda, contra el abandono que ha decretado su muerte. Por lo que queda, se colige la maravilla de lo que fué. Y precisamente porque esa maravilla, en su valor sintético y auténtico, es, en cierto modo, una expresión nacional, una prueba de que Galicia ha contado en la eternidad una hora suya, cuando la catedral compostelana fué el centro del Universo y en Osera vivía el anacoreta alemán San Famiano, primer canonizado de que puede envanecerse la orden del Cister, es deber colectivo propugnar por la conservación de este monumento excepcional en cuyas amplias estancias, pobladas de soledad, toda resonancia tiene un litúrgico valor de consagración.

La historia enseña además — y no es preciso exhumar sus páginas — hasta qué punto fué poderosa y rica en Osera la orden del Cister; señal evidente también del papel importantísimo que el Monasterio y Galicia tuvieron asignado. Si en una síntesis un poco audaz, cuando, como en este momento, no puede razonarse, podría decirse que Versalles es el Mundo sin Dios y, contrariamente, el Escorial Dios sin el Mundo, acaso podríamos afirmar también que en su tiempo y en el esplendor acumulado y sucesivo de sus años de pujanza, Osera, el Escorial gallego, fué, sin duda, Dios en el Mundo o el Mundo en Dios, fórmula perfecta, equilibrio definitivo, armonía suprema, difícilmente asequible. No será, pues, mucho pedir que el mundo restablezca en el Monasterio el reposo de Dios, augusto, sereno, inmutable y eterno. Al fin y al cabo, esta aspiración simbólica que, si no erramos, tuvo plasmación en el Monasterio hoy casi yacente, es la misma que supo hacer plástica, para el pasmo y maravilla de las generaciones, el maestro Mateo, en el imponderable prodigio del Pórtico de la Gloria de la Catedral santiaguesa. Las piedras de Galicia son, en definitiva, mojones milenarios de la gloria de la humanidad.

Todo lo que queda en pie del Monasterio de Osera adentra y ahinca en el alma esta impresión, y despierta, con el entusiasmo, el fervor y el acicate. Traspuesto el umbral, todo, en aquella maravillosa arquitectura, la fachada de la iglesia, la sacristía, los claustros, la biblioteca y aquella maravillosa abundancia de medallones, pirámides, obeliscos, gárgolas y ventanales, da idea de la hermosura de un monumento que por su propio valor y por el prestigio de quienes deben velar por él exige no verse desamparado.



Fachada de la iglesia del Monasterio de Osera

Los poderes públicos sabrán, sin duda, cuidar este menester, y hay que elevar hasta ellos el clamor imperativo que sea advertencia y súplica y al mismo tiempo — para que tenga a sus oídos el tono de la autenticidad — una prueba de la vitalidad sensible y capacitada de una generación consciente de su responsabilidad.

Uno, pues, mi voz a la de aquellos que en Galicia propugnan por que el Monasterio de Osera merezca el favor y el cuidado de los poderes públicos y para que de un modo u otro (declarado monumento nacional o reintegrado de nuevo a la vida monástica y al cuidado religioso) pueda evitarse su total desaparición y, con el tiempo, reintegrarlo, con el respeto y la fidelidad debidos, a su pasado esplendor. Téngase en cuenta que hoy ofrece un lamentable aspecto. Como dice Otero, «ha desaparecido todo el material de hierro y madera; sólo la piedra resiste en general por la solidísima construcción; pero de seguir abandonado, se convertirá en un enorme montón de ruinas».

Traslado estas palabras y este fervor inteligente y afanoso al ilustrísimo señor conde de las Infantas, director general de Bellas Artes, que, en tantas ocasiones y con tanta sutileza de gusto y energía de tacto, ha sabido dar a su cargo excelencias definitivas.

La catedral de Santiago necesita que unos cuantos kilómetros más allá se yerga este Monasterio, que, en cierto modo, la completa y explica, y cuya permanencia es necesaria para la reintegración definitiva de Galicia. Es preciso que cuando alguien, en el devoto fervor que empapa el alma en el callejón de Gelmírez, al cobijo de la ciudad del Apóstol, bata las palmas para hacer volar las palomas del Cardenal, éstas no puedan perderse en la amplitud del cielo en una divagación desesperada, y puedan acudir al nidal milenario y barroco de Osera con la límpida rotundidad de un vuelo fácil y seguro.

RAFAEL MARQUINA



(Fotografías del autor)



DORIS NILES
LA BAILARINA QUE SE ENAMORÓ DE ESPAÑA

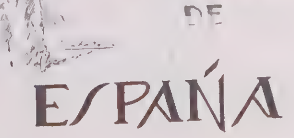
EL AMBIENTE ESPAÑOL DE CALIFORNIA — LA BAILARINA DE TODAS LAS DANZAS — CAMINO DE ESPAÑA
EL SECRETO DE SEVILLA Y DE MADRID — LAS MUSAS DE LOS PINTORES — LA ENAMORADA FIEL
DORIS NILES Y SU EMBAJADA ESPIRITUAL

EDUCADA en un ambiente muy español, allá por tierras de California, la chiquilla se enamoró perdidamente de las cosas de España. Cultivó diversas actividades y comenzó a demostrar que era una gran bailarina. Recibió lecciones de baile. Fué gustando lentamente, como en raras copas de licores exóticos, los hondos misterios de todas las danzas primigenias. Bailes solemnes de la India misteriosa, de la China y del Japón lujuriantes. Danzas semíticas de ritmo lento y retorcido; danzas negras de ágiles descoyuntamientos. Danzas paganas con claridades de friso ateniense...

Actuó muchas veces con éxito. Pero su sueño dorado era visitar la tierra donde la danza tiene su expresión más justa. Y vino a Europa; Francia y España nutrieron sus predilecciones. Y en nuestra península, Sevilla y Madrid

Las bailarinas de la compañía de Doris Niles

DORIS NILES
LA BAILARINA QUE SE ENAMORO DE ESPAÑA





El sugestivo cuadro de «Danzas españolas», de la compañía de Doris Niles, resulta una maravillosa evocación de típicos bailes, llena de color, de gracia...

✶

rivalizaron en mostrarle la señorial belleza de sus costumbres y el encanto de sus bailes ancestrales y apasionados.

Al volver a Norteamérica, Doris Niles y su hermana Cornelia llevaban como bandera de sus gallardías un repertorio exquisito de bailes clásicos franceses y españoles, ya perfeccionados. Adiestraron a otras muchachitas y formaron compañía.

Las danzas españolas tuvieron expresión adecuada en el ritmo grácil de estos cuerpos juveniles. La España de ayer, en sus danzas más evo-



Doris Niles, en los bailables de la ópera «La Gioconda»



Cornelia Niles, interpretando una velazqueña evocación de la «Pavana española»



Las bellísimas hermanas Doris y Cornelia Niles, mostrando la palpitante realidad de su amor a España, en esta gracia castiza con que lucen los atavíos propios de las mujeres de nuestra tierra andaluza

DORIS NILES
LA BAILARINA QUE SE ENAMORÓ DE ESPAÑA



Doris Niles, en la resurrección de un mito griego, con su danza olímpica.



«Fandanguillo», aires castizos de Andalucía, gracia soleada de unos ojos de fuego... Doris, dispuesta para una de las danzas que sabe interpretar con todo el sentido artístico y emocional de su hondo fervor españolista

cadoras, interpretadas por ellas, inundó de fragancias elegantes, sugestivas, apasionadas, heridoras de sensualidades adormecidas, los escenarios americanos. Al ruido negro de los espectáculos a la moda, hizo Doris Niles que sucediera la prestancia de una pavana o el picante dulzor de un fandanguillo. El público supo apreciar el valor de estas exhibiciones y premió a las bailarinas con su aplauso unánime.

Rincón de España el escenario donde actuaban ellas. Nostalgias de la tierra engalanada de perfumes viejos. Colgaban por doquier la gracia de sus sonrisas y de sus ritmos. Policromía desbordante de los atavíos propios de las mujeres de España. Infantinas de Velázquez, duquesas majas de Goya, hembras bravías de Romero de Torres. Música de los mejores maestros. Y el corazón de Doris, como rosa encendida de apasionados pétalos, derramando el óleo generoso de sus devociones hispanas de uno en otro lugar.

Cada vez sus ritmos eran más españoles; sedimentábanse los academicismos, lo espontáneo triunfaba a cada nueva actuación, y la bailarina sentíase transportada por líricos arrebatos, gozando del embrujamiento de una danza popular, que sabía a perfumes carga-



dos de esencias voluptuosas... de España y de Oriente.

Con emoción casi religiosa, la bailarina cuidó de su rito pagano, huyendo de la pandereta fácil. Era una noble interpretación de la España racial, de la que se sentía cada vez más enamorada. Y así se entregó de lleno al cultivo de su arte. Por él logró sus mejores triunfos. Por él, las noches apoteósicas abrieron ante ella la luminosidad de los fervores más hondos. Se sintió embriagada. Y al baile español, como si fuera un amante bravo, entregó las caricias de su cuerpo ágil, ondulante, asaeteado de ansias incontenidas, que le subían del corazón a la boca, en un regusto de frutas áureas, recogidas en los cármenes granadinos, en las huertas valencianas o en los jardines sevillanos.

Alma de España, sin pandereta de colorines. Cauce profundo de agua limpia y noble. Vena hinchada de sangre juvenil. Paganía deslumbradora de un culto popular. España, conquistando nuevos corazones por imperio del arte, como antaño los conquistara por el de las espadas gloriosas. Y una mujer, enamorada y rendida a su nombre, ungida de la gracia de todas las gracias que en su espíritu hicieron florecer el milagro ancestral del culto a la danza...

Doris Niles, sacerdotisa a ese culto. Los españoles debíamos nombrarte nuestra embajadora espiritual en América. Ya lo eres por tus propios méritos. Deja que un español cualquiera, sin otro valor que el de serlo, arroje su sombrero castizo al tabladillo de tus triunfos y agradezca con sus aplausos, encendidos de admiración, el amor verdadero que tú sientes por el nombre de España.

Rafael Láinez Alcalá



«Danza mora», otra de las maravillosas interpretaciones coreográficas de Doris Niles



LA DEPURADA SENSIBILIDAD DE JOSÉ PINAZO

José Pinazo



POR
C. PALENCIA TUBAU



ALLÁ por el año de 1918 celebró José Pinazo su primera exposición en los salones que el Círculo de Bellas Artes destinaba a sus concursos en la Carrera de San Jerónimo. Años después presentó el pintor nuevo y nutrido número de obras en la sala oficial de exposiciones del Museo Nacional de Arte Moderno. Tal vez no tardando ofrezca el artista a la curiosidad de expertos y juzgadores profesionales lozano fruto de su espíritu. Tan repetidas exhibiciones son clara demostración de la necesidad sentida por un temperamento que a sus cualidades de trabajo une el decidido afán de renovación constante.

Recordamos que al celebrarse su primera exposición pusimos de relieve lo que a nuestro juicio era más atendible en el empeño y obra por entonces realizada: el desasimiento, el desligamiento de una serie de trabas que lógicamente habían de tener sometida la personalidad de Pinazo.

Los primeros años fueron los del eterno esclavizado al medio, influencias extrañas. Su concepto estético y su sensibilidad luchaban violentamente con el ambiente, que por fuerza trataba de imponérsele. José Pinazo inició su arte bajo la poderosa sugestión de una lozana y maravillosa espontaneidad que nadie como el maestro Ignacio Pinazo supo conseguir. Los primeros brotes de la rama de aquel frondoso árbol, tan nutrido por savia propia, no podían en realidad más que ser los reflejos o tanteos de una subjetividad por entonces sumisa y obediente, a una presión de momento y puramente circunstancial. En lo íntimo de José Pinazo, lo que siente y ve sostiene ruda lucha con lo que pretenden hacerle sentir y ver, embates que dan por resultado una manifestación indefinida y endeble que muere, por fortuna prontamente, al impulso de la sazonada idea y firme propósito de una renovación.

Ante su intención tan alentadora y laudable, justo era pensar el que José Pinazo no podía hacer de sus condiciones pictóricas fórmula de amaneramiento. La consecuencia era una deducción opuesta, la de que su dinamismo espiritual era preocupación constante y finalidad única para el logro de sus



Retrato

La depurada sensibilidad de José Pinazo



«*Muchacha de Godella*»

realizaciones pictóricas. Podría juzgársele como un ensamblado de personalidades unidas por un solo principio estético: el de la intranquilidad y cambio. No era, pues, José Pinazo uno de esos pintores que ofrecían todo el caudal de sus aptitudes en un solo cuadro, y en el que da la escasa riqueza para irla desgranando después, leal y lentamente, en el resto de su vida y obra. Poco importa que en la tendencia o asunto traten los tales vividores del arte de buscar una mutación; el pintor es el mismo y una sola su forma de expresión; el lugar y el momento son valores negativos, a los que no hay por qué conceder atención alguna. Para ellos, todos los términos del problema de la personalidad se reducen a *mantener* un modo de hacer. En otros, en cambio, el caso de Pinazo Martínez como ejemplo concreto, la característica que los aisla y distingue, es la de su ansia constante de investigación y descubrimiento de nuevos horizontes o secretos.

Recorramos la trayectoria del sutil y sensible creador artista levantino. En la varia obra presentada en distintos certámenes apréciase claramente ese constante y encendido anhelo de innovación. José Pinazo se presentó por primera vez en la exposición de 1895, y desde esa fecha hasta la de 1905 el pintor aparece totalmente influído por la obra, por el modo del padre, el maestro D. Ignacio. Y la consecuencia de la producción primera del hijo era lógica; el incipiente artista tenía por entonces demasiado cerca aquel portentoso ejemplo de bella fecundidad para poder sustraerse a él. Pero adviértase, sin embargo, que aun obedeciendo a una sugestión, como el temperamento de Pinazo pretende producir por propio juicio, en cuanto llega el atisbo de nueva orientación, a ella se acoge, y así trueca su primera manera de hacer por otra distinta, deducida de las tendencias que ya por entonces comenzaban a definirse. Era en París y allá por el año 1909, y con su *Nocturno* y su *Five o'clock tea*, que ya obtuvieron recompensa en la Exposición de la capital francesa, cuando la firme y positiva personalidad de Pinazo comenzó a destacar su relieve. Aquietada luego la indecisión de los primeros ensayos, presenta su tríptico *Enredos del diablo*, y ya de esta obra arranca su inconfundible modo de hacer.

Es el mencionado tríptico tan claro ejemplo de sus vacilaciones anteriores, que en él puede afirmarse que comienza el encauce de su personalidad, nutrida ya del modo más consciente, por toda la potente vibración que su tierra levantina le ofrece. La sensibilidad obedece a un imperativo de raza, en el que la luz y el color se anteponen a los demás elementos.

Conseguido el triunfo de paleta, Pinazo dedícase a vencer los obstáculos que la forma le opone, y desde su lienzo *A plena vida*, en donde la preocupación del dibujo le llevó a un excesivo hieratismo, hábilmente encubierto por sus condiciones de colorista, que con grande maña y sabiduría se exteriorizan en todo lo accesorio, hasta el momento actual, expresión suprema de síntesis y parquedad, su procedimiento va persiguiendo una simplicidad que tanto se muestra en lo principal como en lo complementario. Y luego de haber llegado a la resolución del efecto sintético, plantéase el artista un nuevo problema, cual es el de trasponer lo externo para llegar a lo más íntimo y recoleto, pasar de lo superficial y visible a lo interno y recatadamente velado de lo aparente: en fin, al *cómo* y el *porqué* de cada cosa. Es decir, la evolución que en un principio se inicia por instinto o impulso, luego se va llevando a cabo mediante una depurada reflexión que claramente puede apreciarse en el lienzo concebido y últimamente ejecutado. Y, no obstante tan mantenido deseo de mudanza y cambio, no pierde la personalidad del artista un solo punto de cohesión. En toda la obra, a pesar del dinamismo que la anima, existe un nexo que la funde, una relación que se sostiene en los varios aspectos que en la pintura de Pinazo se presentan, y son éstos: el concepto del color, el principio esencial decorativo, la disposición de las masas y planos, el sentido depurado de la línea, tan atendido en las figuras como



«*Aleluya*»



«Cuento del limonero»



«Tio Cono»

en los elementos accesorios, la relación en las armonías cromáticas; componentes todos que no se bastardean ni pierden lozanía al pasar por el sutil espíritu del artista, sino que conservan, por el contrario, su pureza e integridad, señalando la nota personal. Y, sin embargo, la observación y el estudio han realizado una labor depurativa y eliminatoria. El análisis ha dado lugar a una síntesis acentuada, por la que se ha llegado a una simplicidad de procedimiento tan equilibrado y en sazón que, de no haberse alcanzado por deducción razonada, hubiérase caído en un amaneramiento repelente o en una indefinible vulgaridad, conseguida con elementos varios y sin carácter propio.

«*Cada pintor,* se ha dicho, *pinta su universo.*» Tal afirmación es innegable cuando sirve para afianzar una personalidad; es decir, *cuando el universo* creado por el pintor obedece en primer lugar a una razonada reflexión y está todo él trabado por puntos, que son como el engarce que unifica la obra total del artista. Tal es el caso de José Pinazo Martínez. Pero, a pesar de tal unidad, en los lienzos de este artista pueden hallarse cuatro distintas interpretaciones, a las que da origen el motivo que se trata de resolver. Y son éstas la que se refiere al *retrato,* la que interpreta los *motivos infantiles,* aquella otra de la que se vale para resolver las *naturalezas muertas* y la que caracteriza los *cuadros de género.*



«Bodegón»

Ya hemos indicado cómo uno de los problemas que más habían preocupado últimamente a Pinazo era el de adueñarse de lo interno de los seres y las cosas. Su arte ha pretendido siempre resolver una disección; pero tal empeño ha sido llevado a cabo con toda reflexión y mesura.

El mejor campo expe-

La depurada sensibilidad de José Pinazo

rimental para la búsqueda de esta solución, naturalmente que había de ser el retrato.

La representación en la tela de un determinado temperamento, sin inventar el rostro, que le ofreciese de continuo el término directo de comparación, había de ser en tan hondo y vibrante espíritu como el del pintor levantino la consecución del fin a que desde sus comienzos encaminaba su ideal de arte.

Pinazo ha triunfado plenamente en su empeño. Con la firme decisión de este artista de llegarse a lo íntimo, a lo recatado y profundo, logra vencer, desentrañando lo complejo de una psicología, de un estado de ánimo, la definición de un carácter ya formado o la nota determinante de un temperamento, y todo ello adornado sabiamente con los demás elementos que al mismo género pictórico se refieren, cuales son distinción en las actitudes, exquisitez en la composición, de finísimo ritmo las más de las veces, relación meditada en los valores cromáticos y justa ponderación en lo accesorio. Como elemento práctico, en fin, podrían tomarse los retratos de Pinazo para razonar la teoría de Moritz Seiger respecto a «la acción superficial y profunda del arte». En un segundo aspecto, el de los asuntos infantiles, que es al que el pintor ha dedicado infinitas solicitudes y preferencias, la sensibilidad del artista y su cualidad de observador van prietamente emparejadas. Diríase de Pinazo que es el comentarista plástico de las almas buenas que ofrecen a flor de piel su pura y sana condición. En este género, la serenidad y placidez de un arte visto a través de una conciencia pura y transparente se muestra libre de toda traba, interpretando mansos y dulces estados de ánimo. En todas las obras de Pinazo de asunto infantil se respira un sano y diáfano ambiente, de todas ellas trasciende un suave aroma de bondad, fiel trasunto de la inocencia y limpidez de alma que impera y domina en el modelo. Son todas estas producciones como bálsamo y sedante de infinito valor que insensiblemente se apoderase de nosotros. Nada les falta a todas esas pequeñas vidas para declarar su inmaculada pureza ni nada más es menester para hacernos creer en un mundo de ensueño.



«María Luisa»

Con frecuencia se ha repetido: «¡Qué vanidad la de la pintura, que nos hace admirar la semejanza de cosas cuyo original no miraríamos nunca!» He aquí algo que podría aplicarse perfectamente al tercero y cuarto aspectos del arte de José Pinazo. De los flamencos se ha dicho que habían creado la belleza del interior, como de los primitivos que habían descubierto la belleza del mundo del detalle; de algunos, muy pocos aún de nuestros pintores, de entre ellos este artista, puede afirmarse también que han logrado dar con el alma de las cosas; pero en el caso de Pinazo puede basarse tal afirmación tal vez más reciamente, porque las condiciones poseídas para reflejar al natural preséntanse pujantes, como si el sentimiento de raza y ambiente legasen al pintor una coloración exuberante y ampulosa. La representación puramente sensual o sensoria a fuerza de un trabajo de investigación produce un efecto tan hondo como sintético; tal vez lo recio y profundo de la emoción dimane de la síntesis lograda. En sus *Naturalezas muertas*, por ejemplo, no se atiene el artista a plasmar lo externo. Haciendo un juego de cubileteo con todos los elementos superficiales, tan suficientes para encubrirse y defenderse, muy al contrario, se ha llegado a la entraña de cada objeto, conservando, sí, la riqueza cromática, la luminosidad, las notas determinantes, las firmes vibraciones que le ofrecía el natural; pero manteniendo a un tiempo todos los términos que corrían y todas las cualidades que podían ofrecerse desde lo que simplemente se presentaba a la retina hasta lo que constituía su vida interior. Y así como de los árboles de los primitivos italianos, tal vez en exaltación lírica, se ha sostenido que eran esencialmente cristianos, así de las flores, los paños, los cobres, los barros y las lozas de Pinazo puede afirmarse que son esencialmente levantinos.

Aquella cualidad de intranquilidad y cambio que al principio de este breve juicio señalábamos en José Pinazo como determinante de su temperamento, ha impulsado en él una condición ambulativa que le ha llevado al éxito por tierras extrañas.

El pintor, ya en el apogeo de su arte, ha llevado a países de América mucho de nuestra luz y color, logrando la íntima satisfacción de ver sancionado su talento al enriquecer con sus obras museos y galerías particulares; ya con cuadros de costumbres, ya con retratos, entre muchos los de D. Juan Riaño, entonces embajador de España en los Estados Unidos; la señora de Riaño, mistress Finch, mistress Fawnie Munsell y mistress Morris Dearing, en Norteamérica; los del conde de Rivero, Sr. Regino López, señorita Natica Clenos, señor director del *Diario de la Marina* y señorita Silvia Rivero, en la Habana; y los de la señora Sara Escalante de Maura, señora de Boix, señora de López Rivas, Rafaelito Buhigas, señora de Zantzent, Sr. Diehl y otros, en Buenos Aires.

La labor realizada por José Pinazo Martínez merece siempre un comentario; porque, de continuo, hay en ella una progresiva graduación de su temperamento artístico, y por eso es siempre de interés el atender a un pintor que a la unidad de la concepción une la realización, si en un principio y fondo homogénea, en la forma, varia y constantemente actual.



CARTONES DE CASTILLA

la segunda salida del hijo pródigo

POR GUILLÉN SALAYA



Y hubo de tornar a su aldea como saliera de ella; pero no; decimos mal: regresó más pobre, pues andrajos cubrían su recio y vigoroso cuerpo y había gastado como doradas onzas, en el decurso de su vida andariega, el áureo tesoro de ilusiones que llevara al hacer su primera salida; tornó a la casa paterna de donde saliera, aún muy adolescente, una mañana vernal, toda llena de fragancias y de gorjeos de pajarillos. Allí quedó a su padre, fuerte como un olmo, pero doblado ante este infortunio como el árbol ante el empuje del ábrego viento.

Había salido de madrugada con una sonrisa que le bailaba en sus labios carnosos, consolando con dulces palabras al padre que gemía, y besando a sus hermanos, que, pequeñuelos y tiernos como pichones, no cesaban de hipar, asidos a las piernas duras y ahora temblonas del padre.

—Cuando vea el mundo, volveré, padre. Usted vivirá aún. Estará un poco viejo, un poco encorvado, que todo lo viejo o cargado de fruto se dobla hacia la tierra; pero los hermanos habrán crecido y ellos labrarán y sembrarán y recolectarán las mieses, en tanto usted descansa y sueña con la vuelta del hijo que no pudo resistir la tentación de ver el mundo tan maravilloso, tan vario y complejo, tan dulce y amargo. Ellos harán que las trojes se vean cada año más colmadas, y con la abundancia vendrá la confortable dicha y... llegarán a olvidarse de mí; sí, padre, no lo dude, ellos y hasta usted, bondadoso padre, se olvidarán del hijo que partió una clara mañana, con el corazón saltándole en el pecho y con los ojos ávidos de contemplar nuevos paisajes.

Así hizo su primera salida el hijo pródigo. El corazón aventurero le volteaba en el pecho como la campana mayor de la iglesia románica en amaneceres de disanto.

Quedaba el padre en la aldea terrosa, doblado hacia los dos rapaces tiernos y sumisos, que compartirían con él el rudo trabajo del campo.

—Vosotros —argüía el padre con voz suasoria— no abandonaréis como el hermano el hogar donde nacisteis y en el que debéis morir. El hogar es como un templo, cuyos dioses son las almas de los antepasados; el rescoldo de la lumbre no

CARTONES DE CASTILLA

ha de apagarse nunca, y al toque de ánimas, nuestra oración, que se funde con las llamas, no debe faltar. Vosotros, con tenaz trabajo, aumentaréis mi hacienda y mi casa, con retoños de vuestro cuerpo, y cuando regrese el hijo andariego, con los hombros derrengados, con el andar cansino, hastiados los labios de mieles y de hieles, y sin la llamarada quemante que hoy lleva en los ojos, cuando así regrese, que sí regresará, ponedle en el hogar asiento, junto a la lumbre; los dos, colocados a sus lados diestro y siniestro, regaladle con las mejores viandas y alargadle el jarro de vino hasta que sus ojos vuelvan a brillar como el día mañanero que partió de su casa. Como vendrá con el cuerpo molido y un nido de sierpes en el pecho, dejadle vagar... hasta que un día muera en el lecho donde naciera.



Así habló el padre del hijo pródigo, cuando éste había traspasado el ejido del pueblo.

Los hermanos crecieron rectos y fuertes como álamos; se aferraron a la tierra, curtidos en la labor, infatigables y codiciosos.

Y pasaron varios lustros. Y tornó a la casa que abandonara una mañana vernal el hijo pródigo; pero no volvió en día mañanero, sino en noche cerrada, con ladridos de perros vagabundos y gritos de corneja.

¡Sólo un ruiseñor romántico cantaba un aria quejumbrosa en la copa tupida de un olmo valetudinario! Entró en el hogar donde crepitaba la llama nunca apagada; en torno de la que dialogaban los hermanos y el padre.

* * *

—No quiso Dios privarme de esta alegría. Ya le tenéis en vuestra compañía, hijos míos. Regocijémonos, bebamos del mejor vino, el vino que yo guardaba para celebrar su regreso; sacrifiquemos el mejor ternero; hoy es día de gran fiesta; alegraos, hijos míos...
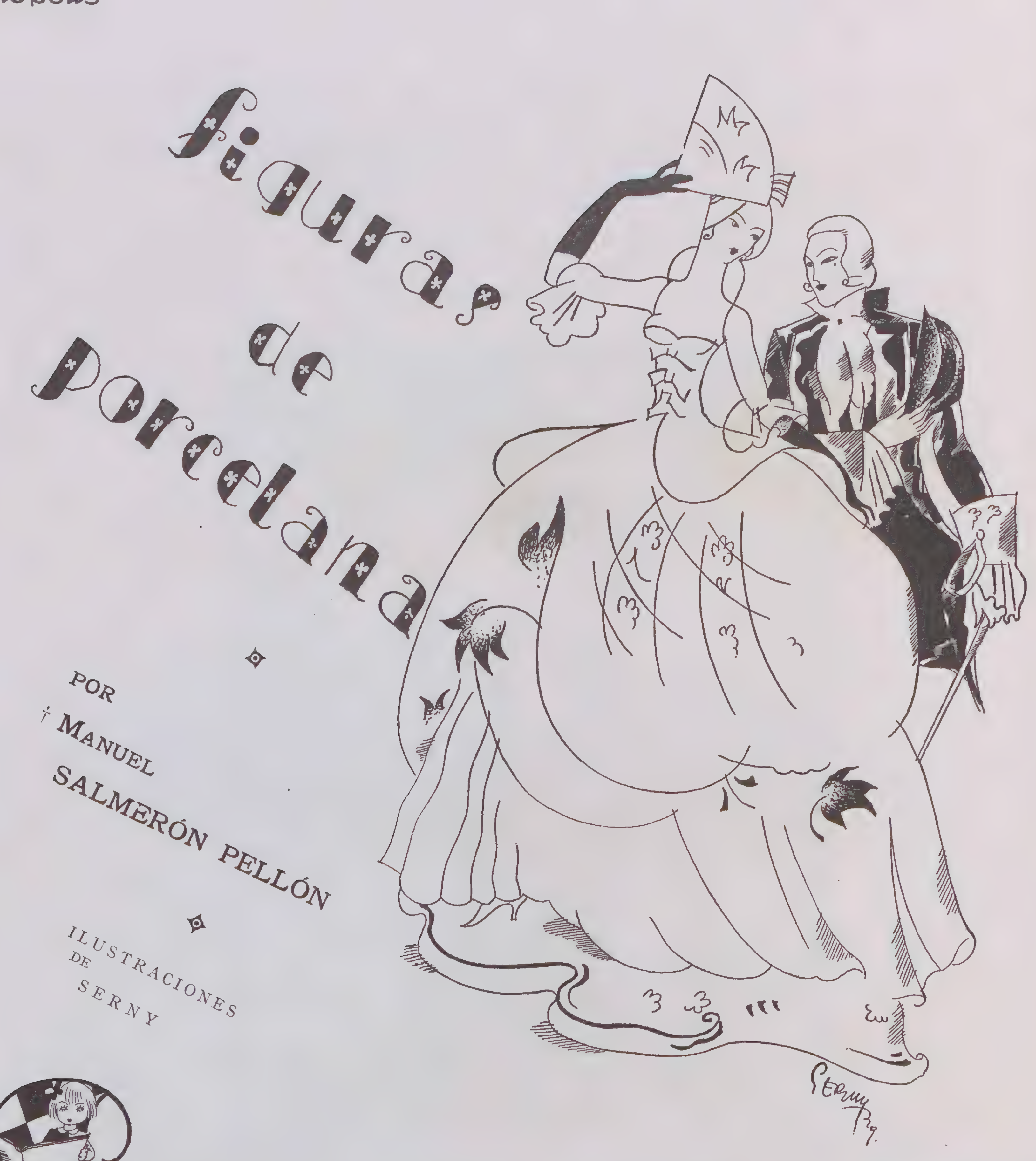
* * *

Hijo mío, hijo de los tres el más querido, el más llorado, el más deseado. Ya ves que yo muero: acaso esta noche, quizás mañana, al salir la aurora con su rostro bermejo. Ciérrame los ojos, hijo mío, y parte de nuevo a extrañas tierras, pues en tu casa morderíante como lobos, como alacranes, tus codiciosos hermanos. Sólo esperan que yo muera. Toma estas doradas monedas que yo guardé en tu ausencia, y mañana, cuando al salir la aurora yo haya muerto, coges la vereda que conduce a otros paisajes, bañados por otros soles. Y al nacer el día fragante y bucólico hizo su segunda salida el hijo pródigo; pero no volteaba su corazón en el pecho, ni una sonrisa le bailaba en los labios.

GUILLÉN SALAYA



Dibujos de Cobos



Figuras de porcelana

POR

† MANUEL SALMERÓN PELLÓN

ILUSTRACIONES DE SERNY

SOBRE dos mesitas de ébano y nácar, equidistantes del centro del perfumado gabinete, hay figuras airosas de china.

En una de ellas pone su gaya compostura la pareja de cortesanos descendientes de la Pompadour. Ella es una figulina maravillosamente linda. Sobre su falda de cogidos florecen cien diestras pinceladas como racimos de grosellas. En sus brazos desnudos serpentea un hilo de purpurina plateada, hasta lamer las manos, entre las que se abre el paisaje del abanico, bello como el más bello tafetán de Florencia. La filigrana de su cara se ríe... Hay una imperecedera picardía en sus labios, a quienes acaricia el albo plumón del flabelo, cuyo varillaje estría la pincelada rosa del escote... Con razón el galán tiene otra eterna picardía en sus labios y vive la más intencionada postura de cortesano de minué...

Sobre la otra mesita hay un trozo de égloga... Un pastorzuelo; pero han sido crueles los hombres; le han puesto allí solo; sin compañera que enredile el hato de sus sueños; que ya dejaron veredas y cañadas y triscan por cimas lejanísimas... La camarada de la Pompadour le tiene inquieto, desvelado. Sus ojos se queman en la hoguera de picardías de la traviesa cortesana. Él, que tiene en sus manos unos trozos de caña, ha iniciado cien veces una amorosa tarantela; pero la cortesana se ha reído, y la tarantela se ha roto en lacrimeos, mientras el cortesano pone una nueva galanura a los pies de la dama maravillosamente linda.

* * *

Un plumero cruel ha venido a turbar la pizpireta sonrisa de la figulina. Su cortejador ha rodado sobre la mesa de ébano y nácar. Ha sido un bárbaro atentado de una ruda fregona incapaz de com-

figuras de porcelana

prender la luminosa belleza del idilio. Sobre la mesita yace por un momento el caballero. De su casaca roja ha saltado un pequeño pedazo, que parece sangre. La cortesana ha tenido que reprimir un grito... Dos monstruos han recogido a su galán y han borrado la gota de sangre. Ahora se lo llevan. El caballero ha podido decirle: ¡Volveré! Y la dama se ha consolado, comprendiendo que los caballeros cumplen su palabra. ¡Volverá!

* * *

Un levísimo cantar de siringa ha llegado hasta la figulina, que ahora comenzaba a quejarse de fastidioso aburrimiento. El cantar le ha sorprendido gratamente, y con una coquetería ha queridopagar el arrullo.

LA DAMA. —Os agradezco vuestro halago.

(El pastorzuelo ha temblado un momento sobre el trozo de roca en que se apoya. Las palabras de la cortesana aceleraron tanto los movimientos de su corazón, que el hilo de aire que silbaba se ha roto.)

EL PASTOR. —¿Os gusta mi música?

LA DAMA (a quien el aburrimiento la lanzó por el camino de una nueva coquetería). —¿Qué instrumento tocáis?

EL PASTOR. —El que me enseñaron a tocar: la siringa.

LA DAMA. —¡Ah! Sois pastor.

EL PASTOR. —Sí.

LA DAMA. —Me engañáis. Yo he tenido un centenar de abanicos firmados por Wateau, y en ninguno os vi.

EL PASTOR. —No os engaño. Mas, si queréis confirmar que no os miento, dejadme que os diga cuanto sé de majadas y oteros, de corderillos y balidos, y que os ofrezca con mi siringa todos los ecos de las horas del campo. ¿Queréis?

LA DAMA. —¿Para qué?

EL PASTOR. —Para convidaros con la más linda égloga.

LA DAMA. —Estoy cansada de escuchar a los rimadores. ¡He oído tantos versos!

EL PASTOR (todo ingenuidad). Pero los míos nunca me dejasteis decíroslos. ¿Recordáis que os he querido arrullar un centenar de veces? ¿Por qué siempre os reísteis de mí?

LA DAMA (toda displicencia). —No recuerdo.

EL PASTOR. —¡Si supierais qué bella es mi serenata!

LA DAMA. —¡Quién iba a creerlo!

EL PASTOR. —¿Queréis escucharla?

LA DAMA. —Sois demasiado cándido para ser buen artista. Vuestra serenata se ha hecho para acompañar balidos y esquileos, y no para distraer a una dama que se aflige recordando su pareja ausente.

EL PASTOR (con honda amargura). —¡Yo he soñado con hacer de mi siringa vuestro halago!

LA DAMA. —Soñasteis mucho, y tal vez enloquecisteis.

EL PASTOR. —No fué la culpa mía. ¿Para qué me condenaron a miraros eternamente?

LA DAMA. —¡Pobrecito! ¿Y por qué no cerrasteis los ojos?



EL PASTOR. —Porque os seguía viendo, y en la pesadilla me enloquecíais más.

LA DAMA. —¿Pero estáis loco ciertamente?

EL PASTOR. —Vosotros lo habéis dicho. Yo no me había llamado loco.

LA DAMA. —¿Cómo os llamaríais?

EL PASTOR. —¿Queréis oír mi serenata? Yo os juro poner en ella cuanto sois. Yo os contaré momento tras momento la caminata soñadora de mis días. Yo os ayudaré a libertarme de estos harapos que me cubren, y a ofreceros la contemplación de un alma que fué abeja anhelosa del mejor panal para obsequiaros. Yo os diré de los amaneceres en el otero y de las tardes en la sierra, y siempre encontraréis un anhelo de vuestra belleza.

LA DAMA. —¡Ja, ja! Callaos, pobrecito. ¿Por qué esas horas que consagrasteis a deseos y quimeras no las pusisteis al cuidado de vuestro rebaño y estaríais orgulloso de él?

EL PASTOR (desconcertado por el dolor de la derrota). —¿Queréis oír mi serenata?

LA DAMA. —No. Sería profanar la lejanía de mi galanteador.

EL PASTOR (con suprema amargura). —¡Y para esto soñé tanto!

La figulina ha querido fingir un gesto de piedad, y ha dado vida a un crudelísimo epigrama. El pastorzuelo abate su siringa, que cuelga de sus manos desmayadas. En el otero, paraíso soñado, se ha hecho la noche... El flabear del abanico de la cortesana suena a turbión...

* * *

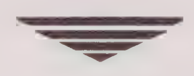
El pastor los ha visto unidos un momento. Un abrazo muy lindamente urdido ha renovado el galanteo de la pareja. El caballero, recompuesta su capa, ha tornado, iniciando otra vez el minué. Es tan bello el romance de su ausencia, que la cortesana ha movido cien veces su abanico para ocultar el desasosiego de los ojos caldeados en las destrezas de su coquetería...

El paraíso del pastor se aleja. La infecundidad de sus anhelos comienza a cegarlo, a iniciarle en la sinrazón de su vivir inquieto. Amor se ha burlado. No sabe cómo llorar el vencimiento. Ahora mira al abismo, a la soladura caprichosa del gabinete, en la que zigzaguean cien líneas de colores... y sobre las que duerme, muy cerca de la mesita en que se asienta, un monstruo enorme.

La figulina y su galán están muy cerca. El abanico oculta las airosas cabezas de los cortesanos... El abismo ha llamado al pastor... El monstruo que dormía ha despertado bruscamente, alzándose en un inverosímil salto. En la soladura han florecido mil puntos luminosos. La pareja, pavorida, asiste a la tragedia. La dama, al fin, lo ha comprendido todo, viendo al monstruo que se aleja saltando; y, como una figurita de carne, ha interpretado la tragedia: Ha sido el gato, que ha roto al infeliz que allí vivía...

Figulina, mujercita de china, ¿quién te enseñó a ser como los hombres, que solemos atribuir al gato la quizá mejor y más bella acción de nuestra vida?

† MANUEL SALMERÓN PELLÓN.



Sección Recreativa



El oráculo infantil

Ved aquí, gentiles amiguitos, la grata sorpresa que os reservaba el dibujante Serny. Con estos dos círculos, convenientemente recortados y pegados en un cartón para darles consistencia, podéis, auxiliándoos de un alambre o alfiler, proporcionaros un bonito entretenimiento. El círculo rojo se coloca delante de su compañero en el mismo eje, y después de preguntar al oráculo se hace girar uno de los círculos, aguardando a que la abertura marcada en el delantero deje ver el dibujo correspondiente, que os dirá con toda precisión la respuesta reservada para cada uno. Que ella sea a medida de vuestras ambiciones, es lo que nosotros deseamos.


EXPOSICION
INTERNACIONAL
BARCELONA 1929

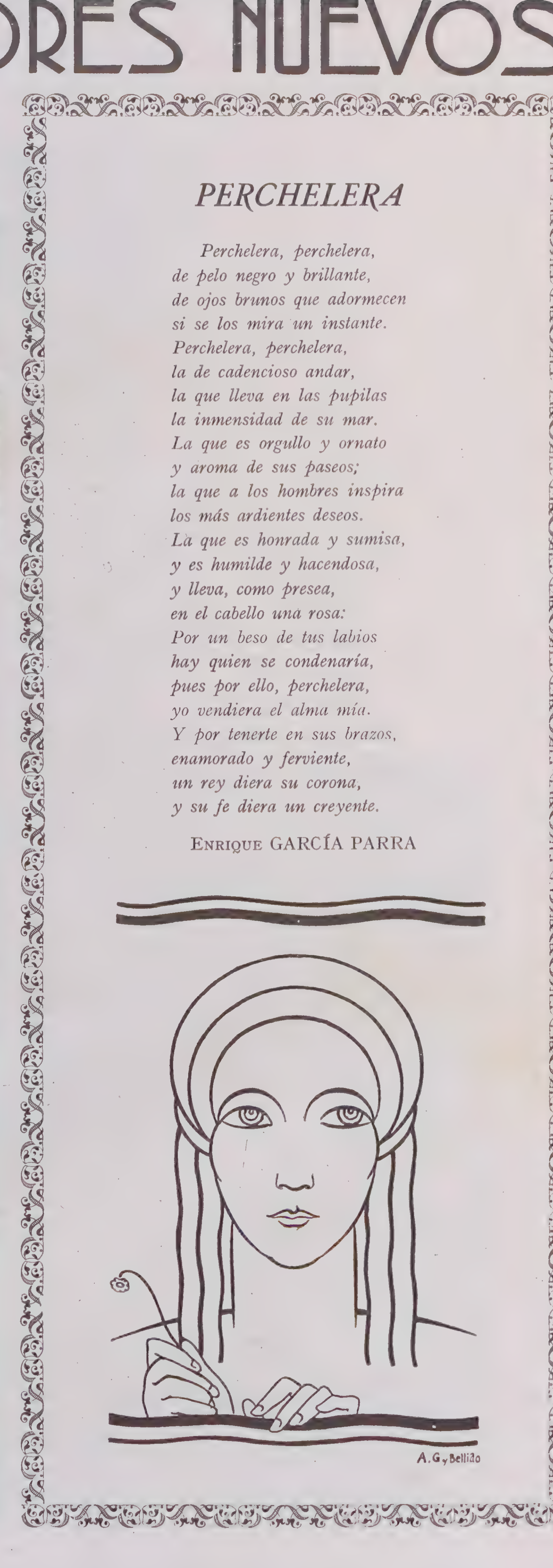
LOS ESCRITORES NUEVOS



AMORES FURTIVOS

Es tan oscura la noche,
que no se ve en la plazuela;
el agua a torrentes cae,
sopla fuerte ventolera.
Se oye el toque de las ánimas
en una lejana iglesia,
mientras suben hasta el cielo
las plegarias de las viejas.
Salen quejidos de ramas
de entre la seca arboleda,
y cuando es más fuerte el viento,
cuando más la lluvia arrecia,
rápida, como un relámpago,
una luz en una reja
luce y se apaga dos veces.
Es la misteriosa seña.
Entonces, de entre el misterio
de retorcida calleja,
una vaga sombra avanza
bajo la lluvia, ligera,
y sin temor al granizo
a la ventana se llega.
Tras los barrotes mojados,
una linda cara espera,
y brillan dos ojos bellos
del color de las turquesas.
Ella mira a su doncel,
el doncel se mira en ella,
y allí, quedito, se dicen
dulces frases, mil ternezas;
ambos se juran amor,
suspiran, dialogan, sueñan...
y cuando en la noche oscura
llueve más y más ventea,
se oye, confuso, el rumor
de dos bocas que se besan.

G. MARTÍNEZ SADOC



PERCHELERA

Perchelera, perchelera,
de pelo negro y brillante,
de ojos brunos que adormecen
si se los mira un instante.
Perchelera, perchelera,
la de cadencioso andar,
la que lleva en las pupilas
la inmensidad de su mar.
La que es orgullo y ornato
y aroma de sus paseos;
la que a los hombres inspira
los más ardientes deseos.
La que es honrada y sumisa,
y es humilde y hacendosa,
y lleva, como presea,
en el cabello una rosa:
Por un beso de tus labios
hay quien se condenaría,
pues por ello, perchelera,
yo vendiera el alma mía.
Y por tenerte en sus brazos,
enamorado y ferviente,
un rey diera su corona,
y su fe diera un creyente.

ENRIQUE GARCÍA PARRA



Santiaguillo y Miguelón eran amigos, amigos del alma. Eran como hermanos, hijos de la madre desgracia, la del vientre fecundo en desventuras.

Se criaron sabe Dios cómo, sucios y desarrapados, expuestos al calor, al frío y a las enfermedades, sin mano cariñosa que los cuidara, ni palabras dulces que los consolaran de sus pueriles tristezas, en la negra cisterna del hampa de una gran ciudad y en el barro espeso y frío de los barrios extremos.

Santiaguillo, feble y delicado, de piel blanca y gran inteligencia; Miguelón, rudo y fuerte, de cortos alcances y buen natural.

En la cruel lucha por la vida, en su incesante callejeo en busca del cotidiano alimento, estos dos seres eran uno solo, se complementaban de admirable modo: Santiaguillo, la cabeza; Miguelón, el brazo.

A pesar de las tristezas que rodeaban su vida eran casi felices, porque eran casi niños. Santiaguillo tenía doce años, y quince Miguelón. Se conocieron en una horrible noche de lluvia, al encontrarse en unos desmontes del extrarradio que les sirvieron de refugio. El pequeño estaba aterido de frío y muerto de espanto, acurrucado en un rincón, como si quisiera incrustarse en la tierra húmeda y confundirse con ella para presentar menos blanco a los rayos que de cuando en cuando hacían retemblar la tierra que los tragaba. De pronto oyó junto a sí una canción alegre, entonada con voz que hacía recia la humedad de aquella especie de gruta. El soniquete canalla le animó, y dijo con su vocecita tímida de gorrión asustado:

—¿Quién canta? ¿Quién es?

Cesó la canción, y una voz infantil dijo:

—Soy yo, Miguelón.

Y a la luz tenue y vacilante de una cerilla se vieron los dos parias y quedaron unidos por la simpatía de la desgracia común. Se contaron sus vidas tristes, y como Santiaguillo no había comido, compartió un trozo de pan endurecido y una cebolla con Miguelón. Después se abrazaron y durmieron hasta que el alba fría les anunció que ya era hora de comenzar sus correrías de hambrientos.

Así era la vida para ellos. Un ajetreo constante. Iban a las estaciones a la caza de una maleta que llevar, y a las puertas de los teatros en busca de una portezuela que abrir, y mal que bien sacaban la calderilla suficiente para un mal cocido en una mala taberna.

Tenían a gala el no haber pedido nunca una limosna y el ganarse la vida con las retribuciones de estos pequeños servicios. Conservaban sus conciencias sanas entre tanto barro y tanta miseria. Eran honrados por instinto, y nunca habían caído en la tentación de robar un pañuelo o un portamonedas, oficio habitual de estos gorriones callejeros. Días hubo en que no comieron; pero siempre dormían por las noches con las conciencias tranquilas y los cuerpos cansados, en la humedad de un banco callejero o en el cobijo de unos arcos de barrio bajo.

Y sin que nadie les hubiera enseñado, rezaban todas las noches...

Pero Santiaguillo, de constitución débil, mal alimentado y sin abrigo, no pudo resistir mucho tiempo tantas calamidades, y cayó enfermo.

Cada día estaba más débil, más pálido, más delgado, y cada esfuerzo agotaba su pequeño caudal de energías, hasta que llegó una mañana en que no pudo incorporarse en su lecho de tierra.

Y Miguelón dijo:

—No te apures, Santiaguillo. Yo traeré comida para los dos. Descansa y duerme, que eso no es nada.

—No podrás, Miguelón, no podrás—sollozó el pequeño; y haciendo un tremendo esfuerzo intentó levantarse; sintió una horrible angustia, arrojó al suelo una bocanada de sangre negra y se desplomó inerte.

Lanzóse hacia él Miguelón enloquecido, con los ojos llenos de lágrimas, y, quitándose su americana harapienta, cubrió lo mejor que pudo el cuerpo helado de Santiaguillo; intentó reanimarle con frenéticas fricciones... le dió calor con su cuerpo, hasta que el infeliz abrió los ojos y uniendo sus manecitas extenuadas con las de su amigo y mirándole triste y mortecino, suspiró:

—Miguelón... me muero... quiero flores...

Y fué al cielo.

Miguelón no había visto nunca la muerte; pero entonces la adivinó con un escalofrío revelador y bañó en lágrimas el cuerpo inerte de su amigo.

Sólo había para él una cosa en el mundo, un deseo, una palabra que le repiqueteaba insistentemente en los oídos: «Miguelón, quiero flores.»

Salió aturdido a la calle, y Miguelón, que nunca había robado, robó flores, muchas flores, y acostó a Santiaguillo en una cama de rosas y le cubrió con una colcha de azucenas.

(Dibujo de Varela de Seijas)

Luis Fernando DEL ROSAL

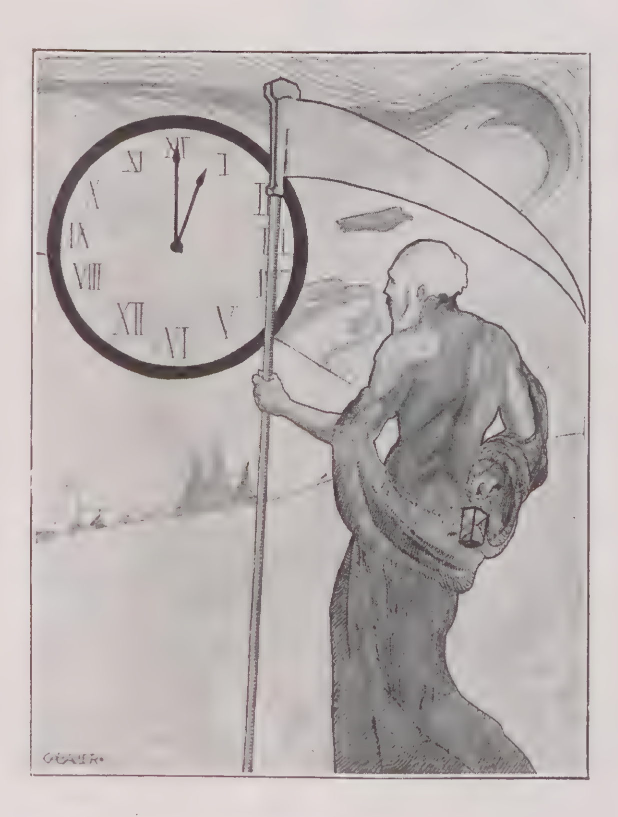
HORAS

Mi dolor—el de ahora—es un dolor ya viejo.
Un dolor de silencios, de nostalgias, de ausencias.
Un dolor de vacío...
El dolor de vacío de las horas ahogadas
en el hondo naufragio de las cosas ya muertas.

Mi corazón—vigía—
tiende sus reflectores de recuerdos,
y un horizonte de años
—un horizonte viejo—
quiebra las lanzas blancas de mi faro,
encendidas de ausencias, de silencios...

... Y torno a replegarme,
a ver vivir lo mismo:
el paso de otras velas por mi puerto.
Horas desarboladas,
sin anclas y sin quillas,
varadas en la playa de mi pecho.

Ismael DOMÍNGUEZ



Hemos recibido su trabajo, y ...

C. F. (Madrid).—Usted puede lograr mejores composiciones. Las esperamos.

I. S. (Bilbao).—No están mal los «Temores» que usted nos envía, pero no son aún los que nosotros deseamos. Puede usted enviar todos los trabajos que quiera, viniendo acompañado cada uno de su correspondiente cupón.

Lucila. (Cartagena).—Nos satisfacen mucho en esta revista sus composiciones; pero permítanos usted un consejo leal: usted tiene inspiración y talento para revestir su musa de nuevas inquietudes. Su «Estampa vieja» y su «Amanecer» nos saben a cosa ya sabida, aunque correcta. Urge la renovación de las juventudes literarias. Usted puede lograr opimos frutos. Esta vez no nos sirven los que envía.

J. R. M. (Vigo).—Quitándole la tercera estrofa, que es vulgar e innecesaria, queda admitida su «Incomprensión».

R. A. C. (Madrid).—La musa de Rubén Darío la han forzado ustedes tantas veces, que la pobre ya no puede dar nada de sí. La «Mujer rubia» que nos envía no nos sirve ya, por vieja. Hemos hablado muchas veces de renovación.

E. M. Admitimos su composición titulada «Poco a poco».

B. L. V.—No podemos admitirle este «Plenilunio». Son muchos los poetas que se empeñan en decir siempre las mismas cosas. ¿Pero es que no hay nada nuevo que decir en verso?

F. R. R.—(Ceuta).—Le rogamos nos diga la fecha en que envió sus dibujos y asunto de los mismos, pues en nuestros archivos no hallamos nada que se refiera a su nombre.

J. F. M. (Escorial).—Nada nuevo su envío; no nos sirve.

H. D. (Adjuntas-Puerto Rico).—Ya hemos dicho que nos interesa mucho la publicación de trabajos literarios debidos a la juventud hispanoamericana. En estas mismas páginas han aparecido algunos. Pero el que usted nos envía no es aún lo que nosotros deseamos. Es como un fruto de la América fragante, que apenas está sazonado. Insista.

J. G. G. (Zaragoza).—Ya le hemos dicho en otro número de esta revista lo que nos ha parecido «Ina». En cuanto a «Aventura», nos parece que tiene cierta gracia; pero debe usted procurar la naturalidad por todos los medios a su alcance. Nada de rebuscamientos. Lea mucho. La gimnasia espiritual que proporcionan las sanas lecturas afianza en el gusto por la sencillez literaria.

J. L. B. (Escorial).—Su «Noche» es una noche de tantas; no nos sirve.

J. B. O. (Guateque-Colombia).—Nosotros esperamos de los jóvenes poetas de Hispanoamérica algo más nuevo y conseguido. Usted puede hacerlo. Sus dos composiciones así lo anuncian.

P. A. (Valdelatas).—Otro poeta envenenado por Rubén. No nos sirve su envío.

P. F. B. (Méjico).—Publicaremos con mucho gusto algunas de sus composiciones y de las bellas fotografías que las acompañan.

D. G. M. (Madrid).—Recibimos su libro «Flores de Alborada»; mas para merecer la nota bibliográfica que desea es necesario enviar dos ejemplares. En cuanto a la poesía que nos envía juntamente, debemos decirle con toda sinceridad que hemos notado, junto a grandes aciertos de inspiración y técnica, bastantes descuidos de una y otra cosa.

A. S. S. M. (Reinosa).—Gran locura, en verdad, la de encerrar en dos sonetos con dedicatoria particularísima estados anímicos suyos, que suponemos no interesan a nadie. Además, son tales y tantas las incorrecciones, puesto que resultan mezclados asonantes y consonantes en los dos cuartetos, incluso en el terceto de ambos sonetos, que no valía la pena de haberle dedicado una contestación tan extensa.

A. R. C. (Villarrubia de Santiago).—Admitido.

V. R. M. (Mora de Rubielos).—No nos convence.

«Gonzalo de la Gonzalera».—Suponemos que ya recibiría noticias de la Administración. Puede usted mandar todos los trabajos que quiera. Este de «Lo que son las mujeres» es ágil, es inspirado, pero tiene notorias incorrecciones, mezclando diversas asonancias en las mismas estrofas.

M. S. R. (Toledo).—En estas mismas columnas habrá visto una composición suya. Este «Retazo de aurora» aun no es lo que deseamos de usted. Sencillez y corrección métrica, o incorrección «consciente». ¿Entendido? En cuanto a su «Me encontré una rosa», le hallamos evidentes aciertos junto a vulgaridades. Insista en pulir esa poesía; conseguirá de fijo algo mejor que lo que nos ha enviado.

J. A. (Buenos Aires).—Su poesía tiene méritos suficientes para ser publicada; pero nosotros aguardamos de los poetas de Hispanoamérica algo nuevo y verdaderamente original; sus versos recuerdan demasiado a los de otros poetas españoles del pasado siglo. Insista con nuevos envíos.

«Fidias».—Admitido su doble envío.

«Una ignorante más».—No está mal la idea que expone, pero aun no es lo que deseamos. Insista, porque se adivina en usted un simpático germen de escritora, nada ignorante. El dibujito, francamente, es poca cosa.

A. F. No nos sirve su triple envío.

Ali.—Sí, señor; los dos sonetos admitidos son los suyos.

Castilla y Flandes.—No podemos recibir colaboración espontánea a fecha fija. Y lo sentimos mucho, porque nos agradaría complacer a usted. Pero esta revista tiene sus exigencias y hay que respetarlas.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»
CUPÓN
que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas, de *sesenta versos*.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 5.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



ESTÍO

Tarde de verano. El sol
hila fuego en las retamas.
Los chopos de junto al río
tienen la vista cansada,
y sus hojas parpadean,
beodas de azul y calma.

Ronca
el gato bajo la parra.

La mujer del molinero
lava ilusiones malsanas.
De entre sus dedos tostados
se escapa la espuma blanca.
Tiene los brazos desnudos,
y al sumergirlos en agua
apaga en ellos los hierros
candentes de sus entrañas.

Tarde de verano. El sol
riega su cauce de plata
fundida al sol del estío.
(Antes sembraba esperanzas.)
Va fatigado y sediento
y abreva en su propia agua.
Como ya durmió la siesta
en un remanso de nácar,
sueña con su veraneo
en la azul playa lejana,
y piensa en el chapuzón
—beso de impudor y ansias—
que se dará el agua dulce
en su amante el agua amarga.

Tarde de verano. Ha entrado
un abejorro en mi alma
y me espanta las ideas,
que huyen con cara asustada.

J. PEÑAS BELLÓN

(Dibujo de Cobos).

UN HOMBRE RECUERDA SU PASADO

Novela por M. Constantin-Weyer

Obra que obtuvo el Premio Goncourt 1928

Traducida al español por A. P. - Copyright Agence Litteraire Internationale, 4 et 6, Place du Panthéon, Paris - Derechos adquiridos para España y la América latina por la «Editorial. Precioso». Ilustraciones de Perals.



(Continuación)



EBIÓ melancólicamente y nosotros le imitamos. Napoleón dejó caer su cabeza sobre su ancho pecho. Yo me sentí envejecido de pronto. La jornada última tomaba bruscamente aspecto de pasado. David, a quien nunca había imaginado más que riendo o furioso, lloraba. Enormes lágrimas surcaban sus mejillas curtidas, se perdían en sus enormes bigotes y reaparecían en las puntas. Dejamos apagar las pipas. Y los tres lloramos juntos la Pradera. ¡La Pradera Grande! ¡La verdadera! ¡La Pradera de la Historia y de la Leyenda! ¡La Pradera Épica! ¡La Pradera de nuestra juventud, que acababa de morir!

***

El alba nos encontró a caballo a Napoleón y a mí, galopando hacia la corriente de los Siones. En realidad, teníamos que atravesar una banda de terreno muy estrecha. Mas, ya a esta hora matinal, vimos humear una locomotora... Grandes y fúnebres rayas de arado cortaban el suelo, enterrando sin piedad la *hierba de bisontes* que los ganados salvajes primero, y los nuestros medio salvajes ahora, han pastado desde tanto tiempo. Pensaba en la pequeña cabaña de turba y pértigas que nosotros habíamos bautizado pomposamente «la casa de David», y donde tan a menudo vaciábamos botellas de aguardiente en compañía del alegre ganadero. Dentro de unos días, David le prendería fuego. Y mientras ardía, el pobre, dejando escapar aquellos mismos lagrimones que acabábamos de ver en sus ojos, presenciaría la destrucción de algunos años de su vida.

—Yo—dijo Napoleón, como respondiendo a mi soliloquio— me marcharé hacia el Oklahoma. Allí todavía se puede vivir, y yo no fuí nunca condenado en los *Estados*.

Bien es verdad que en el Canadá sí que lo había sido por un negocio de caballos bastante sucio y también por haber insultado a un sargento de policía que lo había querido detener... pero, después, varias tempestades de nieve habían borrado el recuerdo de estos días aciagos.

Y todo el mundo—me refiero al único mundo que contaba para nosotros, el de la Pradera—tenía hacia Napoleón la consideración que se otorgaba a un perfecto jinete, hábil en el arte de echar el lazo a un caballo como de montarlo y domarlo. ¿Y qué más se podía pedir a un hombre de la Pradera?

Al mediodía, cuando ya empezábamos a ir con la lengua fuera, apercibimos en una hondonada a nuestros caballos, que pacían tranquilamente. Pudimos verlos a lo lejos y contarlos bastante bien. Se hallaban formando pequeños grupos creados por misteriosas simpatías y mezclando agradablemente sus pelajes. Naturalmente, había más bayos que otra cosa. Pero había también alazanes tostados, overos, ruanos, píos, bayos claro, tordos, negros y de pelo de rata.

¡Oh, encanto envenenado de la melancolía!

Estaba la yegua de las cajas sonoras que debíamos coger para desembarazarla, y Napoleón me volvió a dar el deslumbrador espectáculo, antes cotidiano, y que luego ya no vería jamás, jamás! El ancho y puntiagudo sombrero calado hasta los ojos, el rojo pañuelo recortando la espalda de percal raso negro, el revuelo de los flecos que de la cadera al talón bordeaban los *chaparreros*, el brillo de la cartuchera y de las espuelas de plata, la salvaje belleza de la silla mejicana, el galopar nervioso del caballo pío... Imágenes fugitivas para el futuro si yo no procuraba retenerlas con toda la voluntad de mi mirada. Ese sabio cruce de un grupo a otro de caballos espantados; luego, la yegua acosada, alejada del resto, huyendo despavorida por el ruido de las cajas de hoja de lata... Varios caballos miraron... Bueno; el asunto no les concernía... Y pastaron de nuevo...

Inclinado sobre su silla, obligado por las curvas, el mestizo frustró las habilidades de la yegua. Apenas sostenía las riendas del caballo, tan acostumbrado a este manejo como un jinete. Desató el lazo, lo ajustó, y con el antebrazo derecho separado del tronco se aureoló con la ondulación de la cuerda. Atemorizada, la yegua intentó un supremo esfuerzo, mas no pudo eludir el nudo corredizo: ¡encabritada en seguida!... Napoleón dejó caer el lazo que se llevaban los brincos de la bestia. Y como una flecha, con listeza acrobática, se inclinó desde su silla hasta tierra, recogiendo la cuerda con el brazo izquierdo... ¡Yo no vería más esta belleza!

***

Rabiosos, recorrimos la pradera deshonrada por la yunta. Los yanquis, flacos y tostados, escupiendo el jugo de su tiola, manifestaron por medio de blasfemias el mal humor por haber sido interrumpidos en el engrase de sus potentes máquinas de vapor.

—Id al circo y malditos seáis—nos gritaron—. Y que el diablo lleve vuestros caballos. ¡Nosotros, tractores! Y camiones. ¡Y si nos hacen falta caballos, queremos potentes animales percherones o clydes! Vuestros malditos *bronquitos* de la pradera, que no tienen grupa, pertenecen a una edad muerta. ¡Dejadnos engrasar nuestras máquinas!

El discurso no gustó sino medianamente al mestizo, quien, batallador, puso pie a tierra para boxear con mis interlocutores. Pero el mecánico yanqui hizo funcionar el silbato de la locomotora, y nuestros caballos empezaron a sentir miedo. Fué necesario que Napoleón se subiese prontamente a la silla y persiguiéramos a los huídos. Burlones, los cultivadores, con sus trajes de mecánica manchados por el aceite, lanzaron varios hurras. Así, saludaba su alegría la victoria mecánica sobre nuestras acrobacías ecuestres. El alcanzar a nuestros inquietos animales nos alejó de ellos, sin que Napoleón cesara de gesticular, gritándoles injurias políglotas, en francés, inglés, en uno de los dialectos del Norte más alto de América...

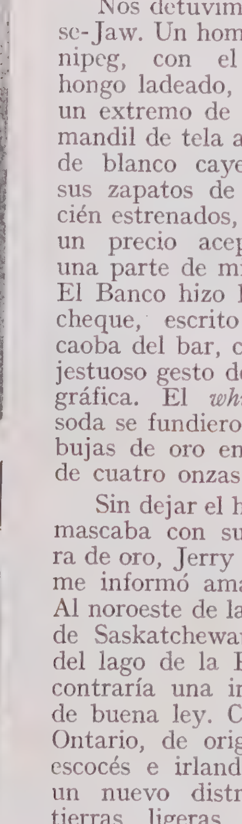
Cual estatuas ecuestres, asombramos a los bretones. Recién desembarcados, llevaban aún los pintorescos vestidos del Morbihan. Sucias y charlatanas, las mujeres, con sus faldamentas de terciopelo negro y sus cofias de encajes, pronunciaron el *Jesus ma Doué* de la Bretaña.

Un hombre recuerda su pasado

Sosteniendo por los cuernos a los bueyes uncidos a la yunta, los hombres cambiaron sus impresiones en lengua americana. Fué una extraña disonancia... En su mayoría eran hombres poco acostumbrados a los caballos. Los nuestros, particularmente, les daban miedo. Con lentitud prudente, un viejo de cabellos grises nos confesó que prefería habérselas con los bueyes. Así hacía su padre; así quería él hacer; así esperaba que harían sus hijos. Después, hospitalario, nos ofreció el pan y la sal, que nosotros rehusamos. La suciedad de los chicos, el rancio olor que humeaban sus casuchas de turba y paja, nos invitaron a la discreción.

... Nuevas etapas nos condujeron hacia los Doukhobors, recién llegados de los Estados Unidos. Le expliqué a Napoleón la inquietud de estos hombres que van buscando a Dios a través del mundo, y que, habiendo agotado Rusia y descorazonados por los Estados Unidos, buscaban ahora en el Canadá un hipotético paraíso terrestre... Sin esperanzas de venderles, llevados por la curiosidad, fuimos a verles. Bajo la severa mirada de los patriarcas con sus largas barbas blancas, los hombres, con el látigo en la mano, hacían trabajar a las mujeres, que tiraban de las máquinas agrícolas. Su religión prohibía a estos fanáticos rusos el fatigar a los animales; mas su misticismo no les apartaba de la brutalidad ni de la injuria obscena a sus mujeres, a sus madres, hijas y hermanas. Nos causaron tal repugnancia, que Napoleón y yo lamentábamos que la vida de los hombres fuese sagrada en el Canadá... Como que los Silux, destruídos por la raza anglosajona, tenían en ellos otras fuentes de civilización.

... Abandonamos rápidamente la tierra de los Menonotas. Hasta para el sano espíritu del *cow-boy*, el espectáculo de esta profanación contrastaba demasiado con lo que había sido la pradera, cosa que nos hacía sufrir. Napoleón, sobre todo, me inquietaba. Tenía un modo de acariciar su pistola que me hacía temer un drama, tanto más cuanto que él, ¡tan charlatán siempre!, no hablaba. Si abría la boca era para rechinar los dientes y reír como un condenado... La pradera se me volvía un infierno. Añoraba el tiempo en que los pieles rojas arrancaban su piel del cráneo y la exhibían como trofeo, a pesar de que yo no había conocido aquella época...



***

¡Cada vez se apoderaba más de mí la inquietante sensación del porvenir! ¡Muerto el venturoso pasado! Ya cabía en un montoncito de cenizas, no mayor que el que haría, por ejemplo, la casa de David... Me imaginaba a éste ante la mansión, presa de las llamas, llevando constantemente a la incineración un nuevo testigo de su vida gloriosa. Arrojaría las vacías cajas de ginebra, su alta silla mejicana impregnada de viejos olores caballunos, sus riendas, sus lazos. ¡Todo en vano! Pues le quedaría, estaba seguro, bastante sentido común para no arrojarse él mismo, y mientras no se destruye el hombre no desaparece el recuerdo. ¡Muere el Pasado! ¡Muere la Pradera! ¡Mas el duelo sobrevive!

Napoleón me insistía para tomar una decisión. Estaban allí los caballos que era preciso transformar en millares de dólares. Por algo habíamos recorrido a caballo, desde hacía seis semanas, centenares de millas, desdeñando la fatiga, desdeñando el hambre, desdeñando la sed, desdeñando el viento, los rayos y la tempestad. Tan pronto erguidos, tan pronto inclinados sobre nuestras sillas, ayer alegres, hoy melancólicos. Había que vender, vender, vender. Y Napoleón, con los dólares con que yo le pagaría, contaba ganar inmediatamente el territorio de Oklahoma, con la esperanza de encontrar las huellas de los antiguos *cowboys*.

***

Nos detuvimos en Moose-Jaw. Un hombre de Winipeg, con el sombrero hongo ladeado, el puro en un extremo de la boca, el mandil de tela azul rayada de blanco cayendo sobre sus zapatos de charol recién estrenados, me ofreció un precio aceptable por una parte de mis caballos. El Banco hizo honor a su cheque, escrito sobre la caoba del bar, con un majestuoso gesto de su estilográfica. El *whisky* y la soda se fundieron con burbujas de oro en los vasos de cuatro onzas.

Sin dejar el habano que mascaba con su dentadura de oro, Jerry K. Walker me informó amablemente. Al noroeste de la provincia de Saskatchewan, después del lago de la Pluma, encontraría una inmigración de buena ley. Colonos del Ontario, de origen inglés, escocés e irlandés, abrían un nuevo distrito. Eran tierras ligeras, para las cuales, nuestros caballos, de peso bastante modesto, podían convenir. Prolijo, el ciudadano de Winipeg me proporcionaba argumentos. Encendiendo el décimoquinto puro y reclamando un cuarto *whisky*, exponía que caballos como los que yo tenía para vender costaban más baratos de mantener que los grandes escoceses del Ontario; sus ranillas estaban menos sujetas a las grietas, azote de los terrenos del oeste, que las patas peludas de estos caballotes. En fin, convenía exponer a aquellas gentes del este, donde escaseaban los veterinarios, que era más ventajoso tener caballos del país, ya endurecidos contra todas las inclemencias. A cada nuevo argumento, tenía sed, y su tez se coloreaba de un modo alarmante. Noté un alivio cuando hubo terminado, sin apoplejía, su curso de hipología comercial.

***

Pasamos muy malos días, Napoleón y yo, guiando nuestros animales entre cercados de alambre con pinchos; y peores aún cuando



Un hombre recuerda su pasado

caminábamos por tierras en que los propietarios habían desdeñado cercar sus labores. Sabíamos que atravesábamos las mejores tierras de trigo del Canadá, y el cereal, robusto, rompía la tierra grasa y violenta. Los daños causados por nuestros caballos nos hubiesen costado caros. Coquetones, en medio de grandes extensiones cultivadas, estaban las barracas y las granjas de madera pintadas de alegres colores, rodeadas de jardines bien cuidados. La simpática curiosidad de varios colonos nos valieron buenas acogidas, ricas en tocino, huevos, legumbres sanas, *puddings*, quesos y reposterías. Amables, con sus limpios brazos desnudos, las mujeres nos acogieron dentro de la casa y nos ofrecieron agua abundante y jabón, en grandes jofainas floridas. Esto disipó un poco en nosotros el recuerdo de los Bretones, los Doukhobors y los Menonitas.

***

Así, pues, de nuevo abandonamos los labradíos. Nuestra correría nos hizo atravesar un país bastante salvaje, bajo y llano, con algo de bosque. Hasta las praderas estaban llenas de juncos y sauces enanos. Cada una de ellas bordeaba un estanque, espejo de las nubes, roto a trechos por el paso de los patos que cruzaban. Nuestros caballos espantaban menos liebres que antaño en la desnuda pradera del Sur, pero más urogallos... ¡Caza tierna, asada, sujeta de un bramante, por la noche, sobre las brasas! Los mosquitos fueron muchísimos e incansables; el humo de las cortezas verdes subió oblicuamente, rozando el suelo y obligó a nuestros caballos a apretarse unos contra otros, bajo su protección. Además, nuestra caravana comenzaba a acostumbrarse a esta vida errante. Se creaba en ella una disciplina que nos obligaba menos veces a precipitarnos sobre la silla para hacer volver a algún refractario. Durante el día, avanzábamos lentamente, a fin de dejar a nuestros caballos reponerse comiendo las suculentas algarrobas, el heno rojo y el azul, que no se parecen en nada a la corta *hierba de bisontes* de allá abajo.



Observábamos la diferente orquestación de las noches. Primero, antes de que el sol se escondiese detrás de los árboles, los mochuelos lanzaban, de rama en rama, la noticia de que el día iba a morir. Después, el primer lobo aullaba. En seguida, las yeguas relinchaban, llamando a los potros. El lobo es el rey de las noches canadienses y necesita una coz bien colocada de una yegua para obligarle a respetar la vida de los jóvenes. Al segundo aullido del lobo, el ganado estaba ya bien colocado para proteger a los potros, sin dejar de pastar tranquilamente, sin precipitación, aplastando los arbustos y pateando suavemente sobre las hierbas. Seguía luego la canción del chotacabras: «¡Voy a ti! ¡Voy a ti!»... La nota grave de los buhos y de los mochuelos. Hasta en el lindero del bosque se oía el vuelo muelle de nocturnos gigantes, y sus sombras pasaban furtivas entre nosotros y la luna... El grito de una liebre degollada... Estremecimientos misteriosos en la espesura... Suspiros más misteriosos todavía y que no se sabía si eran de voluptuosidad o de dolor. El Amor y la Muerte circunscribían alrededor de nosotros el entrelazado de sus círculos mágicos. Por turno, escuchábamos esta música fascinadora y cruel velando por el ganado inconsciente y por el camarada dormido. Y el día, después de un desayuno rápido, nos lanzaba sobre nuestras sillas, para continuar la cabalgata incansable a través de esta naturaleza azul y verde bordada con toda la riqueza de flores purpúreas y de lirios rojos...

***

Los días alargaron aún... Crujían, a fuerza de ser estirados; pero el alba venía pronto a repararlos... Hollamos algunas colinas de arena, en cuyas cimas, *cactus* enanos o tristes cipreses trepadores desafiaban estoicamente la sequía... Las patas de los caballos nos echaban a los ojos un polvo rudo y cruel... Este mismo polvo, aglomerado por la transpiración, nos pegaba al cuerpo una coraza de grasa. Por la noche, los mosquitos turbaron nuestros cuidados de limpieza.

Después de las colinas, vislumbramos el primer humo por encima de una cortina de álamo blanco. Era, me acuerdo muy bien, una noche preciosa como un ópalo. El caballo de Napoleón relinchó, porque percibía, de allá lejos, el olor de las yeguas desconocidas. Éstas le respondieron. En seguida ladraron unos perros.

Descendimos hasta unas tierras recién labradas, sobre las cuales tropezaron nuestros caballos. Apareció una vivienda roja y crema. Los troncos recién pelados de las caballerizas, de los establos y de las granjas, blanqueaban a su alrededor. Varias caras curiosas aparecieron a la puerta. Las vimos gesticular.

Sobre aquel mal terreno tomé un paso de galope. Bordeé galantemente los rectángulos de cereales que azuleaban a contraluz. Detuve mi caballo, para estupefacción de un gigante barbudo, de dos muchachos rubios y de un rojo de ojos azules y desvergonzados; para alegría de dos chicas con coquetones delantales que llevaban en las manos unos pozales espumosos de leche recién ordeñada.

Sus exclamaciones llevaron a la puerta a una mujer delgada y prolija, cuyas insaciables preguntas importunaban al esposo, hijos, criados, e hijas, sin obtener respuesta.

—¿Es un circo? —exclamó interrogativamente una de las muchachas.

A trescientas millas de dis-

Un hombre recuerda su pasado

tancia hallaba la misma expresión de los yanquis que manejaban las máquinas agrícolas.

La expresión me dió inmediatamente la clave. Más al sur, más al oeste, mi actitud, nuestra llegada *piafante*, no hubieran desconcertado a los moradores. Me encontraba realmente en uno de aquellos nuevos distritos agrícolas de los cuales Jerry K. Walker (de Winipeg) me había hablado en Moose-Jaw. Y saludé mentalmente el recuerdo de aquel apoplético chalán.

***

Rápidamente expuse mi nombre y mi profesión. Con reserva, me escuchaba el coloso barbudo. Mi cartuchera, mis pistolas, mi carabina, le inspiraban una visible desconfianza. Empezó por decirme que no tenía ninguna falta de caballos, y a mi demanda de dejarnos pasar la noche allí (los caballos encerrados en un cercado con estacas cercano a los establos) consultó con la vista a la mujer, que hizo una mueca negativa... Pero ésta no era seguramente la opinión de las muchachas ni del rojo...

Mientras, las doncellas, hablando las dos a un tiempo, acosaban a su padre con: —¡Déjeles entrar! —¡Son extranjeros que vienen de muy lejos! —No tienen aspecto de malas personas. —No hay que negar la hospitalidad. —¡No se les puede dejar por ahí a estas horas!... El *rojo* me interrogaba acerca del número de caballos que traía, acerca de su estado. Y después, dirigiéndose al coloso: —Venga, gobernador. ¿Por qué no hemos de ser nosotros los primeros del distrito en elegir? Seguro que estos señores encontrarán hospitalidad en casa de Mac Pherson, o en casa Jones, o en casa del Francés. Y si un buen caballo hay en el lote será para nosotros. —El amo se pasó la mano por la barba, la alisó, miró con aire indeciso a su mujer, a sus hijas, a sus hijos... Éstos enmudecieron. Refunfuñando, la mujer se retiró. —Hum, hum, Archer. La vieja va a mostrarnos aún esta noche su mal carácter. —No haga caso, gobernador. ¡Que el diablo me lleve si yo dejaría que mi mujer llevase los pantalones! —Bueno, después de todo, puede usted tener razón. (Y dirigiéndose a sus hijos, a modo de excusa y con una brusca humillación): Archer y las niñas lo quieren.

Los dos muchachos, callados, inclinaron la cabeza.

Archer se ofreció a seguirme. Yo rehusé.

Haría mejor —le dije— abriendo la puerta del cercado y teniendo cuidado de no asustar a los caballos.

Sin esperar su respuesta, piqué las dos espuelas, y salí, perseguido por los gritos del viejo:

—¡Cuidado con el trigo, cuidado con el trigo!

Conseguimos sin gran trabajo, Napoleón y yo, encerrar los caballos. Y después de haber colgado en unas estacas las sillas y las armas, entramos en la casa, seguidos de Archer.

Las muchachas nos ofrecieron con qué lavarnos.

Continuará en el próximo número

SECCIÓN CRIPTOGRÁFICA

11.º Concurso
AGOSTO - SEPTIEMBRE

"? por Framarcón"

CRIPTOGRAFÍA ES EL ARTE DE INSTRUIR DELEITANDO

NO DEJE DE MANDAR PLIEGO AUNQUE LE FALTEN SOLUCIONES; ENTRARÁ EN EL SORTEO DE LAS SUSCRIPCIONES

ACUDA A PRESENCIAR NUESTROS SORTEOS, Y SE CONVENCERÁ DE LA SERIEDAD CON QUE SE CELEBRAN

N.º 347.
ESTO HIZO EL EMPECINADO DESPUÉS DE HACER ARMAS CONTRA EL ABSOLUTISMO Y ANTES QUE DESISTIR DE SUS IDEAS LIBERALES

NSEO

Solución: ....

N.º 348.
DE LA ESPAÑA DE FELIPE II



Solución: ....

N.º 352.
PROVOCO UN MOTÍN



Solución: ....

N.º 349. ASÍ MURIÓ LA REINA ISABEL DE BAVIERA

VLIUǑ
NOTA IOI
ANTECE D DENTE
LOLO

Solución: ....

N.º 350. ¿CUÁNDO SE TRASLADARON LAS CORTES A CORUÑA?



Solución: ....

N.º 351. EPISODIO DE NUESTRA GUERRA CON ITALIA EN 1718

1 DE M RZO

Solución: ....

BASES

1.ª—PREMIOS.—Como de costumbre, serán ocho y consistirán:

PRIMERO.—En un hermosísimo estuche con seis ricos cubiertos estilo Imperio, PLATA MENESES . . . . 100 ptas.

SEGUNDO.—Vistoso centro de mesa, de PLATA MENESES, interior cristal roca 75 ptas.

TERCERO.—Elegante estuche con dos lavafrutas grabados, PLATA MENESES. 61 ptas.

CUARTO.—Práctico y vistoso frutero PLATA MENESES, interior cristal color. 39 ptas.

QUINTO.—Galletero de PLATA MENESES . . . . 25 ptas.

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos contengan el total o mayor número de soluciones exactas; siéndolo por sorteo en caso de empate o igualdad de condiciones

SUSCRIPCIONES. Los SEXTO, SÉPTIMO y OCTAVO premios, o de consolación, consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a esta revista, que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, excepción hecha de aquellos que hubieren resultado favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

Estas suscripciones serán enviadas a domicilio y surtirán efecto durante los meses de diciembre a mayo, ambos inclusive.

2.ª—ENVÍO DE SOLUCIONES.—El plazo de admisión expiará el 30 de septiembre, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por una sola cara en sentido no apaisado, cuidando de dejar a la izquierda un margen no inferior a dos centímetros que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del certamen. En el sobre y en su parte superior se consignará: CONCURSO CRIPTOGRÁFICO.

Los dos indispensables CUPONES, hechas las salvedades que en ellos se indican, habrán de acompañarse a dichos pliegos, uno pegado por su parte B bajo la fecha y en lugar de la firma, y suelto el otro para ser utilizado como papeleta en los sorteos.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involucraciones desventajosas para todos.

3.ª—SORTEO.—Será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 7 de octubre a las cinco de la tarde; conocido el resultado, se participará por correo a los agraciados el premio que les haya correspondido; medio éste de llevar a efecto su extracción sin demora alguna ni esperar al número de noviembre, en que habrá de publicarse el resultado del concurso y adjudicación de premios.

IMPORTANTE.—Para tranquilidad de nuestros concursantes y en evitación de juicios desfavorables a la seriedad que caracteriza todos nuestros actos, durante el sorteo, los pliegos numerados correlativamente y la relación-extracto de los mismos estarán, para su examen y consulta, a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

4.ª—RESULTADO DEL CERTAMEN.—Será publicado, juntamente con la lista de soluciones, en el número de noviembre y serán incluídas entre éstas cuantas de conformidad con el enunciado u orientación de los problemas hayan sido facilitadas y admitidas.

5.ª—CORRESPONDENCIA O CONSULTORIO.—Toda ella será dirigida a nombre de FRAMARCÓN y a nuestra redacción precisamente, consignando en la parte superior del sobre la indicación de URGENTE.

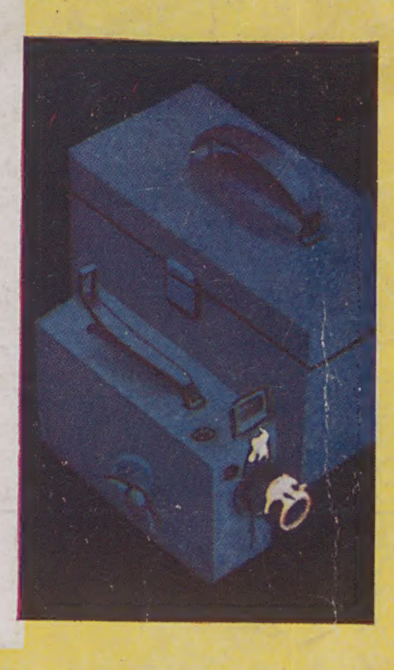
FRAMARCÓN

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO
Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones: uno, totalmente pegado por su parte B en lugar de firma, y suelto otro. (Véase la base 2.ª del concurso)
B

¡¡¡OJO!!! — CONTINÚA EN LA SIGUIENTE PÁGINA — ¡¡¡OJO!!!


EL PASATEDIO N.º 347 ¿SERÁ EL DE MAYOR DIFICULTAD? ESPEREMOS
LOS PASATEDIOS DEL PRÓXIMO NÚMERO SERÁN FORMULADOS A BASE DE ASUNTOS MUSICALES (NOTAS)
EL PRÓXIMO CERTAMEN TENDRÁ CARÁCTER DE CAMPEONATO 1929; HABRÁ COPAS, OBJETOS, SUSCRIPCIONES. ETC.
N.º 353. REINA MUY INTELIGENTE
VLON
A
PROBÓ
NO IC TA
Solución:
N.º 354. LE SUCEDIÓ AL GENERAL BELISARIO, VENCEDOR DE LOS PERSAS, VÁNDALOS Y OSTROGODOS
EXCAUTIVO YS
TONTOS
Solución:
N.º 355. MANDÓ ASESINAR A SU ESPOSA
DROPE
XX
BEB 50 IDA
Solución:
N.º 356. CHARADA
—¿Y UNA—DOS—TRES?;
—entre aquellos TERCERA
DOS—UNA, ¿no lo ves?
Solución:
N.º 357. (Sobre) NOMBRE, DOS APELLIDOS Y DESTINO
(VALENCIA)
SRA. DOÑA
AS.N.O
Solución:
N. 358. SILÁBICO FRAMARCONISTA (SEÑAL)
2.
2.
3.
N.º 359. ESTO LE ACONTECIÓ AL EMPECINADO CUANDO SE CREÍA INDULTADO DEL DESTIERRO
NIEGA
FRAMARCON
D EL R
ORIGEN
Solución:
N. 360. FUÉ COLGADO EN EL HISTÓRICO CASTILLO-ARCHIVO DE SIMANCAS
ARTÍCULO VALIENTE
O O
RIO ZAMORANO
A
RIPIO
Solución:
N.º 361. CHARADA FRAMARCONISTA
Sin PRIMERA, orificio.
Sin SEGUNDA, árbol.
Sin TERCERA, benigna.
TODO: MUSICAL
Solución:
CONSÚLTENOS CUANTAS DUDAS SE LE PRESENTEN
CONCURSANTE
NOMBRE: D.
PUEBLO:
PROVINCIA:
CALLE:
N.º
A





Confección y grabados de A. Durá, director artístico de esta revista

Aldus, S. A. de Artes Gráficas. Santander

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm